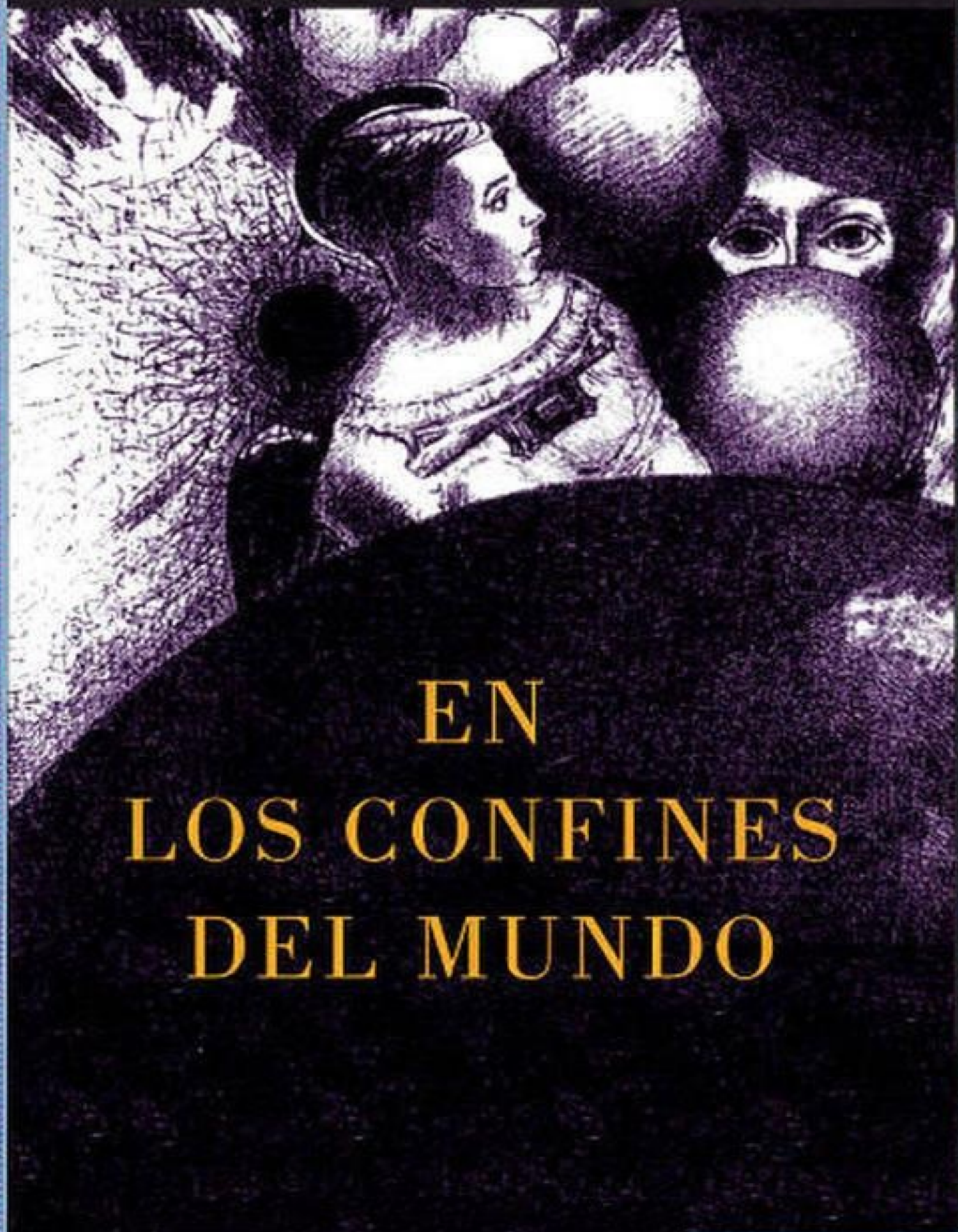


LORD DUNSANY



**EN
LOS CONFINES
DEL MUNDO**

Lectulandia

La presente antología recoge la mayor parte de los relatos todavía inéditos en castellano de las colecciones *The Book of Wonder* y su continuación *Tales of Wonder*, que configuran un rutilante universo imaginario más allá de los dominios conocidos, donde torvos aunque ingenuos héroes viven extrañas y fabulosas aventuras de imprevisible final. Se incluyen igualmente dos brevísimos cuentos del volumen *51 Tales*, con el que el bardo irlandés puso a prueba un nuevo criterio de economía narrativa, así como las dos secuelas de su memorable *Días de ocio en el País del Yann*, extraídas de su última colección de fantasías heroicas *Tales of Three Hemispheres*. Completan la selección seis relatos de etapa más reciente: la serie *Jorkens*, precedente de los *Cuentos del Ciervo Blanco* de Arthur C. Clarke, en la que un grupo de contertulios se reúne periódicamente en un club londinense para escuchar fascinados las extravagantes e improbables historias «a lo Münchhausen» que les narra el singular y vehemente protagonista, como Dunsany viajero y conversador infatigable, dotado de un mordaz humor gaélico y un majestuoso punto de vista cósmico.

Lectulandia

Lord Dunsany

En los confines del mundo

El ojo sin párpado - 26

ePub r1.1

Titivillus 31.12.14

Título original:

The Book of Wonder, 1912

The Distressing Tale of Thangobrind the Jeweler and of the Doom that Befell Him, 1911

The Probable Adventure of the Three Literary Men, 1912

The Injudicious Prayers of Pombo the Idolator, 1912

The Bride of the Man-Horse, 1911

The Quest of the Queen's Tears, 1912

Miss Cubbidge and the Dragon of Romance, 1912

How Nuth Would Have Practiced His Art upon the Gnoles, 1912

The Coronation of Mr. Thomas Shap, 1911

Chu-Bu and Sheemish, 1911

The Loot of Bombasharna, 1912

Tales of Wonder, 1916

A Story of Land and Sea, 1915

The Long Porter's Tale (A Day at the Edge of the World), 1914

A Tale of the Equator (Erlathdronion), 1916

A Narrow Escape, 1916

How Splash-Goo Came To The Land of None's Desire, 1916

51 Tales, 1915

The Dream of King Karna-Vootra, 1915

How the Enemy Came to Thlunrana, 1915

Tales of Three Hemispheres, 1919

A Shop in Go-by Street, 1912

The Avenger of Perdondaris, 1912

Travel Tales of Mr. Jorkens, 1931

Our Distant Cousins, 1931

A Daughter of Rameses, 1931

Jorkens Remembers Africa, 1934

A Mystery of the East, 1934

The Walk to Lingham, 1934

Jorkens Has a Large Whiskey, 1940

The Neapolitan Ice, 1940

The Sign, 1935

Edward John Moreton Drax Plunkett, Baron Dunsany, 1911

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

Ilustración de cubierta: *El aliento que conduce a los seres vivos está también en las Esferas*, de Odilon Redon

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

EL grueso de esta antología recoge la casi totalidad de relatos todavía inéditos en castellano de las dos colecciones The Book of Wonder (1912) y Tales of Wonder (1916), con las que Dunsany culminó su imaginativo ciclo épico-onírico, precursor de la actual fantasía heroica. En ellos, los dioses paganos, vanidosos y vengativos, así como los mitos proteicos de sus primeros libros (ciclo de Pegana) han sido sustituidos por una insólita galería de héroes torvos (un joyero, un aprendiz de ladrón, un gigante, un centauro, tres hombres de letras, un capitán pirata, un mago, etc.), cuyas «pequeñas aventuras» y proezas en otra realidad más allá de los confines del mundo (escenarios recreados por Dunsany a partir de unos dibujos previos que encargó a su fiel ilustrador de Los dioses de Pegana, Sidney H. Sime, con el osado propósito de invertir por una vez los papeles en su fructífera colaboración) están tamizadas por la fina ironía y el cáustico humor celta de este altivo fabulista, presa del hechizo de los tiempos gloriosos en que se manifestaba el sentimiento mágico de la naturaleza.

De parecida índole son los dos brevísimos cuentos que también se incluyen, procedentes de la colección 51 Tales (1915), en la que Dunsany experimentó una drástica reducción de la extensión del relato (entre 200 y 250 palabras), así como las dos secuelas de su celeberrimo Días de ocio en el país del Yann (de Cuentos de un soñador, 1910), pertenecientes ambas a Tales of Three Hemispheres (1919).

Completan la selección seis relatos extraídos de los tres primeros volúmenes de la serie «Jorkens», típica de la última etapa, «realista», de nuestro autor, en la que, sin perder su agudo sentido del humor y su riqueza de lenguaje, mezcló lo macabro y lo misterioso con la ficción científica e incluso la parapsicología.

El protagonista y narrador de estas extravagantes historias —personaje creado por Dunsany a su propia imagen y semejanza: viajero y conversador infatigable, propenso a fantasear y a forzar la credulidad de sus amigos y contertulios a la manera del barón de Münchhausen, sobre cuyo parecido hasta se permite ironizar— se reúne periódicamente con sus conocidos en un exclusivo club londinense, donde invariablemente les cuenta sus increíbles experiencias: desde una dramática odisea espacial en la línea de los clásicos viajes imaginarios y fabulosos (de Luciano de Samosata y Plutarco a Julio Verne, pasando por Cyrano de Bergerac, Athanasius Kircher, Fontenelle, Voltaire, Swift o Flammarton) hasta un sorprendente vuelo astral por el Ártico provocado por la ingestión de un misterioso licor, sin olvidar un insólito conjuro mágico para ganar a la lotería, la telefonía de la hija de un faraón o un decepcionante caso de transmigración.

J. A. Molina Foix

LA ANGUSTIOSA HISTORIA DE THANGOBRIND EL JOYERO, Y EL FUNESTO DESTINO QUE LE ACONTECIÓ

CUANDO Thangobrind el joyero oyó la ominosa tos, se volvió en seguida hacia aquel angosto camino. Era un ladrón de gran reputación, protegido de los encumbrados y los elegidos, pues lo más pequeño que había robado era un huevo de Moomoo y en toda su vida únicamente robó cuatro tipos de piedras preciosas: Rubíes, diamantes, esmeraldas y zafiros; y como joyero su honradez era enorme. Un Príncipe Mercader se había presentado ahora ante Thangobrind y le había ofrecido el alma de su hija a cambio de un diamante más grande que una cabeza humana, que debía encontrarse en el regazo del ídolo-araña Hlo-hlo, en su templo de Moung-galing; pues había oído decir que Thangobrind era un ladrón en el que se podía confiar.

Thangobrind lubricó su cuerpo y salió de su tienda, y recorrió en secreto apartados caminos y llegó tan lejos como Sharp, antes de que alguien supiera que había salido por negocios o echara de menos su espada de su lugar debajo del mostrador. Por eso únicamente se ponía en marcha de noche, ocultándose de día y dedicándose a sacar brillo al filo de su espada, a la que llamaba Ratón porque era veloz y ágil. El joyero utilizaba sutiles métodos para viajar; nadie le vio nunca atravesar los llanos de Zid; nadie le vio llegar a Munrsk o Tlun. ¡Cómo adoraba las sombras! Una vez la luna, asomando de improviso después de una tempestad, había traicionado a un joyero corriente; a Thangobrind no le ocurrió lo mismo: los vigilantes únicamente vieron una figura agachada que gruñía y reía. «No es más que una hiena», dijeron.

En una ocasión le agarró uno de los guardianes de la ciudad de Ag, mas Thangobrind estaba lubricado y se escurrió de sus manos; apenas se oía el paso de sus pies desnudos. Sabía que el Príncipe Mercader esperaba su regreso, sin pegar ojo en toda la noche y reluciente de codicia; sabía que su hija yacía encadenada, gritando noche y día. ¡Ay! Thangobrind lo sabía. Y si no hubiera estado fuera por negocios, casi se habría permitido una o dos pequeñas sonrisas. Mas el negocio era el negocio, y el diamante que buscaba permanecía todavía en el regazo de Hlo-hlo, donde había estado durante los dos últimos millones de años, desde que Hlo-hlo creara el mundo y le concediera todo excepto aquella piedra preciosa llamada el Diamante del Muerto. La joya fue robada a menudo, mas tenía el don de regresar de nuevo al regazo de Hlo-hlo. Thangobrind lo sabía, mas no era un joyero corriente y esperaba burlar a Hlo-hlo, sin darse cuenta de que su ambición y su vehemencia eran solo vanidad.

¡Cuán ágilmente se deslizó por los pozos de Snood! Ora como un botánico escudriñando el terreno, ora como un bailarín saltando por encima de los desmoronados márgenes. Cuando había oscurecido del todo pasó cerca de las torres de Tor, donde los arqueros disparaban flechas de marfil a los desconocidos para que

ningún forastero pudiera alterar sus leyes, las cuales eran malas, mas no tanto como para permitir que fueran alteradas por simples extranjeros. De noche disparaban guiándose por el ruido de los desconocidos al pasar. ¡Oh, Thangobrind, Thangobrind! ¿Hubo alguna vez un joyero como tú?

Mediante largas cuerdas arrastró tras él dos piedras y los arqueros dispararon a estas. Tentadora era, en verdad, la trampa que habían dispuesto en Woth: un engaste suelto de esmeraldas en la puerta de la ciudad. Mas Thangobrind percibió la cuerda dorada que ascendía por la pared desde cada una de ellas y los pesos que le caerían encima si tocaba alguna, de manera que las abandonó, aunque lamentándose, y finalmente llegó a Theth. Allí todos adoraban a Hlo-hlo, aunque, como lo atestiguan los misioneros, permitían creer en otros dioses; mas estos únicamente servían de piezas en las cacerías de Hlo-hlo, el cual llevaba aureolas, así las llama esa gente, pendientes de los ganchos dorados de su canana. Y después de Theth llegó a la ciudad de MOUNG y al templo de MOUNG-ga-ling, donde entró y vio al ídolo-araña Hlo-hlo, sentado con el Diamante del muerto reluciendo en su regazo y mirando a todo el mundo como una luna llena, mas una luna llena entrevista por un loco que hubiera dormido demasiado tiempo bajo sus rayos, pues el Diamante del Muerto presentaba un cierto aspecto siniestro que presagiaba cosas que es mejor no mencionar aquí. El rostro del ídolo-araña estaba iluminado por aquella fatal gema; no había ninguna otra luz. A pesar de sus chocantes miembros y de aquel cuerpo demoníaco, su rostro estaba sereno y aparentemente inconsciente.

Un leve temor pasó por la mente de Thangobrind, un estremecimiento pasajero nada más: el negocio era el negocio y a él le esperaba el mejor. Thangobrind ofreció miel a Hlo-hlo y se postró ante él. ¡Oh, qué astuto era! Cuando los sacerdotes salieron furtivamente de la oscuridad para sorber la miel quedaron tendidos sin sentido en el suelo del templo, pues había una droga en la miel ofrecida a Hlo-hlo. Y Thangobrind el joyero cogió el Diamante del Muerto, se lo puso a sus espaldas y se alejó del altar; y Hlo-hlo el ídolo-araña no dijo nada, sino que sonrió débilmente mientras el joyero cerraba la puerta. Cuando los sacerdotes se sobrepusieron del efecto de la droga que le fue ofrecida a Hlo-hlo con la miel, se precipitaron a una pequeña cámara secreta con vistas a las estrellas y trazaron un horóscopo del ladrón. Algo que vieron en el horóscopo pareció satisfacerles.

No era propio de Thangobrind regresar por el mismo camino por el que había venido. No, fue por otro camino, si bien este conducía a la senda angosta, a la mansión de la noche y al bosque de la araña.

Mientras se alejaba con el diamante, la ciudad de MOUNG se elevaba por detrás de él, balcón sobre balcón, eclipsando a medias a las estrellas. No caminaba tranquilo. No obstante, cuando surgió tras él un ligero golpeteo como de pies de terciopelo, se negó a admitir que fuera lo que él se temía, a pesar de que su instinto comercial le decía que no era bueno que ningún tipo de ruido siguiera de noche a un diamante, y este era uno de los más grandes que había llegado hasta él en toda su vida comercial.

Cuando llegó a la senda angosta que conduce al bosque de la araña, el joyero se detuvo titubeante; sentía la frialdad y el peso del Diamante del Muerto y los pasos aterciopelados le parecían terriblemente cercanos. Miró tras él: allí no había nadie. Escuchó con atención; ahora no se oía ningún ruido. Entonces recordó los gritos de la hija del Príncipe Mercader, cuya alma era el precio del diamante, y sonrió, y siguió adelante resueltamente. En eso, del otro lado de la senda angosta, le miró esa inexorable y equívoca dama cuya mansión es la Noche. Habiendo dejado de percibir el ruido de pasos sospechosos, Thangobrind se sentía ahora más tranquilo. Cuando casi había llegado al final de la senda angosta, la mujer profirió indiferentemente aquella ominosa tos.

La tos era demasiado significativa para no hacer caso de ella. Thangobrind se volvió y vio inmediatamente lo que temía. El ídolo-araña no se había quedado en su casa. El joyero dejó suavemente en el suelo su diamante y sacó su espada llamada Ratón. Y entonces comenzó en la senda angosta aquella famosa lucha, por la cual parecía tener tan poco interés la siniestra anciana cuya morada era la Noche. Para el ídolo-araña tan de repente descubierto todo era una horrible broma. Para el joyero era una lúgubre señal. Luchó y jadeó y fue rechazado lentamente a lo largo de la senda angosta, mas todo el tiempo asestó terribles cuchilladas a Hlo-hlo en su ancho y blando cuerpo hasta que Ratón estuvo cubierta de sangre. Finalmente, la persistente risa de Hlo-hlo fue demasiado para sus nervios e, hiriendo una vez más a su demoníaco enemigo, se dejó caer horrorizado y exhausto junto a la puerta de la morada llamada Noche a los pies de la siniestra anciana, la cual, después de proferir aquella ominosa tos, no volvió a entrometerse en el curso de los acontecimientos. Y los que estaban de servicio se llevaron a Thangobrind el joyero a la casa donde colgaban dos hombres y, descolgando de su gancho al que estaba a la izquierda, pusieron en su lugar a aquel aventurado joyero; de manera que cayó sobre él el funesto destino que temía, como todos saben pese a haber pasado tanto tiempo, y de alguna manera se calmó la ira de los envidiosos dioses.

Y la única hija del Príncipe Mercader sintió tan poca gratitud por este magnífico final que adoptó la respetabilidad de un combatiente, se convirtió en una taciturna agresiva, llamó a su hogar la Riviera Inglesa, utilizó una tópica cubretetera de estambre, y al final no murió, sino que desapareció en su residencia.

LA PROBABLE AVENTURA DE TRES HOMBRES DE LETRAS

CUANDO los nómadas llegaron a El Lola lo hicieron sin sus canciones y la cuestión de robar la caja dorada se planteó en toda su magnitud. Por una parte, muchos de ellos habían buscado la caja dorada, que (como los etíopes saben) es un receptáculo de poemas de fabuloso valor; y su funesto destino es todavía plática usual en Arabia. Por otra parte, era triste sentarse de noche alrededor del fuego de campamento sin nuevas canciones.

Fue la tribu de Hetch la que discutió estas cuestiones un atardecer en los llanos bajo la cumbre de Mluna. Su tierra natal había sido la vía a través del mundo de inmemoriales nómadas; y a los más viejos de ellos les inquietaba que no hubiera nuevas canciones. Mientras tanto, insensible a las inquietudes humanas y, hasta ahora, a la noche que estaba ocultando los llanos, la cumbre de Mluna, en calma al resplandor del crepúsculo, miraba hacia la Tierra Incierta. Y fue en el llano que hay en la ladera conocida de Mluna donde, en el preciso momento en que la estrella vespertina aparecía como un ratón y las llamas del fuego de campamento elevaban sus aislados penachos humeantes desanimadas por alguna canción, los nómadas planearon precipitadamente aquel imprudente proyecto que el mundo conoció como La Búsqueda de la Caja Dorada.

Ninguna otra precaución más acertada podían haber tomado los más ancianos de los nómadas que la de decidir que su ladrón fuera el propio Slith, aquel mismo ladrón que (como he escrito) ganó por la mano al rey de Westfalia en tantas aulas regentadas por institutrices. No obstante, era tal el peso de la caja que deberían acompañarle otros, y Sippy y Slorg eran ladrones no menos ágiles que los que hoy en día pueden encontrarse entre los vendedores de antigüedades.

Así es que al día siguiente los tres ascendieron las estribaciones del Mluna y durmieron en sus nieves tan bien como pudieron, antes que arriesgarse a pasar la noche en los bosques de la Tierra Incierta. Y amaneció un día radiante y los pájaros se hartaron de cantar, mas la selva de abajo y el yermo de más allá y los pelados y ominosos riscos presentaban un indecible aspecto amenazador.

Aunque tenía veinte años de experiencia como ladrón, Slith hablaba poco; únicamente cuando alguno de los otros dos hacía rodar una piedra con su pie, o, más tarde en la selva, cuando alguno de ellos pisaba una rama, les decía bruscamente en voz baja siempre las mismas palabras: «eso no está bien». Sabía que en dos días de viaje no podía convertirlos en mejores ladrones, y, cualesquiera que fueran las dudas que tuviera, no interfería más.

Desde las estribaciones del Mluna descendieron a los bancos de nubes, y de estos a la selva, cuyas bestias autóctonas, como tan bien sabían los tres ladrones, comían todo tipo de carne ya fuera de pez o de humano. Allí cada uno de los ladrones sacó un

dios de su bolsillo y suplicó protección en el infortunado bosque, esperando tener así una triple posibilidad de escapar de semejante lugar, ya que si uno de ellos era devorado seguramente lo serían los otros dos, mas confiaban en que también fuera cierto el corolario, y todos podrían escapar si uno de ellos lo conseguía. Ninguno de los tres supo si alguno de esos dioses fue propicio y actuó, o si lo fueron los tres, o si fue la casualidad la que les salvó de ser devorados en la selva por bestias odiosas; mas desde luego, ni los emisarios del dios que más temían, ni la ira del dios local de aquel ominoso lugar, ocasionaron la inmediata perdición de los tres aventureros. Así que llegaron al Brezal Retumbante, en el corazón de la Tierra Incierta, cuyos borrascosos altozanos se debían a la ondulación del terreno y a la erosión del terremoto, en calma durante algún tiempo.

Algo tan enorme que parecía increíble que se pudiera mover tan despacio avanzaba majestuosamente a su lado, y lograron pasar tan desapercibidos que una palabra resonó en la imaginación de los tres: «Si... si... si...». Y cuando este peligro al fin pasó, siguieron de nuevo su camino cautelosamente y pronto vieron al pequeño e inofensivo mipt, medio elfo mitad gnomo, profiriendo estridentes y alegres chillidos en los confines del mundo. Y se alejaron poco a poco para no ser vistos, pues decían que la curiosidad del mipt había llegado a ser fabulosa y que, aunque inofensivo, le disgustaban los secretos. No obstante, probablemente les repugnaba la forma en que el mipt hozaba los huesos de los muertos, aunque no reconocieran su aversión, ya que no es propio de aventureros preocuparse por quién roerá sus huesos. Sea como fuere, se alejaron del mipt y casi al mismo tiempo llegaron al árbol marchito, meta de su aventura, sabiendo que junto a ellos se encontraba la grieta en el Mundo y el puente entre lo Malo y lo Peor, y que debajo de ellos se levantaba la casa del Dueño de la Caja.

Este era su sencillo plan: introducirse en el pasadizo del precipicio superior; bajar corriendo por él en silencio (por supuesto descalzos), teniendo en cuenta la advertencia a los viajeros grabada en la piedra, que los intérpretes toman por «Es Mejor No...»; no tocar las bayas que por algún motivo están allí, en el flanco derecho según se desciende; llegar de esa manera hasta el guardián que ha estado dormido en su pedestal durante mil años y todavía duerme; y, por fin, entrar por la ventana abierta. Uno debía esperar fuera junto a la grieta en el Mundo hasta que los otros dos salieran con la caja dorada y, si estos pedían ayuda, aquel debía amenazar inmediatamente con soltar la grapa de acero que sujeta la grieta. Cuando obtuvieran la caja deberían correr toda la noche y el día siguiente hasta que los bancos de nubes que cubren las laderas del Mluna se interpusieran completamente entre ellos y el Dueño de la Caja.

La puerta del precipicio estaba abierta. Dirigidos hasta el final por Slith, descendieron los fríos peldaños. Cada uno de ellos lanzó una impaciente mirada a las hermosas bayas. El guardián seguía durmiendo en su pedestal. Slorg subió por una escala, que Slith sabía dónde encontrar, hasta la grapa de acero del otro lado de la

grieta en el Mundo, y aguardó junto a ella con un escoplo en la mano, permaneciendo atento a cualquier adversidad. Mientras tanto, sus amigos se introdujeron en la casa, sin que se oyera ningún ruido. Slith y Sippy pronto encontraron la caja dorada: todo parecía suceder como ellos lo habían planeado; solamente quedaba por comprobar si era la que buscaban y ver la forma de escapar con ella de aquel espantoso lugar. Al abrigo del pedestal, tan próximos al guardián que podían sentir su calor, que paradójicamente helaba la sangre de los más intrépidos, rompieron el cierre de esmeraldas y abrieron la caja dorada; y allí, a la luz de ingeniosos destellos que Slith sabía cómo conseguir, inspeccionaron el contenido, procurando tapar con sus cuerpos tan escasa luz. Cuál no sería su alegría, incluso en aquellos peligrosos momentos, cuando descubrieron, mientras acechaban entre el guardián y el abismo, que la caja contenía quince odas sin par en verso alcaico, cinco sonetos, con mucho los más hermosos del mundo, nueve baladas al estilo provenzal que no tenían parangón en todo el florilegio de la humanidad, un poema dedicado a una polilla en veintiocho estrofas perfectas, una muestra en verso libre de unas cien líneas de un nivel que no consta que el hombre haya alcanzado todavía, así como quince poemas líricos a los que ningún mercader se atrevería a poner precio. De buena gana habrían vuelto a leer estos tesoros, ya que hacían saltar las lágrimas y traían recuerdos de cosas agradables de nuestra infancia y melodiosas voces de lejanos sepulcros; mas Slith señaló imperiosamente el camino por el que habían venido. La luz se extinguió y Slorg y Sippy suspiraron y luego cogieron la caja.

El guardián dormía todavía su sueño milenario.

Cuando salieron vieron aquella indulgente silla junto a los confines del Mundo en la que el Dueño de la Caja se había sentado últimamente para leer interesadamente y en solitario los más hermosos versos y canciones que jamás soñara poeta alguno.

Llegaron en silencio al pie de las escaleras; entonces aconteció que, al acercarse a un sitio seguro, en la hora más secreta de la noche, una mano encendió una escandalosa luz en una cámara alta sin hacer ningún ruido.

Al principio parecía tratarse de una luz corriente, aunque fatal en un momento como este; mas cuando empezó a seguirles como un detective y a enrojecer cada vez más mientras les vigilaba, entonces desapareció su optimismo.

Muy imprudentemente, Sippy intentó huir, y Slorg, con similar imprudencia, trató de esconderse. Mas Slith, sabiendo muy bien por qué habían encendido una luz en aquella cámara secreta y quién la había encendido, saltó por encima de los confines del Mundo y todavía está cayendo a través de la negrura sin reverberación del abismo.

LAS IMPRUDENTES PLEGARIAS DE POMBO EL IDÓLATRA

POMBO el idólatra había dirigido a Ammuz una súplica sencilla, indispensable, de esas que incluso un ídolo de marfil podía conceder con suma facilidad, y Ammuz no la había concedido inmediatamente. Luego, Pombo había rezado a Tharma pidiendo el derrocamiento de Ammuz, un ídolo simpático a los ojos de Tharma, y al hacerlo violó el protocolo de los dioses. Tharma rehusó conceder la petición. Pombo suplicó desesperadamente a todos los dioses de la idolatría, pues aunque se trataba de un asunto sencillo, era indispensable para él. Dioses más antiguos que Ammuz rechazaron las plegarias de Pombo, e incluso dioses más recientes y por tanto de mayor reputación. Les suplicó uno a uno y todos rehusaron escucharle. Al principio él ni siquiera pensó en aquel sutil protocolo divino que había violado. Se le ocurrió de repente mientras rezaba al quincuagésimo ídolo, un diosecillo verde jade conocido de los chinos, contra el cual se habían aliado todos los demás ídolos. Cuando Pombo descubrió esto sintió amargamente haber nacido y se lamentó, alegando que estaba perdido. Podía vérselo entonces en cualquier parte de Londres frecuentando tiendas de antigüedades y otros lugares donde venden ídolos de marfil o de piedra, ya que residía en Londres con otros de su raza aunque había nacido en Burmah y era de los que consideran sagrado el Ganges. En las tardes lluviosas del peor noviembre podía verse su rostro macilento en el resplandor de cualquier tienda pegado completamente al cristal, suplicando a algún apacible ídolo cruzado de piernas, hasta que la policía le hacía circular. Y después de la hora de cierre se iba de nuevo a su sórdida habitación, en esa parte de nuestra capital donde raramente se habla inglés, a suplicar a pequeños ídolos que poseía. Y cuando la sencilla e indispensable súplica de Pombo fue igualmente rechazada por los ídolos de museos, salas de subasta y tiendas, entonces consultó consigo mismo y compró incienso, y lo quemó en un brasero frente a sus propios ídolos baratos, y mientras tanto tocó un instrumento como los que utilizan los encantadores de serpientes. Y los ídolos seguían aferrándose a su protocolo.

No sé si Pombo conocía este protocolo y lo consideraba frívolo frente a su exigencia; o si esta, cada vez más apremiante, trastornó su mente; mas lo cierto es que Pombo el idólatra cogió un palo y súbitamente se volvió iconoclasta.

Pombo el iconoclasta abandonó inmediatamente su casa, dejando que sus ídolos fueran barridos por el polvo mezclándose así con el Hombre. Fue a ver a un archiidólatra de fama que esculpía ídolos en piedras poco corrientes y le expuso su caso. El archiidólatra, que creaba sus propios ídolos, reprochó a Pombo en nombre de la Humanidad por haber roto sus ídolos. «Pues, ¿acaso no los ha hecho el hombre?», dijo. Y en cuanto a los ídolos mismos habló larga y doctamente, explicándole el protocolo divino, que Pombo había violado, por lo que ningún otro ídolo escucharía sus súplicas. Cuando Pombo oyó esto lamentó y protestó amargamente, y maldijo a

los dioses de marfil y a los dioses de jade, y a la mano del Hombre que los había hecho, mas sobre todo maldijo su protocolo, que había arruinado, según dijo, a un inocente. De manera que, finalmente, aquel archiidólatra que hacía sus propios ídolos interrumpió su trabajo de un ídolo de jaspe para un rey que estaba harto de Wosh, y tuvo compasión de Pombo, y le dijo que, aunque ningún ídolo escucharía sus plegarias, no muy lejos de allí actuaba cierto ídolo de mala reputación que no sabía nada de protocolos y aceptaba plegarias que ningún otro dios respetable hubiera consentido en escuchar. Cuando Pombo oyó esto, tomó dos puñados de la barba del archiidólatra y los besó alegremente, y enjugó sus lágrimas y volvió a ser el mismo impertinente de siempre. Y el que esculpía en jaspe al usurpador de Wosh explicó que en la aldea del Fin del Mundo, en el extremo más alejado de la Ultima Calle, hay un hoyo que podría tomarse por un pozo, rodeado por la tapia del jardín, y que, si descendía hasta su mismo borde y buscaba a tientas con los pies, encontraría un saliente, que es el último peldaño de un tramo de escaleras que conduce a los confines del Mundo.

—Como todos los hombres saben, esas escaleras deben tener un destino o incluso un peldaño final —dijo el archiidólatra—; mas discutir acerca de los tramos inferiores es perder el tiempo.

Entonces a Pombo le castañetearon los dientes, pues temía la oscuridad; mas el que fabricaba sus propios ídolos le explicó que aquellas escaleras estaban siempre iluminadas por el pálido crepúsculo azulado en el que el Mundo gira.

—Entonces —dijo— pasarás cerca de la Casa Solitaria y bajo el puente que conduce de la Casa a Ninguna Parte, cuya utilidad no se adivina; desde allí dejarás atrás a Maharrion, el dios de las flores, y a su sumo sacerdote, que no es ni pájaro ni gato; y de esa manera llegarás al idolillo Duth, el dios de mala reputación que hará caso de tu plegaria.

Y siguió esculpiendo su ídolo de jaspe para el rey que estaba harto de Wosh; y Pombo le dio las gracias y se marchó cantando, pues en su vulgar mente pensaba que *«tenía consigo a los dioses»*.

Hay un largo trecho desde Londres al Fin del Mundo, y a Pombo no le quedaba dinero. No obstante, en un plazo de cinco semanas estaba paseando por la Ultima Calle, aunque no diré cómo consiguió llegar hasta allí, ya que no fue de una forma completamente honrada. Pombo encontró el pozo al final del jardín, más allá de la última casa de la Ultima Calle, y mientras se descolgaba del borde con las manos cruzaron por su mente innumerables pensamientos, principalmente el que afirmaba que los dioses se reían de él por boca del archiidólatra, su profeta, y ese pensamiento se le metió en la cabeza hasta dolerle tanto como las muñecas... y entonces encontró el peldaño.

Pombo bajó las escaleras. Allí estaba, efectivamente, el crepúsculo en el que el mundo gira, y en él las estrellas brillaban débilmente a lo lejos. Mientras bajaba no había nada ante él excepto aquel extraño y melancólico derroche de crepúsculo, con

su multitud de estrellas, y sus cometas precipitándose al exterior a través de él o volviendo a casa. Luego divisó las luces del puente hacia Ninguna Parte y, de pronto, se encontró con el fulgor de la reluciente ventana del salón de la Casa Solitaria, y allí oyó voces que pronunciaban palabras, y las voces de ninguna manera eran humanas, y de no ser por su imperante necesidad habría gritado y huido. A mitad de camino entre las voces y Maharrion, al que ahora veía sobresaliendo del mundo, cubierto de halos irisados, divisó a la misteriosa bestia gris que no es ni gato ni pájaro. Mientras Pombo vacilaba, tiritando de miedo, oyó que las voces de la Casa Solitaria subían de tono, y en eso descendió sigilosamente unos cuantos peldaños y se abalanzó contra la bestia. La bestia observaba atentamente a Maharrion, el cual lanzaba burbujas hacia arriba, cada una de las cuales era una estación primaveral en desconocidas constelaciones, y llamaba a las golondrinas hacia inimaginables parajes. Le observaba sin volverse siquiera para mirar a Pombo, y le vio caer en el Linlunlarna, el río que nace en los confines del Mundo, cuya corriente depura el polen dorado que es arrebatado al Mundo para convertirse en la alegría de las Estrellas. Y allí estaba delante de Pombo el idolillo de mala reputación a quien nada importa el protocolo y el cual atiende las plegarias rechazadas por la totalidad de los dioses respetables. No sé, ni eso le importa a Pombo, si finalmente su visión de aquel excitó su impaciencia, o si fue su misma necesidad, superior a cuanto podía soportar, la que le condujo escaleras abajo tan velozmente; o si, como es más probable, pasó corriendo junto a la bestia demasiado deprisa; mas, en todo caso, no pudo detenerse, como era su propósito, a orar a los pies de Duth, sino que siguió bajando a la carrera los angostos peldaños, agarrándose a las peladas y lisas rocas hasta caerse del Mundo, como caemos en sueños, cuando nuestro corazón deja de latir y despertamos con un espantoso susto. Mas no hubo despertar para Pombo, el cual todavía sigue cayendo hacia las indiferentes estrellas, y su destino es el mismo que el de Slith.

LA NOVIA DEL HOMBRE-CABALLO

LA mañana en que cumplía doscientos cincuenta años, Shepperalk el centauro se dirigió al arca dorada, en donde los centauros guardaban sus tesoros, y cogiendo de ella el amuleto que su padre, Jyshak, había extraído en sus años mozos de la montaña dorada, y engastándolo con ópalos trocados a los gnomos, se lo puso en la muñeca y, sin decir palabra, fue a la cueva de su madre. Y también se llevó con él el clarín de los centauros, la famosa trompa de plata, que en su tiempo había conminado a la rendición a diecisiete ciudades de los Humanos, y que durante veinte años había sonado frente a las murallas rodeadas de estrellas en el Sitio de Tholdenblarna, baluarte de los dioses, cuando los centauros libraron su fabulosa guerra y no fueron batidos por las armas, sino que se retiraron lentamente envueltos en una nube de polvo antes de producirse el decisivo milagro de los dioses que aquellos trajeron ante su desesperante carencia de arsenal propio. Tomó su clarín y se alejó a grandes zancadas, y su madre únicamente suspiró y le dejó ir.

Bien sabía ella que Shepperalk no bebería hoy del riachuelo que descendía por las terrazas del Varpa Niger, el valle entre montañas; que hoy no admiraría la puesta de sol, y que más tarde regresaría de nuevo a la cueva al trote, para dormir sobre los juncos arrastrados por ríos que no conocen los Humanos. Ella sabía que ahora el clarín estaba al cuidado de él como antaño había estado al cuidado de su padre, y antes de Goom, el padre de Jyshak, y hace mucho tiempo al cuidado de los dioses. Por tanto, únicamente suspiró y le dejó ir.

Mas él, saliendo de la cueva que constituía su hogar, cruzó por vez primera la escasa corriente y, rodeando los riscos, vio debajo de él la reluciente llanura terrestre. Y el frío viento otoñal, que sacaba brillo al mundo ascendiendo las faldas de la montaña, le golpeó en los desnudos flancos. El centauro levantó la cabeza y resopló.

—¡Ahora soy un hombre-caballo! —gritó en voz alta. Y saltando de risco en risco galopó por valles y abismos, cauces de torrente y crestas de alud, hasta llegar a las sinuosas leguas del llano, dejando tras él para siempre las montañas Athraminaurian.

Su meta era Zretazoola, la ciudad de Sombelenë. Ignoro si la leyenda de la belleza inhumana de Sombelenë, o de su asombroso enigma, ha circulado alguna vez por la llanura terrestre hasta llegar a la fabulosa cuna de la raza de los centauros, las montañas Athraminaurian. No obstante, en la sangre humana existe una marea, más bien una corriente marina, que de algún modo se asemeja al crepúsculo, y que nos trae rumores de belleza, aunque sean lejanos, lo mismo que en el mar encontramos madera flotante procedente de islas no descubiertas todavía. Esa corriente primaveral que azota la sangre humana procede de la fabulosa cuarta parte de su legendario y antiguo linaje, y nos arrastra a los bosques y a las colinas, y nos hace prestar atención a la vieja canción. Así que es posible que en aquellas solitarias montañas más allá de los confines del mundo la fabulosa sangre de Shepperalk concitara rumores que

únicamente conoce el etéreo crepúsculo y que solo se confían secretamente a los murciélagos; pues Shepperalk era más legendario incluso que el hombre. Era cierto que desde el principio se dirigió a la ciudad de Zretazoola, donde mora Sombelenë en su templo; no obstante, toda la llanura terrestre, sus ríos y montañas, están situados entre el hogar de Shepperalk y la ciudad que buscaba.

Cuando las patas del centauro tocaron por vez primera la hierba de aquella blanda tierra aluvial, sopló alegremente el cuerno de plata, hizo cabriolas y caracoleó, y brincó durante bastantes leguas. Por un nuevo y hermoso prodigio, su paso parecía el de un caballo que nunca hubiera ganado una carrera, y el viento reía al cruzarse con él. Bajaba la cabeza para olfatear las flores, la levantaba para estar más cerca de las invisibles estrellas, se divertía por esos mundos, saltaba los ríos sin perder el ritmo; ¿cómo te explicaría, a ti, que vives en la ciudad, cómo te explicaría lo que el centauro experimentaba al galopar? Se sentía fuerte como las torres de Bel-Narana; ligero como esos palacios de finísima gasa que las arañas hadas construyen entre el cielo y el mar en las costas de Zith; veloz como un pájaro corriendo de buena mañana a cantar a las agujas de alguna ciudad antes de que amanezca. Era el compañero declarado del viento. Parecía alegre como una canción; los rayos de sus legendarios padres, los dioses primitivos, empezaban a mezclarse con su sangre; sus pezuñas retumbaban. Llegó a las ciudades de los hombres, y todos temblaron al recordar las míticas guerras de la antigüedad, temiendo nuevas batallas que pusieran en peligro a la raza humana. Ni siquiera Clío recuerda aquellas guerras; la historia tampoco sabe nada de ellas; ¿y qué? Ninguno de nosotros se ha sentado a los pies de un historiador, mas todos hemos aprendido fábulas y mitos en las rodillas de nuestras madres. Y no hubo nadie que no temiera guerras inesperadas al ver a Shepperalk regatear y saltar por las vías públicas. Así pasó de ciudad en ciudad.

De noche se tumbaba jadeante en los juncos de alguna marisma o en un bosque; antes de que amaneciera se levantaba triunfante y bebía largamente en algún río a oscuras, y chapoteando en él iba al trote hasta algún lugar alto para contemplar la salida del sol y saludar al astro con los exultantes ecos de su fabuloso cuerno. Y contemplaba el sol surgiendo de los ecos, y los llanos iluminados de nuevo por la luz diurna, y las leguas que se prolongaban como una cascada de agua, y ese alegre compañero, el viento que ríe estrepitosamente, y los hombres y sus miedos y sus ciudades. Y después de eso, grandes ríos y yermos y enormes colinas, y tras ellos nuevas tierras y más ciudades, siempre en presencia de ese viejo compañero, el glorioso viento. Pasaba de una región a otra y sin embargo su respiración era uniforme.

—Es maravilloso galopar sobre un buen césped cuando uno es joven —dijo el hombre-caballo, el centauro.

—¡Ja, ja! —dijo el viento procedente de las colinas, y los vientos de la llanura respondieron.

Las campanas repicaron frenéticamente en los campanarios, los sabios

consultaron sus pergaminos, buscaron presagios en las estrellas, los ancianos hicieron sutiles profecías.

—¿Verdad que es veloz? —dijeron los jóvenes.

—¡Qué contento está! —dijeron los niños.

Noche tras noche se entregó al sueño, y día tras día galopó hasta llegar a las tierras de los Athalanes, que viven en los confines del llano terrestre; y desde allí llegó de nuevo a tierras legendarias como aquellas en las que fue acunado, al otro lado del mundo, y que, bordeándolo, se mezclan con el crepúsculo. Y entonces un poderoso pensamiento se apoderó de su infatigable corazón, pues sabía que se aproximaba a Zretazoola, la ciudad de Sombelenë.

Cuando llegó era tarde y las nubes, teñidas por el ocaso, cubrían la llanura que se extendía ante él. Siguió galopando en medio de aquella bruma dorada, y cuando esta le ocultó la visión, recuperó sus ilusiones y examinó románticamente todos aquellos rumores que solían llegarle de Sombelenë. Ella moraba (decía el anochecer al murciélago en secreto) en un pequeño templo a orillas de un lago solitario. Un bosquecillo de cipreses la protegía de la ciudad, de Zretazoola, la de las sendas ascendentes. Enfrente de su templo se encontraba su tumba, su triste sepulcro lacustre de libre acceso, por temor a que su asombrosa belleza y su eterna juventud pudieran ocasionar una herejía entre los hombres acerca de su inmortalidad: pues solo su belleza y su linaje eran divinos.

Su padre había sido medio centauro y medio dios. Su madre era hija de un león del desierto y de esa esfinge que vigila las pirámides; era mas mística que Mujer.

Su belleza era como un sueño, como una canción; el sueño de una vida soñada bajo el rocío encantado, la canción cantada a alguna ciudad por un pájaro inmortal arrojado lejos de sus costas originarias por una tormenta del Paraíso. Amanecer tras amanecer sobre montañas de romance, o crepúsculo tras crepúsculo, jamás pudieron igualar su belleza. Ni siquiera todas las luciérnagas del mundo o todas las estrellas de la noche conocían su secreto; los poetas nunca la habían cantado ni el anochecer adivinaba su significado; la mañana la envidiaba; permanecía oculta a los amantes.

No estaba casada, ni la habían cortejado nunca.

Los leones no la cortejaban porque temían su fuerza, y los dioses no se atrevían a amarla porque sabían que debía morir.

Eso fue lo que el anochecer había susurrado al murciélago, el sueño que anidó en el corazón de Shepperalk mientras galopaba a ciegas en medio de la bruma. Y de repente, a sus pies, en la oscuridad de la llanura, apareció la hendidura en las legendarias tierras, y Zretazoola resguardaba en ella, tomando el sol al atardecer.

Astuta y velozmente bajó dando saltos por el extremo superior de la hendidura y, entrando en Zretazoola por la puerta exterior que mira a las estrellas, súbitamente galopó por sus estrechas calles. En la antigua canción se hablaba de los muchos que salieron precipitadamente a los balcones cuando él pasó con gran estrépito, de los muchos que asomaron la cabeza por sus relucientes ventanas. Shepperalk no tardó en

saludarles o en responder a los desafíos de sus fortalezas militares; bajó hacia la entrada de la tierra como el rayo de sus padres y, como un leviatán que hubiese saltado sobre un águila, entró en el agua que había entre el templo y la tumba.

Subió los escalones del templo al galope y con los ojos semicerrados, viendo únicamente a través de las pestañas, y todavía no deslumbrado por su belleza, cogió a Sombelenë por el pelo y se la llevó a la fuerza. Y, saltando con ella por encima de la sima sin fondo donde las aguas del lago desaparecen olvidadas en aquel boquete del mundo, se la llevó no sabemos dónde, para convertirla en su esclava durante los siglos que todavía les sean concedidos a los de su raza.

Tres veces tocó aquel cuerno de plata que constituye el más antiguo tesoro de los centauros. Esas fueron sus campanadas nupciales.

LA DEMANDA DE LAS LÁGRIMAS DE LA REINA

SYLVIA, reina de los bosques, reunió a la corte en su palacio y se burló de sus pretendientes. Les cantarí, dijo, les ofrecería banquetes, les narraría cuentos de los tiempos legendarios; sus juglares harían cabriolas ante ellos, sus ejércitos les saludarían, sus bufones bromearían con ellos y tendrían extravagantes ocurrencias; solo que no podía quererles.

Esa no era forma, dijeron ellos, de tratar a príncipes en todo su esplendor y a misteriosos trovadores que ocultaban nombres regios; no está de acuerdo con la fábula; no hay precedente de ello en la mitología. La reina podía haber arrojado su guante, dijeron ellos, en la guarida de un león, podía haber pedido una veintena de cabezas de serpientes venenosas de Licantara, o de haber exigido la muerte de cualquier dragón notable, o enviarles a todos ellos tras alguna demanda fatal, mas que no pudiera quererles... ¡eso nunca se había oído!... no tenía parangón en los anales del romance.

Y entonces ella les dijo que, si tenían necesidad de una demanda, ofrecería su mano al primero que la hiciera llorar; y la demanda sería llamada, para referirse a ella en las historias o canciones, la Demanda de las Lágrimas de la Reina, y el que las consiguiera se casaría con ella, aunque solo fuera un insignificante duque de algún país desconocido en los romances.

Y muchos de ellos estallaron en cólera, pues esperaban alguna demanda sangrienta. Mas el anciano chambelán de los lores dijo, mientras murmuraban entre ellos en un lejano rincón de la cámara, que la demanda aunque ardua era sensata, porque si ella podía llorar alguna vez, también podía amar. Ellos habían conocido toda su niñez: ella nunca había suspirado. Muchos hombres había visto ella, tanto pretendientes como cortesanos, mas jamás había vuelto la cabeza cuando alguno de ellos pasó cerca. Su belleza era como los apacibles ocasos de esas tardes amargas en que todo el mundo está congelado: producía asombro y escalofríos. Era como una montaña soleada que se alzara en solitario, embellecida por el hielo, como un desolado y solitario resplandor, avanzada la tarde, lejos del mundo confortable y sin apenas acompañamiento de estrellas: la perdición de los montañeros.

Si ella pudiera llorar, dijeron ellos, podría amar.

Y ella sonrió agradablemente a aquellos ardientes príncipes, y a aquellos trovadores que ocultaban nombres regios.

Luego, uno a uno, cada príncipe pretendiente contó la historia de su amor, con los brazos extendidos y puesto de rodillas. Y fueron tan tristes y lastimosos los relatos, que con frecuencia lloró en los balcones alguna doncella de palacio. Mas la reina asintió muy cortésmente con la cabeza como una indiferente magnolia cuya radiante floración fuera sacudida inútilmente en plena noche por todos los vientos.

Y cuando los príncipes contaron sus desesperados amores y se fueron sin otro

botín que el de sus propias lágrimas, llegaron los desconocidos trovadores y relataron sus historias en forma de canción, ocultando sus graciosos nombres.

Y hubo uno, Ackronnion, cubierto de harapos en los que se había depositado el polvo de los caminos, bajo los cuales llevaba una armadura abollada por los golpes, que, cuando tocó el arpa y cantó, hizo llorar a las doncellas en todos los balcones, e incluso gimotear al anciano chambelán de los lores, quien más tarde rióse con los ojos arrasados en lágrimas y dijo: «Es fácil conseguir que los ancianos lloren, o arrancar frívolas lágrimas a las chicas perezosas; mas no logrará que la Reina de los Bosques prorrumpe en llantos».

Y ella asintió cortésmente con la cabeza. Y ese hombre fue el último en intervenir. Y aquellos duques y príncipes, y trovadores disfrazados, se marcharon desolados. Sin embargo, Ackronnion meditó mientras se iba.

Él era rey de Afarmah, Lool y Haf, señor de Zeroora y la accidentada Chang, y duque de Molóng y Mlash, lugares todos ellos familiarizados con el romance o no ignorados en la gestación de los mitos. Meditó mientras se ponía su ligero disfraz.

Todos aquellos que no recuerden su niñez, por tener otras cosas que hacer, deben saber que debajo del País de las Hadas, que está, como todos saben, en los confines del mundo, mora la Bestia Alegre. Un sinónimo de la alegría.

Es sabido que la alondra en su apogeo, los niños jugando al aire libre, las brujas buenas y los ancianos padres joviales, todos han sido comparados —¡y cuán apropiadamente!— con la mismísima Bestia Alegre. Solo tiene una «pega» (si se me permite utilizar momentáneamente el argot para explicarme con mayor claridad), solo un inconveniente, y es que a causa de la alegría de su corazón echa a perder las coles del Anciano que Cuida el País de las Hadas... y, por supuesto, es devoradora de hombres.

Debe sobreentenderse además que quienquiera que logre obtener las lágrimas de la Bestia Alegre en un cuenco y se embriague con ellas, es capaz de hacer derramar lágrimas de alegría a cualquiera, con tal que la posesión le mantenga inspirado para cantar o componer música.

Inmediatamente Ackronnion reflexionó de esta guisa: si él pudiera obtener las lágrimas de la Bestia Alegre por medio de su arte, absteniéndose de la violencia gracias al hechizo de la música, y si algún amigo suyo matara a la Bestia antes de que dejara de llorar —pues el llanto debe tocar a su fin, incluso entre los hombres—, él podría marcharse sano y salvo con las lágrimas, y bebérselas delante de la Reina de los Bosques, arrancando a esta lágrimas de alegría. Por consiguiente buscó a un humilde caballero a quien no le importaba la belleza de Sylvia, Reina de los Bosques, y que en una ocasión, un verano de hace mucho tiempo, había encontrado por sí mismo a una doncella selvática. El hombre se llamaba Arrath y era un caballero armado de la guardia de lanceros, súbdito de Ackronnion. Y juntos se pusieron en camino a través de parajes de fábula hasta llegar al País de las Hadas, un reino expuesto al sol (como todos saben) en muchas leguas a lo largo de los confines del

mundo. Y por un extraño sendero contiguo llegaron a la tierra que buscaban, en medio de un viento procedente del espacio que soplaba con una especie de sabor metálico a estrellas errantes. Aun así llegaron a la casa de paja expuesta al viento, en donde mora el Anciano que Cuida el País de las Hadas, sentado junto a las ventanas del salón que mira más allá del mundo. Les dio la bienvenida en su salón orientado hacia las estrellas, contándoles cuentos del espacio, y, cuando ellos mencionaron su peligrosa demanda, dijo que sería caritativo matar a la Bestia Alegre; pues con toda evidencia él era de esos a los que no les gustaban los modales alegres de aquella. Y luego les condujo afuera por la puerta de atrás, pues la de delante no tenía acera ni siquiera escalones —por ella vaciaba el anciano su agua sucia sobre la Cruz del Sur—, y de esa manera llegaron al huerto donde crecían sus coles y esas flores que solo brotan en el País de las Hadas, volviendo siempre sus rostros hacia el cometa; y él les señaló el camino hacia un lugar que llamó el Fondo, donde la Bestia Alegre tenía su guarida. Entonces se pusieron todos manos a la obra. Ackronnion tenía que ir por las escaleras con su arpa y un cuenco de ágata, mientras Arrath daría un rodeo por el otro lado. Luego, el Anciano que Cuida del País de las Hadas regresó a su casa expuesta al viento, murmurando airadamente según pasaba junto a sus coles, pues no le gustaban los modales de la Bestia Alegre y los dos amigos partieron por caminos separados.

Nadie les descubrió salvo aquel ominoso cuervo, ya saciado de carne humana por demasiado tiempo.

Soplaba un viento frío procedente de las estrellas.

Al principio la escalada fue peligrosa; luego, Ackronnion llegó a los amplios y lisos peldaños que partían del borde de la guarida, y en aquel momento oyó en lo alto de las escaleras las continuas risitas de la Bestia Alegre.

Temió entonces que la alegría de la Bestia fuera insuperable, que no pudiera entristecerla ni la más doliente canción. No obstante, no se volvió atrás, sino que ascendió las escaleras silenciosamente y, depositando el cuenco de ágata en un peldaño, empezó a cantar una canción titulada Dolorosa. Esta mencionaba desolados y lamentables sucesos que acontecieron hace mucho en los albores del mundo. Contaba cómo los dioses, las bestias y los hombres hace mucho tiempo habían sido muy aficionados a las bellas compañías, aunque infructuosamente. Mencionaba una dorada multitud de alegres esperanzas, mas no su realización. Contaba cómo el Amor menospreciaba a la Muerte, mas también hablaba de las risas de esta. De pronto cesaron las risas contenidas de la Bestia Alegre dentro de su guarida. Esta se levantó y tembló. Estaba bastante triste. Ackronnion siguió cantando la canción titulada Dolorosa. La Bestia Alegre se acercó a él lúgubrementemente. A causa de su pánico, Ackronnion no se detuvo, sino que siguió cantando. Cantó sobre la malignidad del tiempo. Dos lágrimas brotaron de los ojos de la Bestia Alegre. Ackronnion movió el cuenco con el pie hasta colocarlo convenientemente. Cantó sobre el otoño y sobre el paso del tiempo. Entonces la Bestia lloró, como lloran las heladas colinas durante el deshielo, y las lágrimas cayeron a raudales en el cuenco de ágata. Ackronnion siguió

cantando desesperadamente; mencionaba las cosas agradables que pasan desapercibidas a los hombres, la luz del sol que apenas se advierte en los rostros ahora marchitos. El cuenco estaba lleno. Ackronnion se desesperó: la Bestia estaba tan cerca. Por un momento pensó que su boca estaba llorosa..., mas lo único que ocurría era que las lágrimas de la Bestia corrían por sus labios. ¡Se sentía como si fuera a ser devorado! ¡La Bestia estaba dejando de llorar! Cantó sobre mundos que han defraudado a los dioses. Y de pronto se oyó un estallido y la fiel lanza de Arrath dio en el blanco por detrás del hombro, y las lágrimas y los jubilosos modales de la Bestia Alegre se terminaron para siempre.

Y se llevaron con cuidado el cuenco de las lágrimas, dejando el cuerpo de la Bestia Alegre como una alternativa de alimentación para el ominoso cuervo; y, al pasar cerca de la casa de paja expuesta a los vientos, se despidieron del Anciano que Cuida el País de las Hadas, el cual, al escuchar la hazaña, se frotó sus grandes manos y masculló una y otra vez: «Y además algo estupendo: ¡mis coles!, ¡mis coles!».

Y poco después, Ackronnion volvió a cantar en el palacio selvático de la Reina de los Bosques, no sin antes haberse bebido las lágrimas de su cuenco de ágata. Y fue una noche de fiesta, y toda la corte se congregó allí, y los embajadores del país del mito y la leyenda, e incluso algunos procedentes de Terra Cognita.

Y Ackronnion cantó como nunca lo había hecho antes y ya no volverá a hacerlo. ¡Oh, cuán espinosas son las sendas de los humanos, cuán crueles sus contados días y su aflicción final, cuán vano su empeño! Y de la mujer... ¿qué diremos?... su perdición ha sido escrita junto a la del hombre por dioses apáticos, negligentes, con sus rostros vueltos a otras esferas.

Comenzó más o menos así y luego la inspiración le embargó. No me es posible poner por escrito la conflictiva belleza de su canción: había en ella mucha alegría, mezclada con dolor; era como las vidas de los humanos; como nuestro destino.

La canción provocó sollozos, los suspiros volvían en forma de ecos: los senescales y los soldados sollozaban y las doncellas gritaban; las lágrimas caían como lluvia de balcón en balcón.

Alrededor de la Reina de los Bosques había un frenesí de sollozos y pesares.

Mas no, ella no lloró.

LA SEÑORITA CUBBIDGE Y EL DRAGÓN DEL ROMANCE

Esta historia se cuenta en los balcones de Belgrave Square y entre las torres de Pont Street; los hombres la cantan al anochecer en Brompton Road.

POCO antes de su decimoctavo cumpleaños, la señorita Cubbidge, que vivía en el número 12A de Prince of Wales' Square, pensó que antes de que otro año pasara de largo ella perdería de vista aquel deforme rectángulo que por tanto tiempo había sido su casa. Y si además le hubieran dicho que en ese mismo año se habría desvanecido de su memoria cualquier vestigio de aquella supuesta plaza y del día en que su padre fue elegido por abrumadora mayoría para tomar parte en la dirección de los destinos del imperio, simplemente habría dicho con esa voz afectada que tenía: «¡Sí, ya!».

La prensa diaria no dijo nada al respecto, la política del partido de su padre no lo había previsto, no apareció ni por asomo en las conversaciones de las reuniones vespertinas a las que acudía la señorita Cubbidge: nada hubo que le avisara de que un repugnante dragón de escamas doradas, que agitaba al andar, surgiría limpiamente de la flor y nata del romance y atravesaría Hammersmith de noche (por lo que sabemos), y vendría a Ardle Mansions, para luego torcer a la izquierda, lo que le conduciría por supuesto a la casa del padre de la señorita Cubbidge.

La señorita Cubbidge se sentó al atardecer en su balcón completamente sola a esperar que a su padre le nombraran *baronet*. Llevaba botas, sombrero y un traje de noche escotado; pues un pintor estaba haciendo su retrato en aquel momento, y ni ella ni el pintor vieron nada raro en la extraña combinación. Ella no reparó en el estruendo de las escamas doradas del dragón, ni distinguió por encima de las múltiples luces de Londres el insignificante brillo rojo de sus ojos. De pronto levantó la cabeza, un resplandor dorado, hacia el balcón; no parecía un dragón amarillo, pues sus relucientes escamas reflejaban la belleza que Londres únicamente luce al atardecer y por la noche. Ella gritó, mas no a un caballero; no sabía a qué caballero llamar, ni adivinaba dónde estaban los vencedores de dragones de los lejanos tiempos románticos, ni cuáles eran las piezas más poderosas que ahora perseguían, o las batallas que libraban; tal vez estuviesen ocupados todavía al servicio de Armageddon.

En el balcón de la casa de su padre en Prince of Wales' Square, pintado de gris oscuro y cada año más ennegrecido, el dragón, desplegando sus rápidas alas, alzó a la señorita Cubbidge y Londres desapareció como una moda anticuada. Y desapareció Inglaterra, y el humo de sus fábricas, y el sonoro mundo material que despliega gran actividad alrededor del sol, agitado y perseguido por el tiempo; hasta que aparecieron las eternas y antiguas tierras del romance, que permanecían ocultas bajo los mares místicos.

No os imaginaríais a la señorita Cubbidge acariciando distraídamente con una

mano la cabeza dorada de uno de los dragones de la canción, mientras con la otra jugaba de cuando en cuando con perlas procedentes de solitarios parajes marinos. Llenaron de perlas enormes conchas de haliotis y las pusieron a su lado; le llevaron esmeraldas que ella se apresuró a ostentar entre las trenzas de su larga cabellera negra; le llevaron zafiros ensartados para su manto; todo eso hicieron los príncipes de fábula y los elfos y gnomos de la mitología. Y, aunque todavía estaba viva, también formaba parte del pasado y de aquellos sagrados cuentos que las nodrizas contaban cuando los niños se portaban bien, y había llegado la noche y el fuego estaba encendido, y el suave golpeteo de los copos de nieve en el cristal era como la huella furtiva de las espantosas criaturas de los antiguos bosques encantados. Si al principio ella echó de menos aquellas primorosas novedades entre las cuales se había criado, el viejo y competente cántico del mar místico celebrando la tradición de las hadas la apaciguó momentáneamente y acabó por consolarla. Incluso se olvidó de aquellos anuncios de píldoras que son tan queridos en Inglaterra; incluso olvidó los tópicos políticos y las cosas de las que se suele discutir, y aquellas de las que no; y por fuerza debió contentarse viendo navegar enormes galeones cargados de oro para Madrid, y la divertida calavera y las tibias cruzadas de los piratas, y el diminuto nautilo saliendo al mar, y los navíos de los héroes que circulan por los romances o de los príncipes que buscan islas encantadas.

No fue con cadenas como el dragón la retuvo allí, sino con un sortilegio de los de antaño. Para aquellos a los que durante tanto tiempo las facilidades de la prensa diaria les han sido concedidas, los sortilegios han perdido todo su encanto —habría que decir— así como, al cabo de un tiempo, los galeones y todas las cosas anticuadas. Al cabo de un tiempo. Pero ella no sabía si habían pasado siglos o años o nada de tiempo en absoluto. Si algo indicaba el paso del tiempo, era el ritmo de los cuernos de los elfos ascendiendo a las alturas. Si los siglos pasaron para ella, el sortilegio que le ataba le dio también juventud eterna y mantuvo siempre encendido el farol a su lado, y libró del deterioro al palacio de mármol situado frente al mar místico. Y si el tiempo no pasó por ella, su único momento en aquellas maravillosas costas se convirtió, por así decirlo, en un cristal que reflejaba miles de escenarios. Si todo fue un sueño, fue un sueño que no conoció comienzo ni se desvaneció. La corriente siguió su curso cuchicheando misterios y mitos, mientras cerca de aquella dama cautiva, dormido en su tanque de mármol, el dragón dorado soñaba. Y no muy lejos de la costa, todo lo que soñaba el dragón se veía borrosamente en la neblina que cubría el mar. Nunca soñó con ningún caballero salvador. Mientras soñaba, llegó el crepúsculo; mas cuando salió ágilmente de su tanque, cayó la noche y brillaron las estrellas en sus chorreantes escamas doradas.

Tanto él como su cautiva vencieron allí al Tiempo, o nunca se enfrentaron del todo a él. Mientras tanto, en el mundo que conocemos hacía estragos Roncesvalles u otras batallas todavía por venir... desconozco qué parte de los romances le contó a ella. Tal vez se convirtiese ella en una de esas princesas de las que nos hablan las

fábulas amorosas, mas baste decir que vivía allí junto al mar; y gobernaron reyes y demonios, y volvieron de nuevo los reyes, y muchas ciudades retornaron a su polvo originario, y ella permaneció todavía allí, y su palacio de mármol no pasó aún a mejor vida, ni la fuerza del sortilegio del dragón.

Y tan solo en una ocasión llegó hasta ella un mensaje del mundo que conocía de antiguo. Llegó en un barco nacarado a través del mar místico; procedía de una antigua amiga del colegio que había tenido en Putney, simplemente una nota, no más, con letra pequeña, clara y redonda. Decía: «No es propio de ti estar allí sola».

DE CÓMO NUTH HABRÍA PRACTICADO SU ARTE CONTRA LOS GNOLOS

PESE a las alusiones de firmas rivales, es probable que todos los comerciantes sepan que dentro de su profesión nadie goza actualmente de una posición igual a la del señor Nuth. Para aquellos que se encuentran fuera del círculo mágico de los negocios, su nombre es apenas conocido; mas él no necesita anunciarse, está satisfecho. Está por encima incluso de la moderna competencia, y, cualesquiera que sean las pretensiones de las que se jacten, sus rivales lo saben. Sus precios son moderados, ya sea al contado a la entrega del género, ya sea mediante chantaje después. Toma siempre en consideración la conveniencia de los demás. Se puede contar con su experiencia; le he visto moverse más sigilosamente que una sombra en una noche ventosa, pues Nuth es un ladrón profesional. Se ha sabido de hombres que, sin abandonar sus casas de campo, han enviado comerciantes a negociar un tapiz, algún mueble o algún cuadro que habían visto en su tienda. Eso es de mal gusto; mas aquellos cuya cultura es más refinada invariablemente han llamado a Nuth una o dos noches después de visitar su tienda. Se maneja bien con los tapices, difícilmente se daría uno cuenta de que los bordes han sido cortados. Y a menudo, cuando veo alguna nueva casa, inmensa, llena de muebles antiguos y cuadros de otras épocas, me digo a mí mismo: «Estas sillas con molduras, estos antepasados de cuerpo entero y estas caobas talladas son producto del incomparable Nuth».

Se puede objetar en contra de mi utilización de la palabra «incomparable» que en el oficio de ladrón el nombre de Slith sigue siendo soberano y único; eso no lo ignoro. Mas Slith es un clásico y vivió hace mucho tiempo, y no sabía completamente nada acerca de la moderna competencia; aparte de que la sorprendente índole de su funesto destino posiblemente ha añadido un encanto que exagera ante nuestros ojos sus indudables méritos.

No cabe suponerse que yo sea un amigo cualquiera de Nuth. Al contrario, soy partidario de la Propiedad, y no necesita que yo interceda por él, ya que su posición es casi única dentro del gremio, siendo de los pocos que no precisan anunciarse.

En la época en que comienza mi historia, Nuth vivía en una espaciosa casa de Belgrave Square. A su inimitable manera había trabado amistad con la portera. El lugar le agradaba a Nuth y, cada vez que alguien iba a inspeccionarlo con ánimos de compra, la portera solía ensalzar la casa con las palabras que Nuth le había sugerido. «Si no fuera por los desagües —les decía ella—, sería la mejor casa de Londres». Y cuando ellos se aferraban a esa observación, y hacían preguntas acerca de los desagües, ella les contestaba que eran buenos, mas no tanto como la propia casa. No veían a Nuth cuando recorrían las habitaciones, mas Nuth estaba allí.

Una mañana primaveral llegó una anciana, vestida pulcramente de negro y con un gorro forrado de rojo, preguntando por el señor Nuth; con ella venía su voluminoso y

desgarbado hijo. La señora Eggins, la portera, echó un vistazo a la calle y después los dejó entrar, haciéndoles esperar en el salón entre muebles cubiertos por sábanas. Esperaron un buen rato y luego olieron a tabaco de pipa: era Nuth que se acercaba a ellos.

—Señor —dijo la anciana del gorro forrado de rojo—, usted ha sido el que me ha incitado —y entonces comprendió que esa no era forma de dirigirse al señor Nuth.

Finalmente habló Nuth y la anciana le explicó muy tímidamente que su hijo era un joven prometedor, introducido ya en la profesión, que quería mejorar de posición, y que ella deseaba que el señor Nuth le enseñara a ganarse la vida.

Ante todo, Nuth quiso ver sus referencias, y cuando le mostraron una de un joyero del cual daba la casualidad de que era uña y carne, el resultado fue que accedió a hacerse cargo de Tonker (pues así se llamaba el prometedor joven) y convertirlo en su aprendiz. La anciana del gorro forrado de rojo regresó a su pequeña casa de campo y cada atardecer le decía a su viejo marido:

—Tonker, debemos cerrar los postigos por la noche, pues ahora Tommy es un ladrón.

No tengo la intención de pormenorizar los detalles del aprendizaje del prometedor joven: los que son de la profesión ya los conocen y los que son de otros oficios solamente se preocupan de los suyos propios, mientras que los desocupados que carecen de profesión no lograrían apreciar los progresos de Tommy Tonker, primero cruzando a oscuras y sin hacer ningún ruido simples maderos cubiertos de pequeños obstáculos, después ascendiendo en silencio escaleras que crujen, más tarde abriendo puertas y por último trepando.

Baste decir que el negocio prosperó enormemente, mientras Nuth enviaba de vez en cuando a la anciana del gorro forrado de rojo entusiastas informes, escritos con su difícil letra, sobre los progresos de Tommy Tonker. Nuth había renunciado muy pronto a las clases de caligrafía, pues parecía tener algún prejuicio contra la falsificación y, por consiguiente, consideraba la escritura como una pérdida de tiempo. Más tarde se produjo la transacción con lord Castlenorman en su residencia de Surrey. Nuth eligió un sábado por la noche y a las once en punto toda la casa estaba en silencio. Cinco minutos antes de la medianoche, Tommy Tonker, siguiendo instrucciones del señor Nuth, que esperaba fuera, salió con una bolsa llena de anillos y botones de camisa. Era una bolsa realmente liviana, mas los joyeros de París no podrían igualarla sin hacer un pedido especial a África, así es que lord Castlenorman tuvo que pedir prestados botones de hueso.

No hubo ni un solo rumor que susurrara el nombre de Nuth. Si dijera que esta circunstancia se le subió a la cabeza, la afirmación molestaría a más de uno, pues sus socios sostienen que su astuto juicio no se veía afectado por las circunstancias. Diré por consiguiente que estimuló su genio para planear lo que ningún otro ladrón había planeado antes. Ni más ni menos que robar la mansión de los gnolos. Y eso se lo reveló a Tonker aquel hombre abstemio frente a una taza de té. Aunque Tonker no

hubiera estado casi loco de orgullo por su reciente transacción, ni cegado por su veneración por Nuth, habría aceptado el plan, pero me temo que habría derramado la leche. Mas protestó respetuosamente: dijo que prefería no ir; se permitió argüir que no era un asunto claro. Y al final, una ventosa mañana de octubre que amenazaba tormenta les sorprendió a ambos siguiendo un rastro cerca del espantoso bosque.

Sopesando pequeñas esmeraldas con simples pedazos de roca, Nuth averiguó el peso probable de los adornos caseros que, según se creía, poseen los gnoslos en la angosta y elevada mansión en la que han morado desde muy antiguo. Decidieron robar dos esmeraldas y transportarlas entre los dos envueltas en un capote; mas si resultaban demasiado pesadas, deberían arrojar inmediatamente una de ellas. Nuth advirtió al joven Tonker contra la avaricia y le explicó que las esmeraldas valdrían menos que un queso hasta que ellos estuvieran a salvo del espantoso bosque.

Todo había sido cuidadosamente planeado, y ahora caminaban ambos en silencio. No hallaron indicios de sendero alguno entre la siniestra penumbra de los árboles; tampoco de hombres o de ganado; desde hacía centenares de años no había pasado por allí ni siquiera algún cazador furtivo en busca de elfos. No era posible penetrar dos veces en los diminutos valles de los gnoslos. Y, aparte de las cosas que allí habían sucedido, los mismos árboles eran un aviso, no tenían el aspecto saludable que presentan los que nosotros plantamos.

La aldea más próxima estaba a pocas millas y la parte posterior de todas sus casas daba al bosque, aunque sin ninguna ventana en aquella dirección. Allí no hablaban de él y en otras partes lo desconocían.

Nuth y Tommy Tonker se introdujeron en aquel bosque. No llevaban armas de fuego. Tonker había pedido una pistola, mas Nuth le respondió que el ruido de un disparo «nos lo echaría todo a perder», y no se habló más de ello.

Anduvieron todo el día por el bosque, internándose cada vez más en él. Vieron el esqueleto de algún primitivo cazador furtivo de tiempos del rey Jorge, clavado a una puerta bajo un roble. De vez en cuando divisaron a lo lejos una trampa para hadas. En cierta ocasión, Tonker pisó un trozo de madera seca y endurecida, después de lo cual permanecieron ambos inmóviles durante unos veinte minutos. Y el ocaso refulgió, lleno de presagios, por entre los troncos de los árboles; y cayó la noche; y, a la caprichosa luz de las estrellas, como Nuth había previsto, llegaron a aquella casa angosta y elevada donde los gnoslos moraban tan en secreto.

Todo estaba tan silencioso en aquella módica casa que el decaído ánimo de Tonker vaciló; mas al experimentado juicio de Nuth le pareció que aquel silencio era excesivo. Y todo el tiempo el cielo presentó ese aspecto peor que un juicio oral, de manera que Nuth, como ocurre a menudo cuando los hombres desconfían, tuvo tiempo suficiente para temerse lo peor. Sin embargo, no abandonó el asunto sino que mandó al prometedor joven que, mediante una escala, subiera con el instrumental propio de su oficio a la vieja ventana verde. Y, en el momento en que Tonker tocó los podridos maderos, el silencio, que, aunque ominoso, era terrenal, se hizo sobrenatural

como el roce de un gul. Y Tonker escuchó su respiración que violaba el silencio, y su corazón parecía un tambor furioso durante un ataque nocturno, y el cordón de una de sus sandalias golpeó en uno de los peldaños de la escalera, y las hojas del bosque enmudecieron, y la brisa de la noche se aplacó. Y Tonker rezó por que algún topo o ratón hiciera ruido; mas no se movió ni una sola criatura; incluso Nuth estuvo inmóvil. E inmediatamente, antes de ser descubierto, el joven prometedor se decidió, como debiera haber hecho mucho antes, a dejar aquellas colosales esmeraldas en donde estaban y a no tener ya nada más que ver con la angosta y elevada mansión de los gnolos, abandonando en aquel preciso momento el siniestro bosque y retirándose enseguida del oficio para comprarse una casa en el campo. Entonces descendió silenciosamente y le hizo señas a Nuth. Mas los gnolos le habían observada a través de unos agujeros que habían horadado en los troncos de los árboles, y al misterioso silencio siguieron, como una bendición, los apresurados gritos de Tonker al ser atrapado por detrás; gritos cada vez más imperiosos hasta hacerse incoherentes. Es inútil preguntar adónde le llevaron, no pienso decir lo que hicieron.

Nuth observó durante un rato desde la esquina de la casa; mientras se frotaba la barbilla, su cara mostraba una ligera sorpresa, pues el truco de los agujeros en los árboles era nuevo para él. Entonces se escabulló ágilmente a través del espantoso bosque.

«¿Atraparon también a Nuth?», me preguntarás, apreciado lector.

«Pues no, niño mío» (pues semejante pregunta es pueril). «Nadie atrapó jamás a Nuth».

LA CORONACIÓN DEL SEÑOR THOMAS SHAP

LA ocupación del señor Thomas Shap consistía en persuadir a los clientes de que la mercancía era genuina y de excelente calidad, y que en cuanto al precio su voluntad tácita sería consultada. Para llevar a cabo esta ocupación todas las mañanas iba muy temprano en tren a unas pocas millas de la City desde el suburbio en donde pasaba la noche. Así era como empleaba su vida.

Desde el momento en que por vez primera se dio cuenta (no como se lee un libro, sino como las verdades son reveladas al instinto) de la bestialidad propia de su ocupación, y de la casa en la que pasaba la noche —su aspecto, forma y pretensiones—, e incluso de la ropa que llevaba puesta, desde aquel mismo momento dejó de cifrar en ellos sus sueños, sus ilusiones, sus ambiciones; se olvidó de todo excepto de aquel laborioso señor Shap vestido con levita que adquiría billetes de tren, manejaba dinero y a su vez podía ser manejado por las estadísticas. Ni el sacerdote que había en es señor Shap, ni el poeta, tomaron jamás el primer tren para la City.

Al principio solía hacer pequeños recorridos en su imaginación, fijándose en su ensueño en los campos y ríos tendidos al sol, en los que este sorprendía al mundo con mayor brillantez cuanto más hacia el sur. Luego empezó a imaginar mariposas; después de eso, gente vestida de seda y templos que construían a sus dioses.

Se advertía que el señor Shap era más bien callado, e incluso a veces distraído; mas no se criticaba su comportamiento con los clientes, para los cuales seguía siendo tan convincente como antaño. Por tanto, soñó durante un año más y, según soñaba, su fantasía se reforzaba. Leía todavía en el tren publicaciones baratas, seguía discutiendo los efímeros tópicos de la vida cotidiana y todavía votaba en las elecciones, aunque ya no lo hacía con todo su ser: su alma ya no intervenía.

Había tenido un año agradable, aunque su imaginación era completamente nueva para él, y a menudo le había descubierto cosas hermosas lejos de donde estaban disponibles, al sudeste del limbo crepuscular. Como tenía una mente lógica y prosaica, a veces decía: «¿Por qué he de pagar dos peniques en el teatro eléctrico cuando bastante fácilmente puedo ver gratis todo tipo de cosas?». Cualquier cosa que hiciera era ante todo lógica, y los que le conocían hablaban siempre de Shap como de «un hombre bueno, sensato y juicioso».

El día más importante de su vida, con mucho, fue a la ciudad como de costumbre en el primer tren a vender artículos plausibles a sus clientes, mientras su parte espiritual vagaba por tierras imaginarias. Según venía de la estación, lleno de sueños pero completamente despierto, descubrió repentinamente que el verdadero Shap no era el que iba al Comercio con fea ropa negra, sino el que vagaba a lo largo del borde de la jungla cerca de las murallas de una antigua ciudad oriental que surgía de la arena y que el desierto lamía con su eterna ondulación. Solía imaginar que el nombre de esa ciudad era Larkar. «Después de todo, la ilusión es tan real como el mismo

cuerpo», decía con perfecta lógica. Era una teoría peligrosa.

Al igual que en el Comercio, se daba perfecta cuenta de la importancia y el valor del método para aquella otra vida que llevaba. No dejaba que su fantasía vagara demasiado lejos hasta conocer perfectamente sus principales aledaños. En particular evitaba la jungla: no es que temiera encontrar allí un tigre (después de todo, no era real), mas sí que pudieran agazaparse extrañas criaturas. Creó Larkar lentamente: muralla a muralla, torres para los arqueros, puerta de latón, y todo lo demás. Y entonces, un día se persuadió, y con toda razón, de que toda aquella gente vestida de seda que recorría sus calles, sus camellos, sus mercancías procedentes de Inkustahn, la misma ciudad, eran producto de su voluntad, por lo que él mismo se hizo Rey. Después sonreía cuando la gente no se quitaba el sombrero a su paso por las calles, mientras caminaba de la estación al Comercio; mas era lo suficientemente práctico como para reconocer que era preferible no comentar esas cosas con los que únicamente le conocían como señor Shap.

Ahora que era Rey de la ciudad de Larkar y de todo el desierto que se extiende hacia el este y el norte, dejó vagar más lejos su fantasía. Se llevó los regimientos de camelleros y abandonó Larkar entre tintineos producidos por las campanillas de plata que llevaban los camellos debajo de la barbilla, y llegó a otras remotas ciudades del desierto que se alzaban al sol con sus blancas murallas y torres. Atravesó las puertas de estas ciudades con sus tres regimientos vestidos de seda: el regimiento azul pálido estaba a su derecha, el regimiento verde cabalgaba a su izquierda y el regimiento lila iba delante. Cuando hubo atravesado las calles de cada una de las ciudades, y observado los modales de sus gentes, y contemplado la forma en que el sol daba en sus torres, se proclamó Rey allí mismo y a continuación siguió adelante con su fantasía. De esa manera pasó de ciudad en ciudad y de país en país. Aunque el señor Shap era perspicaz, creo que pasó por alto el ansia de engrandecimiento del que tan a menudo son víctimas los reyes. De manera que, cuando las primeras ciudades abrieron sus relucientes puertas y vio que la gente se postraba ante su camello, y que los lanceros le aclamaban a lo largo de innumerables balcones, y que los sacerdotes salían a hacerle reverencias, él, que nunca había tenido siquiera la más modesta autoridad en su mundo familiar, se volvió insensatamente insaciable. Apenas fue Rey dejó que su fantasía vagase a velocidades desmesuradas, renunció al método, y ansió ampliar sus fronteras; de manera que se internó cada vez más en terrenos completamente desconocidos para él. La concentración que mostró en sus desmesurados avances a través de países que la historia desconoce y de ciudades de tan fantásticos baluartes que, aunque sus habitantes eran humanos, sin embargo el enemigo al que temían no lo parecía tanto; el asombro con que percibió puertas y torres desconocidas incluso para el arte, y gente furtiva afluyendo por intrincados caminos para aclamarle como su soberano; todas esas cosas comenzaron a afectar su capacidad para el Comercio. Sabía como cualquiera que su imaginación no podía gobernar aquellas hermosas tierras a menos que el otro Shap, por insignificante que

fuera, estuviera bien amparado y alimentado: y el amparo y el alimento significan dinero, y el dinero Comercio. Su error se parecía más al de un jugador astuto que ignorara la codicia humana. Un día su imaginación, vagando de buena mañana, llegó a una ciudad espléndida como el alba, en cuyas opalescentes murallas había puertas de oro, tan enormes que entre sus barrotes fluía un río en el que, cuando aquellas se abrían, flotaban grandes galeones con las velas alzadas. De ellas salió danzando un grupo instrumental que ejecutó una melodía alrededor de la muralla. Aquella mañana el señor Shap, el Shap corporal de Londres, se olvidó del tren que le conducía a la ciudad.

Hasta hacía un año nunca había imaginado nada; no hay por qué extrañarse de que todas aquellas cosas recientemente imaginadas por su fantasía le jugaran al principio una mala pasada a la memoria de un hombre tan cuerdo. Dejó por completo de leer los periódicos, perdió todo su interés por la política, y cada vez le importaban menos las cosas que pasaban a su alrededor. Incluso volvió a ocurrirle aquella desgraciada pérdida del tren de la mañana y la empresa le reprendió severamente por ello. Mas él se consoló. ¿Acaso no le pertenecían Aráthrion y Argun Zeerith y todo el litoral de Oora? E incluso cuando la empresa le criticó, contempló en su imaginación a los yaks en viajes agotadores, lentas partículas sobre los campos nevados, portando sus ofrendas; y vio los ojos verdes de los montañeses que le habían mirado de una manera extraña en la ciudad de Nith cuando entró por la puerta del desierto. No obstante, su lógica no le abandonó del todo; sabía que sus extraños súbditos no existían, y estaba más orgulloso de haberlos creado en su mente que de poder gobernarlos únicamente. Así que, en su orgullo, se consideraba más importante que un Rey, sin atreverse a pensar exactamente qué. Entró en el templo de la ciudad de Zorra y permaneció allí algún tiempo solo: todos los sacerdotes se arrodillaron ante él cuando salió.

Cada vez le importaban menos las cosas que a nosotros nos preocupan, los asuntos propios de Shap, el comerciante de Londres. Comenzó a despreciarle con soberano desdén.

Un día, hallándose en Sowla, la ciudad de los thuls, sentado en el trono de amatista, decidió, y al momento fue proclamado con trompetas de plata por todo el país, que sería coronado Rey de todo el País de las Maravillas.

Delante de aquel viejo templo donde año tras año, durante más de mil, fueron venerados los thuls, instalaron pabellones al aire libre. Los árboles que allí florecían despedían radiantes fragancias, desconocidas en todos los países incluidos en los mapas; las estrellas brillaban intensamente por aquel excelente motivo. Una fuente lanzaba incesantemente hacia arriba con gran estrépito brazada tras brazada de diamantes; un profundo silencio aguardaba a las trompetas doradas: se acercaba la noche de la coronación. En lo alto de aquellos viejos y gastados escalones, que bajaban no se sabe adónde, se encontraba el Rey con su manto de color esmeralda y amatista, la antigua vestidura de los thuls; a su lado estaba la Esfinge que en las

pasadas semanas le había aconsejado en sus asuntos.

Lentamente, subieron hacia él, de no se sabe dónde, ciento veinte arzobispos, veinte ángeles y dos arcángeles, llevando la fabulosa corona, la diadema de los thuls. Mientras ascendían hasta él, sabían que a todos ellos les esperaba un ascenso por su labor aquella noche. Silencioso, majestuoso, el Rey les aguardaba.

Los doctores de abajo fueron sentándose a cenar, los vigilantes pasaron lentamente de una habitación a otra, y cuando, en aquel confortable dormitorio de Hanwell, vieron al Rey todavía erguido y regio, resuelto, subieron hasta él y le dijeron: «Váyase a la cama... a la linda cama». Así es que se acostó y pronto se quedó dormido: el gran día había terminado.

CHU-BU Y SHEEMISH

LOS martes por la tarde era costumbre en el templo de Chu-bu que el sacerdote entrara y cantara: «Nadie existe salvo Chu-bu».

Y toda la gente se alegraba y gritaba: «Nadie existe salvo Chu-bu». Y ofrecían miel a Chu-bu, y maíz y manteca de cerdo. De esta manera era glorificado.

Chu-bu era un ídolo algo antiguo, como puede comprobarse por el color de la madera. Había sido esculpido en caoba y después pulimentado. Luego lo habían erigido sobre un pedestal de diorita con un brasero delante para quemar especias y dorados platos llanos para la manteca. De esta manera adoraban a Chu-bu.

Debía haber estado allí más de cien años, cuando un día los sacerdotes llegaron al templo con otro ídolo y lo erigieron sobre un pedestal cerca de Chu-bu, cantando: «También existe Sheemish».

Palpablemente Sheemish era un ídolo moderno, y aunque su madera había adquirido un tono rojo oscuro, podía uno figurarse que acababa de ser esculpido. Y ofrecieron miel a Sheemish lo mismo que a Chu-bu, y también maíz y manteca de cerdo.

La furia de Chu-bu no conoció límite de tiempo estuvo furioso toda la noche y al día siguiente todavía lo estaba. La situación exigía inmediatos prodigios. Seguramente el ídolo no tenía potestad para devastar la ciudad con una peste que matara a todos sus sacerdotes, por lo que sabiamente concentró los poderes divinos que tenía a fin de originar un pequeño terremoto. «Así —pensaba Chu-bu— me reafirmaré como único dios, y los hombres escupirán sobre Sheemish».

Chu-bu insistió y volvió a insistir, mas el terremoto no llegaba todavía, cuando de pronto se dio cuenta de que el aborrecido Sheemish osaba tratar de hacer un milagro también. Dejó de ocuparse del terremoto y estuvo atento —¿o debería decir con todos los sentidos alerta?— a lo que Sheemish estaba pensando, pues los dioses se enteran de lo que pasa en la mente gracias a un sentido distinto a los otros cinco. Sheemish trataba también de provocar un terremoto.

El móvil del nuevo dios era probablemente hacer valer sus derechos. Dudo que Chu-bu comprendiera o se preocupase lo más mínimo por ese motivo; para un ídolo inflamado de celos era suficiente que su detestable rival estuviera a punto de hacer un milagro. Todo el poder de Chu-bu viró inmediatamente en redondo, oponiéndose resueltamente al terremoto, por pequeño que este fuera. Durante algún tiempo todo siguió igual en el templo de Chu-bu, sin que se produjera ningún terremoto.

Ser un dios y no poder realizar un milagro es una sensación desesperante; es como si un hombre decidiera estornudar y no le saliera el estornudo; como si alguien intentara nadar provisto de pesadas botas o pretendiera recordar un nombre completamente olvidado: todos estos sufrimientos padecía Sheemish.

Y el martes llegaron los sacerdotes y los fieles, y todos adoraron a Chu-bu y le

ofrecieron manteca de cerdo, diciendo: «Oh, Chu-bu, que has creado todo»; y luego los sacerdotes cantaron: «También existe Sheemish»; y Chu-bu se avergonzó y no habló en tres días.

En el templo de Chu-bu había pájaros sagrados, y al acercarse el tercer día y su noche, la mente de Chu-bu descubrió, por así decirlo, que había excrementos en la cabeza de Sheemish.

Chu-bu habló a Sheemish como hablan los dioses, sin mover los labios ni siquiera alterar el silencio, diciendo: «Hay excrementos en tu cabeza, oh, Sheemish». A lo largo de toda la noche murmuró una y otra vez: «Hay excrementos en la cabeza de Sheemish». Y cuando al amanecer se oyeron voces a lo lejos, Chu-bu se mostró exultante con el despertar de las cosas de la Tierra, y exclamó hasta que el sol estuvo alto: «Excrementos, hay excrementos en la cabeza de Sheemish»; y al mediodía dijo: «Por tanto, Sheemish debe de ser dios». De esa manera dejó confundido a Sheemish.

Y el martes llegó alguien y lavó su cabeza con agua de rosas, y de nuevo fue adorado y le cantaron: «También existe Sheemish». Y Chu-bu todavía estaba contento, pues decía: «La cabeza de Sheemish ha sido profanada», y de nuevo: «Su cabeza fue profanada, eso está bien». Y he aquí que una tarde había también excrementos en la cabeza de Chu-bu, circunstancia de la que se apercibió Sheemish inmediatamente.

Con los dioses no ocurre como con los hombres. Nosotros nos enfadamos unos con otros y cambiamos continuamente de parecer, mas la ira de los dioses es perdurable. Chu-bu recordaba y Sheemish no olvidaba. Hablaron entre ellos como nosotros no solemos hacer, en silencio, pero oyéndose uno al otro, y sus puntos de vista no fueron como los nuestros. No deberíamos juzgarlos solamente mediante criterios humanos. A lo largo de toda la noche hablaron y en todo ese tiempo únicamente pronunciaron estas palabras: «Sucio Chu-bu». «Sucio Sheemish». «Sucio Chu-bu». «Sucio Sheemish» toda la noche. Al amanecer su ira no se había agotado, ni se habían hartado de acusarse mutuamente. Y, poco a poco, Chu-bu vino a darse cuenta de que no era más que el igual de Sheemish.

Todos los dioses son celosos; mas esta igualdad con el adversario Sheemish, un objeto de madera pintada cien años después que el propio Chu-bu, y la adoración a él prestada en el templo del mismo Chu-bu, eran particularmente amargas. Aunque fuera dios, Chu-bu era celoso; y cuando llegó de nuevo el martes, tercer día de la adoración a Sheemish, Chu-bu no pudo soportarlo más. Sentía que debía manifestar su enojo a toda costa, y con toda la vehemencia de su voluntad reanudó sus intentos de provocar un pequeño terremoto. Nada más irse del templo los adoradores, Chu-bu se concentró a fin de realizar el milagro; de vez en cuando sus meditaciones se veían alteradas por la ya familiar máxima «Sucio Chu-bu»; mas Chu-bu perseveraba ferozmente, sin dejar de decir lo que quería decir y ya había dicho novecientas veces, y pronto cesaron incluso esas interrupciones.

Cesaron porque Sheemish había retomado un proyecto que nunca había

abandonado del todo: el deseo de exaltarse e imponerse a Chu-bu, realizando un milagro; y, como estaban en una zona volcánica, había elegido un pequeño terremoto como milagro más fácilmente asequible a un dios pequeño.

Ahora bien, un milagro solicitado a la vez por dos dioses tiene el doble de probabilidad de cumplirse que si es deseado por uno solo, y una posibilidad incalculablemente mayor que cuando dos dioses tiran cada uno por su lado; como ocurre en el caso de dioses más antiguos y más importantes: cuando el sol y la luna apuntan a la misma dirección tenemos las mayores mareas.

Chu-bu nada sabía de la teoría de las mareas, y estaba demasiado ocupado con su milagro para darse cuenta de lo que Sheemish estaba haciendo. Y súbitamente se consumó el milagro.

Fue un terremoto muy localizado, pues existen otros dioses además de Chu-bu o incluso Sheemish, y estos habían querido que fuera pequeño; mas derribó algunos monolitos de una columnata que soportaba un ala del templo e hizo caer todo un muro del mismo; y las humildes casuchas de los habitantes de aquella ciudad temblaron un poco, y algunas puertas se bloquearon y no podían abrirse. Ni Chu-bu ni Sheemish pretendían hacer nada más; mas habían puesto en marcha una vieja ley más antigua que el propio Chu-bu: la ley de la gravedad, que aquella columnata había aplacado durante centenares de años; y el templo de Chu-bu se estremeció, luego se tambaleó una vez y finalmente se derrumbó sobre las cabezas de Chu-bu y Sheemish.

Nadie lo reconstruyó, pues nadie osaba acercarse a dioses tan terribles. Algunos dijeron que Chu-bu hizo el milagro; otros dijeron que fue Sheemish; y se originó un cisma. Los más débiles, alarmados por el encono de las sectas rivales, buscaron un término medio y dijeron que ambos lo habían realizado; mas ninguno de ellos adivinó la verdad: que lo hicieron por rivalidad.

Y un rumor surgió, y ambas sectas lo compartieron: quien tocara a Chu-bu o mirara a Sheemish, moriría.

Así fue como adquirí a Chu-bu cuando una vez realicé un viaje más allá de las colinas de Ting. Lo encontré en el derrumbado templo de Chu-bu: sus manos y dedos de los pies sobresalían de los escombros, y estaba tendido boca arriba. Y en esa misma postura en que lo encontré lo he mantenido hasta la fecha sobre la repisa de la chimenea; de esa manera está menos expuesto a ser derribado. Sheemish estaba roto, de manera que lo dejé donde estaba.

Y Chu-bu parece tan desvalido, con sus regordetas manos alzadas, que, a veces, me entran ganas de inclinarme ante él y rezarle, diciendo: «Oh, Chu-bu, tú que lo has creado todo, socorre a tu siervo».

Chu-bu no puede hacer mucho, aunque estoy seguro de que en cierta ocasión en una partida de *bridge* me envió un as de triunfos, después de que en toda la velada no había tenido una sola carta que mereciera la pena. La suerte podía haber hecho por mí otro tanto, mas eso no se lo conté a Chu-bu.

EL BOTÍN DE BOMBASHARNA

LAS cosas se le habían puesto muy feas a Shard, capitán pirata, en todos los mares que conocía. Los puertos españoles estaban cerrados para él; le conocían en Santo Domingo; en Siracusa los hombres pestañeaban cuando pasaba a su lado; los reyes de las Dos Sicilias jamás reían después de haber estado hablando de él hasta pasada una hora; todas las ciudades importantes ofrecían enormes recompensas por su cabeza y divulgaban retratos de él para su identificación... *todos ellos bastante poco halagüeños*. Por tanto, el capitán Shard decidió que había llegado la hora de contar a sus hombres el secreto.

Una noche, abandonando Tenerife, los convocó a todos. Admitió con franqueza que había cosas en el pasado que requerían una explicación: las coronas que los príncipes de Aragón habían enviado a sus sobrinos los reyes de las dos Américas jamás habían llegado a sus Muy Sacras Majestades. ¿Dónde estaban, podía preguntarse la gente, los ojos del capitán Stobbud? ¿Quién había estado incendiando ciudades en las costas de Patagonia? ¿Por qué aceptaría un barco como el suyo un cargamento de perlas? ¿Dónde estaban el *Nancy*, el *Lark* o el *Margaret Belle*? Es posible, alegó, que los curiosos se hicieran preguntas como esas, y que, si diera la casualidad de que el abogado defensor fuera tonto y desconociera las cosas de la mar, podrían verse envueltos en molestas fórmulas legales.

Y Bill el Sanguinario, como era vulgarmente conocido el señor Gagg, miembro de la tripulación, levantó los ojos hacia el cielo y dijo que la noche estaba ventosa y parecía lúgubre. Y algunos de los allí presentes se acariciaron el mentón con aire pensativo mientras el capitán Shard les revelaba su plan. Dijo que había llegado la hora de abandonar el *Desperate Lark*, pues era demasiado conocido por las armadas de los cuatro reinos, un quinto empezaba a conocerlo, y los demás tenían sospechas. (Más cúteres incluso de los que el capitán Shard sospechaba, estaban ya buscando su bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas, bordadas en amarillo). Existía un pequeño archipiélago que él conocía en la zona más peligrosa del Mar de los Sargazos; tenía unas treinta islas peladas, mas una de ellas iba a la deriva. Se había dado cuenta de ello hacía años y había desembarcado sin encontrar ni un alma. Mas con el ancla de su barco la había afianzado al fondo del mar, que allí era muy profundo, y la había convertido en el mayor secreto de su vida, determinando casarse y establecerse allí si alguna vez le llegaba a ser imposible ganarse la vida en el mar de la forma habitual. Cuando la vio por vez primera, derivaba lentamente, a impulso del viento que azotaba las copas de los árboles. Mas si el cable no se había oxidado, todavía debería estar donde él la dejó; podrían hacer un timón, excavar camarotes bajo la tierra, y de noche izar velas en los troncos de los árboles y navegar así adonde quisieran.

Todos los piratas se alegraron, pues estaban deseosos de desembarcar otra vez en

alguna tierra donde el verdugo no los colgase inmediatamente. Y aunque eran estúpidos, requería mucho esfuerzo ver tantas luces siguiéndoles de noche. Incluso entonces... Mas el barco se desvió otra vez y se perdió en la niebla.

Y el capitán Shard dijo que primero necesitaba conseguir provisiones y que él por lo menos intentaría casarse antes de establecerse allí. De manera que, antes de abandonar el barco, combatirían una vez más y saquearían la ciudad costera de Bombasharna, y tomarían provisiones para varios años, y mientras él se casaría con la Reina del Sur. Y de nuevo se alegraron los piratas, pues habían contemplado a menudo las costas de Bombasharna y siempre habían envidiado su opulencia desde el mar.

De manera que se hicieron a la mar, cambiando a menudo de rumbo, y eludieron las extrañas luces hasta que amaneció, huyendo todo el día hacia el sur. Y al anochecer divisaron las agujas plateadas de la esbelta Bombasharna, una ciudad que era el orgullo de la costa. Y en medio de ella divisaron, aunque estaban lejos, el palacio de la Reina del Sur; y este estaba tan repleto de ventanas que daban al mar y tan iluminado, tanto por el crepúsculo que se fundía con el mar, como por las velas que las criadas habían encendido una a una, que de lejos parecía una perla brillando en su concha de nácar, todavía húmeda a causa del mar.

De manera que el capitán Shard y sus piratas la divisaron al anochecer sobre las aguas, y recordaron los rumores que decían que Bombasharna era la más bella ciudad costera del mundo y que su palacio era aún más hermoso. En cuanto a la Reina del Sur, el rumor no admitía comparación. Entonces llegó la noche y ocultó las agujas plateadas, y Shard se escabulló entre la oscuridad circundante, hasta que a medianoche el barco pirata se colocó debajo de las almenas que daban al mar.

Y a la hora en que la mayoría de los enfermos fallecen y los centinelas velan sus armas en las solitarias murallas, exactamente media hora antes del alba, Shard desembarcó bajo las almenas con la mitad de su tripulación en dos botes cuyos remos habían sido silenciados astutamente. Antes de que sonara la alarma fueron directamente a la entrada del palacio y, tan pronto como la oyeron, los artilleros de a bordo hicieron fuego contra la ciudad; antes de que la soñolienta tropa de Bombasharna se enterara de si el peligro venía de tierra o del mar, Shard había capturado con éxito a la Reina del Sur. Se habrían entregado el día entero a saquear aquella plateada ciudad costera de no haber aparecido con el amanecer unas sospechosas gaviotas en el horizonte. Por consiguiente, el Capitán descendió inmediatamente a la orilla con su Reina y apresuradamente volvió a embarcar y se fue con el botín que habían capturado precipitadamente, y con menos hombres, pues tuvieron que luchar bastante para regresar a los botes. Todo el día maldijeron la interferencia de aquellos ominosos barcos que constantemente se les aproximaban. Al principio eran seis y esa noche se lograron escabullir de todos ellos excepto de dos. Mas los días siguientes ambos seguían a la vista, y cada uno de ellos tenía más cañones que el *Desperate Lark*. La siguiente noche, Shard anduvo dando rodeos por

el mar, mas los dos barcos se separaron y uno de ellos se mantuvo siempre a la vista. A la mañana siguiente, Shard se encontraba a solas con el barco perseguidor, cuando divisó de pronto su archipiélago, el secreto de su vida.

Shard comprendió que debía combatir y que iba a tratarse de un combate difícil; sin embargo, esto convenía a sus propósitos, ya que cuando el combate comenzó tenía más hombres de los que necesitaba en su isla. Y acabaron antes de que llegara algún otro barco. Y Shard se libró de todos los testigos adversos y aquella noche llegó a la isla próxima al Mar de los Sargazos.

Mucho antes de que se hiciera de día, los supervivientes de la tripulación se pusieron a escrutar el mar y al amanecer apareció la isla, no más grande que dos barcos, con su ancla bien tirante y el viento en lo más alto de los árboles.

Y entonces desembarcaron y cavaron unos camarotes e izaron el ancla de las profundidades, y pronto pusieron en orden la isla (esas fueron sus palabras). Y al *Desperate Lark* lo enviaron vacío y a toda vela al mar, donde lo estuvieron buscando más naciones de las que Shard hubiera sospechado, siendo pronto capturado por un almirante español, el cual, al no encontrar a bordo a ningún componente de aquella famosa tripulación al que ahorcar por el cuello del penol, se sintió decepcionado.

Una vez en su isla, Shard ofreció a la Reina del Sur los más selectos vinos de Provenza, y como adorno le dio las joyas indias apresadas en los galeones que transportaban los tesoros a Madrid, y le puso una mesa, donde ella comió al sol, mientras en algún camarote bajo cubierta mandó cantar al menos tosco de sus marineros. Sin embargo, ella siempre estaba taciturna y malhumorada con él; y al anochecer con frecuencia se le oía a él decir que desearía saber más cosas acerca de los modales de las reinas. Así vivieron durante años, los piratas jugando y bebiendo casi siempre abajo, el capitán Shard tratando de agradar a la Reina del Sur y esta no olvidando nunca del todo a Bombasharna. Cuando necesitaban nuevas provisiones izaban vela en los árboles y, mientras no aparecía ningún barco, iban viento en popa, rizando las aguas la playa de la isla; mas, tan pronto como divisaban un barco, arriaban las velas y se convertían en una roca cualquiera que no figuraba en los mapas.

Generalmente avanzaban de noche. A veces rondaban ciudades costeras, como antaño; otras veces, penetraban audazmente en la desembocadura de algún río, e incluso durante algún tiempo desembarcaban en tierra firme, donde saqueaban el vecindario, y volvían a escapar al mar. Y si algún barco colisionaba de noche con su isla, decían que era provechoso. Cada vez eran más diestros en el arte de la navegación y más astutos en sus acciones, pues sabían que cualquier noticia acerca de la antigua tripulación del *Desperate Lark* atraería a los verdugos, que bajarían corriendo a cada puerto desde el interior.

Y no se sabe de nadie que les descubriera o que anexionara su isla. Mas surgió un rumor que se transmitió de puerto en puerto, llegando a todos los lugares donde se reúnen marinos, y que incluso subsiste todavía hoy: en alguna parte entre Plymouth y

el Cabo de Hornos había una peligrosa roca que no figuraba en los mapas, la cual surgía repentinamente en el más seguro de los rumbos marinos y contra la que, según se cree, colisionaban los veleros, sin dejar, extrañamente, rastros de su funesto destino. Al principio hubo algunas especulaciones al respecto, hasta que estas fueron acalladas por la casual observación de un anciano que deliraba: «Es uno de esos misterios que hacen del mar un lugar encantado».

Y desde entonces, el capitán Shard y la Reina del Sur vivieron casi felices, aunque al anochecer los que se encontraban de guardia en los árboles podían ver a su capitán sentado con aire perplejo y oírle murmurar de vez en cuando con descontento: «Ojalá supiera más cosas acerca de los modales de las reinas».

HISTORIA DE MAR Y TIERRA

EN el primer Libro de las Maravillas está escrito cómo el capitán Shard, del terrible barco pirata *Desperate Lark*, se retiró de la vida activa después de saquear la ciudad costera de Bombasharna; y cómo, renunciando a la piratería en favor de los más jóvenes, con el beneplácito del Atlántico Norte y Sur, se instaló con una reina cautiva en su isla flotante.

A veces hundía un barco en memoria de los viejos tiempos, mas había dejado de merodear por las rutas comerciales y los asustadizos comerciantes temían ahora a otros hombres.

No fue la edad lo que le impulsó a abandonar su romántica profesión. Ni tampoco la indignidad de sus traiciones, ni ninguna herida de arma de fuego, ni la bebida. Fue la inexorable necesidad y la *force majeure*. Cinco navíos le perseguían. Cómo les dio el esquinazo un día en el Mediterráneo, cómo combatió contra los árabes, cómo fue oída una andanada de sus cañones por primera y última vez en un lugar a 23° de latitud norte y 4° de longitud este, junto a otras cosas desconocidas para los Almirantazgos, es lo que procederé ahora a contar.

Se había divertido un poco, sí, él, Shard, capitán pirata, y todos sus compinches llevaban perlas en sus pendientes. Y ahora la flota inglesa iba tras él a todo trapo a lo largo de la costa de España con un favorable viento del norte a popa. No conseguían ganar terreno al aerodinámico navío de Shard, el terrible barco pirata *Desperate Lark*; sin embargo, estaban más cerca de lo que a él le habría gustado y se entrometían en sus asuntos.

Le habían estado persiguiendo durante un día y una noche, cuando, a la altura del Cabo de San Vicente, hacia las seis de la mañana, Shard dio aquel paso que decidió su retiro de la vida activa: viró hacia el Mediterráneo. Si hubiera seguido hacia el Sur descendiendo por la costa africana, es dudoso que hubiese podido sacar provecho de la piratería, debido a la obstrucción de Inglaterra, Rusia, Francia, Dinamarca y España; mas, virando hacia el Mediterráneo, dio lo que podía llamarse el penúltimo paso de su vida, que para él significó establecerse. Desde su juventud Shard tuvo en mente tres grandes líneas de conducta, sobre las que meditaba de día y rumiaba de noche, consolándole de todos sus peligros; secretas incluso para sus hombres, eran tres medios con los que esperaba escapar de cualquier peligro que pudiera encontrar en el mar. Una de ellas era la isla flotante de la que se habla en el Libro de las Maravillas; otra era tan fantástica que podemos dudar de que incluso la brillante audacia de Shard la hubiera podido encontrar practicable, al menos él nunca la intentó por lo que se sabe en esa taberna junto al mar en la que me he informado; y la tercera decidió llevarla a cabo cuando viró aquella mañana para el Mediterráneo. En realidad, a pesar del paso que había dado, podría haber practicado la piratería un poco más tarde cuando los mares recuperaran la calma, mas ese penúltimo paso fue como

esa pequeña casa de campo a la que todo hombre de negocio le ha echado el ojo; como cualquier cómoda inversión reservada para la vejez, hay determinadas trayectorias decisivas en las vidas de los hombres que después de tomadas impiden a estos volver a sus asuntos.

Ante el asombro de sus hombres viró, pues, para el Mediterráneo con la flota inglesa pisándole los talones.

—¡Qué locura es esta —murmuró Bill, el contramaestre, al único oído del viejo Frank—, con toda la flota francesa esperándonos en Lyon y los españoles a lo largo de todo el trayecto entre Cerdeña y Túnez! (pues ellos conocían las rutas de los españoles).

Mandaron una delegación a hablar con el capitán Shard, todos ellos serios y vestidos con sus trajes más costosos. Le dijeron que el Mediterráneo era una ratonera, y lo único que él les respondió fue que el viento del norte les sostendría. Y la tripulación le contestó que estaban rendidos.

De manera que penetraron en el Mediterráneo y la flota inglesa cerró el Estrecho de Gibraltar. Y Shard continuó dando bordadas por la costa marroquí con una docena de fragatas tras él. Y el viento del norte se hizo más intenso. Y el Capitán no habló a su tripulación hasta que anocheció, momento en que les reunió a todos a excepción del timonel y les pidió cortésmente que bajaran a la bodega. Allí les mostró seis inmensos ejes de acero y una docena de enormes ruedas de hierro, que ninguno de ellos había visto antes; y contó a su tripulación que, sin que nadie lo supiera, su nave había sido especialmente adaptada a esos ejes y ruedas, y que tenía la intención de navegar en seguida de nuevo hacia el vasto Atlántico, aunque no a través del estrecho. Y cuando oyeron el nombre del Atlántico todos sus compinches se alegraron, pues lo consideraban un mar muy seguro.

Y cayó la noche y el capitán Shard mandó llamar a su buzo. Con el mar embravecido al buzo le era difícil trabajar, mas a media noche las cosas salieron a entera satisfacción de Shard; y el buzo dijo que de todos los trabajos que había desempeñado... Mas, al no encontrar adecuada comparación y estar necesitado de un trago, se calló y pronto se durmió, y sus camaradas lo llevaron a su hamaca. La persecución continuó durante todo el día siguiente con el inglés bien a la vista, ya que Shard había perdido tiempo por la noche con sus ruedas y ejes, y el peligro de encontrarse con los españoles aumentaba cada hora. Cuando anocheció cada minuto parecía cargado de peligro; sin embargo siguieron dando bordadas hacia el este, donde sabían que debían de estar los españoles.

Y finalmente divisaron sus gavias, y no obstante Shard siguió adelante. Se estaba aproximando, mas la noche avanzaba y la Union Jack^[1] que izaron ayudó a Shard con los españoles durante los últimos, ansiosos minutos, aunque esto pareció enojar al inglés. Mas, como dijo Shard, «no se puede contentar a todo el mundo», y a continuación la oscuridad se tragó el crepúsculo.

—A estribor —dijo el capitán Shard.

El viento del norte, que había arreciado a lo largo del día, soplaba ahora como un vendaval. Ignoro a qué parte del litoral se dirigía Shard, mas él sí lo sabía, pues las costas del mundo eran para él lo que Margate^[2] para alguno de nosotros.

En un lugar donde, impregnado de misterio y de muerte, y hasta del propio corazón de África, el desierto emerge por encima del mar, no menos grandioso, ni menos terrible, divisaron tierra muy próxima, casi en tinieblas. Shard mandó a todos los hombres a la parte trasera del barco y también el lastre. Y pronto el *Desperate Lark*, elevando un poco su proa por encima del agua, hizo dieciocho nudos a favor del viento, encalló en una playa arenosa y a continuación se enderezó, y lentamente se dirigió hacia el interior de África.

Los piratas habrían dado tres hurras, mas tras el primero Shard los silenció y, cogiendo él mismo el timón, les soltó un pequeño discurso, mientras las sólidas ruedas aporreaban lentamente la arena africana, haciendo apenas cinco nudos en medio del vendaval. «Los peligros de la mar», dijo, «se han exagerado mucho. Durante cientos de años, los barcos han estado navegando por la mar, y en la mar uno sabe lo que hay que hacer; mas en tierra es diferente». Ahora estaban en tierra y no iban a olvidarlo. En la mar se puede hacer todo el ruido que se quiera sin sufrir ningún perjuicio, mas en tierra puede suceder cualquier cosa. Uno de los peligros de tierra firme que citó como ejemplo fue la horca. «De cada cien hombres que son ahorcados en tierra», dijo, «en la mar no serían colgados más de veinte».

Los hombres se fueron a dormir junto a los cañones. Esa noche no irían lejos, pues el riesgo de naufragar de noche era un peligro característico de tierra firme, mientras que en el mar se puede navegar desde la puesta del sol hasta el amanecer. No obstante era esencial no dejarse ver desde el mar, pues, si alguien se enteraba de dónde se encontraban, tendrían a la caballería tras ellos. Y por eso había enviado de nuevo a Smerdrak (un joven lugarteniente pirata) a fin de que borrara las huellas que habían dejado en el lugar por donde habían salido del mar. Y los compinches asintieron enérgicamente con la cabeza aunque no se atrevieron a vitorear, y al poco subió corriendo Smerdrak y le arrojaron un cabo por la popa. Después de hacer unos quince nudos echaron el ancla, y el capitán Shard reunió a sus hombres en torno suyo y, permaneciendo junto a la rueda de proa, bajo las nítidas y grandes estrellas de Argelia, les explicó su sistema de conducción. No había mucho que explicar; con considerable ingenuidad había separado y montado sobre un pivote la porción de quilla que sostenía el eje delantero, y podía moverla mediante cadenas controladas desde el timón de tierra, de manera que el par delantero de ruedas podía girar a voluntad aunque solo un poco; y más tarde comprobaron que en cien yardas únicamente podían desviar el barco de su rumbo unas cuatro yardas. Mas los capitanes de cómodos acorazados, o incluso los propietarios de yates, no deben criticar demasiado severamente a un hombre que no era de esta época y que no conocía los inventos modernos; también debería recordarse que Shard no se encontraba ya en alta mar. Es posible que su forma de gobernar fuera torpe, mas hizo

lo que pudo.

Cuando quedó claro para sus hombres el uso y las limitaciones de su timón de tierra, Shard les ordenó acostarse a todos a excepción de los vigías. Mucho antes del amanecer les despertó y con el primer rayo de luz se pusieron en marcha, de manera que aquellas dos flotas, que estaban tan seguras de tener rodeado a Shard en una amplia media luna frente a la costa argelina, no vieron ni rastro del *Desperate Lark*, ni en el mar ni en tierra firme; y las banderas del buque insignia prorrumpieron en enérgicos juramentos en inglés.

El temporal siguió soplando tres días más y, mediante el empleo de más trapo durante el día, corrieron por encima de la arena a casi diez nudos, aunque en el informe sobre las aguas agitadas que iban encontrando (así llamaba el vigía, antes de adaptarse a su nuevo medio, a las peñas, los pequeños cerros o el terreno accidentado), la velocidad fue muy disminuida. Como era verano los días eran muy largos y Shard, deseoso de dejar atrás el rumor de su propia aparición mientras el viento se mantuviera favorable, navegó durante diecinueve horas al día, acostándose a las diez de la noche y volviendo a izar velas a las tres de la madrugada, cuando empezaba a despuntar el alba.

En aquellos tres días recorrió quinientas millas. Luego, el viento amainó hasta convertirse en una brisa, aunque sin dejar de soplar del norte, y en la semana siguiente no hicieron más de dos nudos por hora. Entonces los compinches empezaron a murmurar. Al principio la suerte había favorecido a Shard claramente, pues la caballería había salido a dar una batida local y el navío, lanzado a diez nudos, atravesó las únicas regiones pobladas, pasando por delante de multitudes que habían decidido no huir. En cuanto a los fugitivos, pronto desaparecieron por las alturas cercanas a la costa en cuanto Shard les apuntó con su cañón, aunque no se atrevió a disparar. Por mucho que se burlara de la inteligencia del Almirantazgo inglés y del español, que no habían sospechado de su maniobra, única posible, según él, en aquellas circunstancias, sabía sin embargo que el estruendo del cañón descubriría su secreto. Por supuesto, la suerte le había ayudado, y cuando dejó de hacerlo tuvo que desplegar oportunamente todas sus posibilidades. Por ejemplo, mientras el viento se mantuvo favorable nunca perdió ocasión de reabastecerse; si atravesaban una aldea, se apoderaba de sus cerdos y de sus aves de corral; y cada vez que pasaba cerca de donde había agua llenaba sus depósitos hasta el borde. Y cuando solo podía hacer dos nudos, navegaba toda la noche precedido por un hombre provisto de farol; de esa manera hizo en aquella semana cerca de cuatrocientas millas cuando cualquier otro habría fondeado de noche, perdiendo cinco o seis de las veinticuatro horas diarias. No obstante sus hombres murmuraban. «¿Es que acaso se cree que el viento durará eternamente?», decían. Y Shard únicamente fumaba. Estaba claro que pensaba, pensaba mucho.

—Mas ¿en qué está pensando? —le dijo Bill a Jack el Malo.

Y este le contestó:

—Puede pensar todo lo que le venga en gana, mas eso no nos sacará del Sahara si el viento amaina.

Y a finales de aquella semana, Shard se dirigió a su compartimento de cartas náuticas y trazó un nuevo rumbo un poco hacia el este, hacia terrenos cultivados. Y un día, hacia el atardecer, divisaron una aldea, y en esto llegó el ocaso y el viento amainó completamente. Entonces aumentaron los murmullos de los compinches hasta convertirse en juramentos, bordeando casi el motín. «¿Adónde iban ahora?», se preguntaban. «¿Estaban siendo tratados equitativamente?».

Shard los tranquilizó preguntándoles qué deseaban hacer, y cuando a ninguno se le ocurrió nada mejor que acudir a los aldeanos y decirles que una tormenta había desviado su rumbo, Shard les reveló su plan.

Había oído hacía mucho tiempo que en África es corriente que los bueyes tiren de las carretas; los bueyes eran muy numerosos en aquellos lugares donde no existía ningún tipo de cultivo. Por esa razón, cuando el viento empezó a amainar, había puesto rumbo en dirección a la aldea: aquella noche cuando oscureciera iban a llevarse cincuenta yuntas de bueyes; a media noche ya debían de estar uncidos y entonces inmediatamente galoparían.

Un plan tan estupendo como ese asombró a sus hombres, los cuales se disculparon por su falta de fe en Shard, estrechándole la mano de uno en uno y escupiéndole en ellas en señal de buena voluntad.

La incursión de aquella noche tuvo un gran éxito; mas, por ingenioso que Shard se mostrara en tierra firme, y maestro en alta mar, debe admitirse que la falta de experiencia en este tipo de navegación le llevó a cometer un error, insignificante es cierto y completamente evitable con un poco de práctica: los bueyes no podían galopar. Shard los maldijo, los amenazó con su pistola, diciéndoles que no les daría de comer, mas todo fue inútil: aquella noche, empujado por ellos, el *Desperate Lark* no hizo más de un nudo a la hora. Shard utilizó sus fracasos, como todo lo que le acontecía, como materiales con que edificar su futuro éxito: se fue inmediatamente a su compartimento de cartas náuticas y revisó otra vez todos sus cálculos.

La cuestión de la lenta marcha de los bueyes imposibilitaba que pudieran eludir la persecución. Por tanto, Shard anuló su orden al lugarteniente de cubrir las huellas dejadas en la arena, y el *Desperate Lark* prosiguió con dificultad su curso a través del Sahara confiando en sus cañones.

La aldea no era grande, y la escasa multitud que fue avistada a popa, desapareció la mañana siguiente tras el primer disparo del cañón correspondiente. Al principio Shard hizo que los bueyes llevaran toscos y resistentes bocados de hierro, otro de sus errores. «Pues, si se desbocan», había dicho, «podríamos también ser arrastrados delante de la tempestad, y es imposible decir dónde nos encontraríamos». Mas, pasado unos dos días, comprobó que los bocados no eran útiles y, como hombre práctico que era, corrigió inmediatamente su error.

Y ahora la tripulación, sacando sus mandolinas y cornetas, cantó todo el día

alegres canciones y vitoreó al capitán Shard. Todos estaban alegres excepto el Capitán, cuyo rostro parecía malhumorado y perplejo; únicamente esperaba tener más noticias de aquellos aldeanos. Cada día los bueyes se bebían toda el agua disponible, y él solo temía que no pudieran conseguir más, desagradable temor sobre todo si el barco se detenía en pleno desierto por falta de viento. Durante una semana continuaron igual, haciendo diez nudos diarios, y la música y el canto crispaban los nervios del Capitán, mas él no se atrevía a contar a sus hombres cuál era el problema. Y entonces un día los bueyes agotaron las últimas existencias de agua. Y se presentó el lugarteniente Smerdrak a informar del hecho.

—Dadles ron —dijo Shard, mientras maldecía a los bueyes—. Lo que es bueno para mí —siguió diciendo— debería ser bueno para ellos —y juró que beberían ron.

—Sí, sí, señor —dijo el joven lugarteniente pirata.

No debería juzgarse a Shard por las órdenes de aquel día. Durante casi quince días había estado esperando el funesto destino que se le avecinaba lentamente; la disciplina le había llevado a aislarse de cualquier otro que pudiera compartir su miedo y discutirlo; y todo el tiempo había tenido que pilotar el barco, lo cual incluso en la mar es una ardua responsabilidad. Esas cosas habían alterado el sosiego de aquel claro juicio que en una ocasión había desconcertado a cinco armadas. Por consiguiente maldijo a los bueyes y les ordenó beber ron, y Smerdrak dijo: «Sí, sí, señor», y se fue abajo.

Hacia el ocaso, Shard estaba de pie en la toldilla, pensando en la muerte; no se moriría de sed; antes habría un motín, pensó. Los bueyes rechazaron el ron por última vez y los hombres empezaron a mirar con inquietud al capitán Shard, sin murmurar mas observándole de reojo como si únicamente tuvieran un pensamiento que no necesitara palabras. Una veintena de gansos formando una gran V cruzaron el cielo nocturno, inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia abajo en dirección a algún lugar del horizonte. El capitán Shard se precipitó hacia el compartimento de cartas náuticas y pronto llegaron los hombres a la puerta con el viejo Frank al frente, visiblemente molesto y retorciendo la gorra entre sus manos.

—¿Qué ocurre? —dijo Shard, como si no pasara nada.

Entonces el viejo Frank dijo lo que había ido a decir:

—Queremos saber lo que va usted a hacer.

Y los hombres asintieron solemnemente con la cabeza.

—Conseguir agua para los bueyes —respondió el capitán Shard—, ya que los muy puercos no quieren ron. Los muy perezosos tendrán que trabajar para eso. ¡Levad el ancla!

Y al oír la palabra «agua», una mirada afloró a sus rostros como cuando algún vagabundo piensa de repente en su hogar.

—¡Agua! —dijeron.

—¿Por qué no? —contestó el capitán Shard. Y ninguno de ellos llegó a enterarse de que, a no ser por los gansos, que inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia

abajo, no hubieran encontrado agua esa noche ni ninguna otra, y que el Sahara los habría atrapado como ha atrapado a tantos otros y atraparé a muchos más. Aquella noche siguieron un nuevo rumbo: al alba encontraron un oasis y los bueyes bebieron.

Y decidieron quedarse en aquel acre de verdor con palmeras y manantial, rodeado por miles de millas de desierto y resistente al paso del tiempo; pues los que se han quedado sin agua durante algún tiempo en algún desierto africano llegan a sentir por ese fluido natural una estima que el lector difícilmente puede dar crédito. Cada hombre eligió un lugar donde edificaría su cabaña y se instalaría, y tal vez se casaría, e incluso olvidaría la mar. Cuando terminaron de llenar sus depósitos y barriles, el capitán Shard les ordenó perentoriamente levar anclas. Hubo mucho descontento, incluso algunas quejas; mas, cuando un hombre ha librado por dos veces de la muerte a sus camaradas con solo la viveza de su mente, estos llegan a sentir respeto por su buen juicio, que no vacila ante las insignificancias. Debe recordarse que en el asunto del amaine del viento, y nuevamente cuando se agotó el agua, estos hombres no supieron qué hacer, eso mismo le ocurrió a Shard en aquella última circunstancia, mas ellos lo ignoraban. Shard sabía todo eso y eligió ese momento para consolidar su reputación entre los componentes de aquel navío mediante la explicación de sus motivos, que normalmente guardaba en secreto. «El oasis», dijo, «debe de ser un puerto de arribada para todos los viajeros en centenares de millas a la redonda: hay que ver la de hombres que se juntan en cualquier parte del mundo donde existe una gota de *whisky* en los países decentes, incluso, tal es la peculiaridad de los árabes, más preciosa». Otra cosa les indicó: los árabes eran gente singularmente indiscreta y si tropezaran con un barco en medio del desierto probablemente hablarían de ello; y como en todas partes existen lenguas maliciosas, nunca interpretarían correctamente sus discrepancias con las flotas inglesa y española, sino que simplemente tomarían partido por el más fuerte en contra del más débil.

Y los hombres suspiraron, y cantaron la canción del cabrestante, y levaron anclas y uncieron los bueyes, y siguieron haciendo su nudo invariable, que nada podía hacer aumentar. Puede parecer extraño que, con todas las velas recogidas por la calma chicha y los bueyes parados, echaran el ancla. Mas la costumbre no se olvida fácilmente y su uso persiste durante bastante tiempo. Cabe preguntarse más bien cuántas de esas costumbres inútiles conservamos nosotros mismos: por ejemplo, los apéndices de la parte posterior de las botas camperas, aunque ya no se tira de ellos, o los lazos de nuestros zapatos de etiqueta, que ni se atan ni se desatan. Los hombres dijeron que así se sentían más seguros y sanseacabó.

Shard trazó un rumbo sur cuarta al sudoeste y ese día hicieron diez nudos, mas el siguiente hicieron solamente siete u ocho y Shard tuvo que ponerse al paio, intentando detenerse. Llevaban a bordo muchas provisiones de forraje para los bueyes, y para los hombres un cerdo o poco más o menos, una cantidad suficiente de aves de corral, varios sacos de galletas y noventa y ocho bueyes (pues ya se habían comido dos de ellos); y se encontraban a tan solo veinte millas del agua. Se quedarían

allí, dijo el capitán, hasta que la gente se olvidara de sus pasados; alguien inventaría algo, o alguna cosa ocurriría para que la gente se olvidara de ellos y de los barcos que habían hundido. Olvidaba que hay hombres a los que les pagan muy bien por recordar.

A mitad de camino del oasis estableció un pequeño depósito donde enterró sus barriles de agua. Tan pronto como se vaciaba un barril, ordenaba que una docena de hombres lo hiciera rodar por turnos hasta el depósito. Esto lo hacían de noche, manteniéndose ocultos durante el día, y la noche siguiente se ponían en camino en dirección al oasis, llenaban el barril y lo volvían a traer rodando. Así pronto tuvo, a solo diez millas de distancia, una reserva de agua, desconocida para los más sedientos nativos de África, con la cual podría fácilmente rellenar sus depósitos a voluntad. Permitió que sus hombres cantaran e incluso que encendieran fuego sin motivo. Fueron noches muy alegres, mientras duró el ron; a veces divisaban gacelas que les observaban con curiosidad; otras veces, pasaba cerca algún león y su rugido aumentaba la sensación de seguridad que tenían en el interior de su barco; a su alrededor, uniforme, inmenso, yacía el Sahara. «Es mejor que una prisión inglesa», decía el capitán Shard.

Y la calma chicha permanecía todavía; ni siquiera susurraba la arena por las noches, acariciada por el viento. Cuando se agotó el ron y su falta empezó a ser problemática, Shard les recordó lo poco que lo habían consumido cuando era lo único que tenían y los bueyes no querían ni mirarlo.

Y pasaron lentamente los días cantando, incluso a veces bailando, y las noches alrededor de un prudente fuego en una depresión de la arena, con solo un vigía, contándose historias de la mar. Era un alivio tras arduas guardias alternadas con cabezadas junto a los cañones, un reposo para sus tensos nervios y sus fatigados ojos; y todos estuvieron de acuerdo en que, a pesar de lo mucho que echaban de menos el ron, el mejor lugar para un barco como el suyo era tierra firme.

Como he dicho fue a 23° de latitud norte y 4° de longitud este donde se oyó por primera y única vez una andanada procedente de un barco. Sucedió así.

Habían permanecido allí durante varias semanas y se habían comido diez o tal vez doce bueyes, y en todo ese tiempo no había habido ni un soplo de viento y no habían visto a nadie. Mas una mañana, cuando la tripulación estaba desayunando, el vigía anunció la llegada de la caballería procedente de la costa. Shard, que ya había rodeado su barco de afiladas estacas, ordenó a todos sus hombres que subieran a bordo; el joven corneta, que se vanagloriaba de haber aprendido las costumbres de tierra firme, dio el toque de «prepararse a recibir a la caballería». Shard envió unos hombres con picas a las portillas más bajas, dos más con mosquetes a la arboladura y el resto a los cañones; cambió por balas la «metralla» o los «botes» con que cargaba los cañones en caso de sorpresa, despejó las cubiertas, tendió escalas por dentro y, antes de que la caballería se pusiera a tiro, todo estaba listo para recibirla. Los bueyes fueron uncidos para que Shard pudiera maniobrar su barco inmediatamente.

Cuando divisaron por vez primera a la caballería, esta iba al trote, mas ahora que avanzaba a medio galope. Árabes vestidos de blanco a lomos de distancia, mas nunca había practicado por miedo a que le oyeran del oasis: el disparo fue alto. El siguiente se quedó corto y rebotó por encima de las cabezas de los árabes. Shard se encontraba ahora a tiro y, cuando dio a los diez cañones restantes de su batería de costado la misma elevación de su segundo cañón, los árabes habían llegado al lugar en donde había caído el último disparo. La batería de costado alcanzó a los caballos, sobre todo por bajo, y rebotó contra ellos; una bala de cañón golpeó una roca junto a las patas de los caballos, la hizo pedazos, lanzó por los aires los fragmentos contra los árabes con el peculiar chirrido propio de los objetos liberados por los proyectiles de su estado inmóvil e inofensivo, y continuó con ellos en medio de un gran estrépito; solo con este disparo murieron tres hombres.

—Muy satisfactorio, —dijo Shard, frotándose el mentón—. Cargadlo ahora con metralla —añadió bruscamente.

La batería de costado no detuvo a los árabes, ni siquiera redujo su velocidad; sino que se apiñaron todavía más como buscando la compañía en aquellos momentos de peligro, lo cual no deberían haber hecho. Ahora estaban a cuatrocientas yardas, trescientas cincuenta; y entonces, los dos vigías empezaron a disparar de uno en uno los treinta mosquetes cargados que, junto a unas pocas pistolas, estaban apoyados contra la batayola. Cada disparo tuvo su efecto, mas los árabes siguieron todavía avanzando. Ahora galopaban. En aquellos tiempos llevaba algún tiempo cargar los cañones. Trescientas yardas, doscientas cincuenta, y los hombres seguían cayendo. Doscientas yardas. El viejo Frank, a pesar de su única oreja, tenía una vista atroz. Ahora comenzaron a sonar las pistolas, pues habían disparado ya todos los mosquetes. Ciento cincuenta yardas. Shard había señalado cada cincuenta yardas con pequeños mojones blancos. El viejo Frank y Jack el Malo, desde lo alto de la arboladura, se sintieron bastante inquietos cuando vieron que los árabes habían llegado a aquel pequeño mojón blanco: ambos erraron sus tiros.

—¿Todo listo?, —dijo el capitán Shard.

—Sí, sí señor, —respondió Smerdrak.

—Bien, —dijo el capitán Shard, alzando un dedo.

Ciento cincuenta yardas es una deplorable distancia para ser alcanzado por la metralla (o «bote», como la llamamos ahora): los artilleros difícilmente pueden errar y la carga tiene tiempo de esparcirse. Más tarde, Shard estimó que con solo aquella andanada había alcanzado a treinta árabes y otros tantos caballos.

Se habían aproximado unos doscientos de ellos, todavía montados en sus caballos, mas la andanada de metralla los había trastornado, y cuando rodearon el barco parecían indecisos acerca de lo que hacer. Portaban en sus manos espadas y cimitarras, aunque la mayoría llevaba colgando a sus espaldas extraños mosquetes de largo cañón; unos pocos los descolgaron y empezaron a disparar al azar. No podían alcanzar con sus espadas a los compinches de Shard. De no haber sido por aquella

andanada que recibieron, habrían tomado a la fuerza por su mayor número; mas deberían haberse mostrado más firmes, y la andanada lo echó todo a perder. Lo mejor que podían haber hecho era concentrar todos sus esfuerzos en prender fuego al barco, mas no lo intentaron. Parte de ellos pulularon alrededor del navío, blandiendo sus espadas y buscando inútilmente un fácil acceso. Tal vez esperaran encontrar alguna puerta, no eran gente marinera; mas sus jefes les instigaron manifiestamente a ahuyentar a los bueyes, imaginando que el *Desperate Lark* no dispondría de otros medios de transporte. Cosa que consiguieron hasta cierto punto. Ahuyentaron a treinta cortando sus tirantes, a otros veinte los mataron en el mismo lugar con sus cimitarras, aunque el cañón de proa les alcanzó por dos veces mientras realizaban su misión, y diez más murieron víctimas desgraciadas del citado cañón de Shard. Antes de que pudieran dispararles por tercera vez desde proa, se alejaron al galope, volviendo a disparar sus mosquetes contra los bueyes y matando a otros tres, y, más que la pérdida de sus bueyes, lo que le preocupaba a Shard era su pérdida de capacidad de maniobra. Se alejaron al galope en el preciso momento en que el cañón de proa estaba listo, y pasaron al costado de babor, donde la batería no pudiera alcanzarles, lo que mostraba, a su entender, un mejor conocimiento del funcionamiento de los cañones de lo que pudieron haber aprendido aquella luminosa mañana. ¿Qué pasaría, pensaba Shard para sí mismo, si trajeran grandes cañones contra el *Desperate Lark*? Solo el pensarlo le hizo denostar al destino. Mas los piratas vitorearon cuando los árabes se alejaron. A Shard solo le quedaban veintidós bueyes, y entonces alrededor de una veintena de árabes desmontaron, mientras el resto se alejó todavía más, llevándose sus caballos. Los que desmontaron se apostaron detrás de unas rocas, a unas doscientas yardas por el costado de babor, y empezaron a disparar contra los bueyes. Shard, que disponía todavía de un número suficiente de ellos para maniobrar su barco aunque con esfuerzo, lo hizo virar unos puntos hacia estribor a fin de lanzar una andanada contra las rocas. Mas en ese caso no servía la metralla: la única forma de poder alcanzar a algún árabe era que el disparo diera en una de las rocas que los protegían, y eso no era fácil salvo por casualidad; además, cada vez que Shard maniobraba su barco, los árabes cambiaban de posición. La situación se prolongó durante todo el día, mientras los jinetes árabes rondaban, fuera del alcance de los cañones, vigilando los movimientos de Shard. Y cada vez había menos bueyes, tal era la puntería de los árabes, hasta que solo quedaron diez y el barco ya no pudo maniobrar. Mas entonces se fueron todos a caballo.

Los piratas quedaron encantados; calcularon que a un costado y a otro del barco habrían desmontado a un centenar de árabes, y ellos a bordo no tenían más que un herido: Jack el Malo había sido alcanzado en la muñeca, probablemente por una bala destinada a los artilleros, pues los árabes disparaban alto. Habían capturado un caballo, y sobre los cadáveres de los árabes habían encontrado pintorescas armas y una interesante especie de tabaco. Estaba anocheciendo. Hablaron del combate, bromearon acerca de sus disparos más afortunados, fumaron su nuevo tabaco y

cantaron: en conjunto fue la velada más alegre que habían tenido. Mas Shard, solo en el alcázar, paseaba de un lado a otro meditabundo y perplejo, le había amputado a Jack el Malo su mano herida, poniéndole en su lugar un garfio del almacén, pues en estas ocasiones el Capitán hacía de médico y guardaba una media docena de miembros bien proporcionados y, por supuesto, un hacha. Jack el Malo bajó blasfemando un poco y dijo que se echaría un rato; la tripulación fumaba y cantaba en la arena; Shard se quedó solo. Le turbaba un pensamiento: ¿qué harían los árabes? No parecía existir ninguna razón para que se hubieran ido. Y en lo más recóndito de su mente solo pensaba en cañones y más cañones. Se persuadió a sí mismo de que no podrían arrastrarlos por la arena, que el *Desperate Lark* no merecía la pena, que lo habrían dejado por imposible. No obstante sabía en su fuero interno lo que harían. Sabía que en África había muchas ciudades fortificadas, y en cuanto a que su barco mereciera la pena, sabía que a aquellos hombres derrotados no les quedaba ahora otra opción salvo la venganza, y si el *Desperate Lark* vino por la arena, ¿por qué no los cañones? Sabía que el barco nunca podría resistir a los cañones y a la caballería; tal vez una semana, dos semanas, o incluso tres. ¿Qué más daba el tiempo? Y los hombres cantaron:

*Nos vamos de aquí,
Ajá, ajá, ajá,
Una gota de ron para ti y otra para mí,
Y el mundo es tan redondo como la letra O,
Y la mar fluye a su alrededor.*

La melancolía invadió a Shard.

Hacia el ocaso subió el lugarteniente Smerdrak para recibir órdenes. Shard le mandó que cavara una zanja a lo largo del costado de babor del barco. Los hombres querían cantar y refunfuñaron por tener que cavar, sobre todo teniendo en cuenta que Shard no les había mencionado su temor a los posibles cañones de los árabes; mas el Capitán echó mano a sus pistolas y al final se salió con la suya. Nadie a bordo sabía disparar como el capitán Shard. Eso les ocurre a menudo a los capitanes de barcos piratas, cuya posición es bastante difícil de mantener. La disciplina es esencial para aquellos que tienen derecho a ondear la bandera de la calavera y las tibias cruzadas, y Shard era el encargado de hacerla respetar. La luna ya había salido cuando terminaron de cavar la zanja a entera satisfacción del Capitán; y los hombres que esta iba a proteger cuando llegara lo peor estuvieron blasfemando todo el tiempo mientras cavaban. Y cuando la finalizaron, reclamaron un banquete con alguno de los bueyes muertos, y Shard les dejó hacer. Y por primera vez encendieron una inmensa hoguera, quemando la abundante maleza; pensaban que los árabes no se atreverían a volver, y Shard sabía que de nada servía seguir ocultándolo. Los hombres pasaron toda la noche regalándose y cantando, mientras Shard permaneció sentado en su

compartimento de cartas náuticas haciendo planes.

Cuando llegó la mañana aparejaron el cúter, así llamaban al caballo capturado, y designaron su tripulación. Como solo había dos hombres que sabían montar un poco, estos se convirtieron en la tripulación del cúter. Eran Dick el Español y el contramaestre Bill.

Las órdenes de Shard eran que tomaran el mando del cúter por turno y patrullaran durante el día unas cinco millas en dirección noreste, mas que regresaran de noche. Y equiparon el caballo con una bandera al frente de la silla, que de esta forma sería su enseña, y se llevaron un ancla por temor a que se desbocara.

Tan pronto como partió Dick el Español, Shard envió a algunos hombres para que llevaran rodando todos los barriles al depósito, donde fueron enterrados en la arena, con órdenes de vigilar al cúter todo el tiempo y, en caso de recibir señales de él, volver lo más rápidamente posible.

Aquel día enterraron a los árabes muertos, quitándoles sus cantimploras y cualquier provisión que llevaran encima, y aquella misma noche enterraron todos los barriles. Nada sucedió durante varios días. No obstante, ocurrió un acontecimiento de singular importancia: un día el viento se levantó, mas como procedía del sur y el oasis estaba al norte de donde ellos se encontraban y pasado este debían tomar un sendero de camello, Shard decidió quedarse donde estaba. Si hubiera creído que iba a durar, tal vez habría izado velas, mas amainó al atardecer como sabía que ocurriría, y en cualquier caso no era la clase de viento que él quería. Y pasaron más días, dos semanas, sin una brisa. Los bueyes muertos no se conservaban y tuvieron que matar tres más; ahora solamente quedaban siete.

Los hombres nunca habían pasado tanto tiempo sin ron. El capitán Shard había doblado la guardia, ordenando además que durmieran otros dos hombres junto a los cañones. Se habían cansado de sus sencillos juegos y de la mayoría de sus canciones; y sus relatos, siempre inventados, ya no constituían ninguna novedad. Y entonces un día la monotonía del desierto se les echó encima.

El Sahara tiene un encanto especial: un día allí es delicioso, una semana agradable, una quincena cuestión de opinión, mas llevaban ya meses. Los hombres eran perfectamente corteses, mas el contramaestre quería saber cuándo pensaba irse Shard. Cualquier pregunta al capitán de un barco atrapado en el desierto en medio de una calma chicha era irracional, mas Shard respondió que se haría a la vela, ya le avisaría, en uno o dos días. Y pasaron uno o dos días en medio de la monotonía del Sahara, que no tiene igual en las demás partes del mundo. Ni los grandes pantanos, ni las praderas, ni la mar pueden igualarla; solo el Sahara permanece inalterable al paso de las estaciones, sin que se altere su superficie, sin flores que se marchiten o crezcan, invariable año tras año en centenares y centenares de millas. Y el contramaestre regresó y, quitándose la gorra, preguntó al capitán Shard si era tan amable de comunicarles el nuevo rumbo. Shard dijo que tenía la intención de quedarse hasta que se hubiesen comido tres bueyes más, ya que solo podían llevarse

tres en la bodega. Ahora quedaban solamente seis.

—Mas ¿y si no hubiera viento? —preguntó el Contramaestre.

Y en aquel preciso momento una ligerísima brisa del norte agitó un mechón de pelo del Contramaestre, que permanecía de pie con la gorra en la mano.

—No *me* hables del viento —dijo el capitán Shard, y Bill se asustó un poco, ya que la madre de Shard había sido gitana.

Mas solo era una brisa extraviada, un ardid del Sahara. Y pasó otra semana y se comieron dos bueyes más.

Ahora obedecían al capitán Shard con ostentación, mas presentaban un aspecto siniestro. Bill volvió de nuevo y Shard le respondió en caló.

Así estaban las cosas cuando una calurosa mañana del Sahara el cúter hizo señales. El vigía las comunicó al Capitán y este leyó el mensaje. «Caballería a popa», leyó, y luego un poco más adelante: «con cañones».

—¡Ah!, —exclamó el capitán Shard.

Shard abrigó un resquicio de esperanza: las banderas ondeaban en el cúter. Por primera vez en cinco semanas soplaba una ligera brisa del norte, tan ligera que apenas se notaba. Dick el Español regresó y fondeó su caballo a estribor, mientras la caballería avanzaba lentamente hacia el costado de babor.

No los avistaron hasta llegada la tarde, y mientras tanto estuvo soplando aquella ligera brisa.

—Un nudo —dijo Shard al mediodía—. Dos nudos —dijo al sonar las seis campanadas, y la velocidad siguió aumentando mientras los árabes se acercaban al trote. A las cinco en punto, la tripulación del *Desperate Lark* pudo vislumbrar doce anticuados cañones de largo alcance sobre carretas arrastradas por caballos, y lo que parecían cañones más ligeros a lomos de camellos. Ahora el viento soplaba un poco más fuerte.

—¿Izamos las velas, señor?, —dijo Bill.

—Todavía no —respondió Shard.

A las seis en punto, los árabes estaban a punto de ponerse a tiro del cañón y se detuvieron. Luego siguió una hora de inquietud poco más o menos, mas los árabes no se aproximaban. Evidentemente tenían la intención de esperar a que oscureciera para acercar sus cañones. Probablemente intentaban excavar un parapeto, desde el cual pudieran disparar el cañón sin peligro.

—Estamos haciendo casi tres nudos —dijo Shard para sus adentros, mientras recorría el alcázar de un lado a otro con pasos pequeños y muy rápidos. Y entonces se puso el sol y oyeron rezar a los árabes, y los compinches de Shard maldijeron a voz en grito para demostrarles que eran tan buenos como ellos.

En espera de que llegara la noche, los árabes no se habían acercado más. No sabían hasta qué punto lo deseaba también Shard, quien suspiraba con los dientes apretados, e incluso habría rezado si no hubiera tenido miedo de que el cielo se acordara de él y de sus compinches.

Llegó la noche y brillaron las estrellas.

—Izad velas —dijo Shard.

Los hombres acudieron rápidamente a sus puestos, estaban hartos de aquel solitario y silencioso lugar. Subieron los bueyes a bordo y arriaron las velas mayores, y al igual que un amante procedente de ultramar, con el que se ha soñado durante mucho tiempo y al que se ha esperado largamente, como un amigo perdido al que se vuelve a ver pasados muchos años, el viento del norte llegó hasta las velas de los piratas. Y antes de que Shard pudiera evitarlo, unos estruendosos hurras en inglés salieron disparados en dirección a los perplejos árabes.

Se pusieron en camino a unos tres nudos y medio y pronto alcanzaron casi los cuatro, mas Shard no quería arriesgarse de noche. El viento se mantuvo favorable toda la noche y, a razón de tres nudos a la hora desde las diez hasta las cuatro, cuando se hizo de día habían perdido de vista a los árabes. Entonces Shard izó las velas y el barco hizo cuatro nudos, y cuando dieron las ocho estaban haciendo cuatro y medio. Los ánimos de aquellos hombres volubles se elevaron considerablemente y la disciplina llegó a ser absoluta. Mientras hubiera viento en las velas y agua en los depósitos, el Capitán se sentía por lo menos a salvo de un motín. Los grandes hombres únicamente pueden ser vencidos cuando su suerte está al mínimo. Si no habían logrado deponer a Shard cuando sus planes se vieron expuestos a la crítica y él apenas sabía qué hacer, era poco probable que pudieran hacerlo ahora; y, con independencia de lo que pensemos acerca de su pasado y de su forma de vida, no podemos negar que Shard era uno de los hombres más grandes de su tiempo.

De su derrota a mano de los árabes no estaba tan seguro. Era inútil tratar de ocultar sus huellas aun cuando hubiera dispuesto de tiempo; la caballería árabe los podría haber atrapado en cualquier parte. Y tenía miedo de sus camellos con aquellos cañones a bordo; se había enterado de que podían hacer siete nudos y continuar así la mayor parte del día, y aunque algún disparo alcanzase el palo mayor... Olvidándose de temores inútiles, Shard siguió consultando su carta marina pese a que los árabes estaban a punto de alcanzarles. Les dijo a sus hombres que el viento se mantendría favorable durante una semana y, gitano o no, desde luego sabía del viento tanto como un marino necesita saber.

Solo en su compartimento de cartas náuticas, resolvió lo siguiente: los árabes emplearían un par de horas más en sorprenderles y en encontrar su pista y en demorar su partida, digamos tres horas si montaban los cañones en sus parapetos, por lo que comenzarían a atacar a las siete. Suponiendo que los camellos caminaran doce horas diarias a razón de siete nudos, harían ochenta y cuatro nudos al día, mientras que Shard, haciendo tres nudos de diez a cuatro, y cuatro nudos el resto del tiempo, completaría noventa y realmente les tomaría más delantera. Mas llegado el momento, no se arriesgaría a hacer más de dos nudos por la noche mientras el enemigo se mantuviera fuera del alcance de la vista, pues justamente consideraba que navegar de noche por tierra firme era más peligroso que cualquier otra cosa, por lo que también

haría ochenta y cuatro nudos diarios. Fue una bonita carrera. No me he molestado en comprobar si Shard exageró erróneamente sus cifras o si subestimó el paso de los camellos, mas, fuera lo que fuese, los árabes disminuyeron ligeramente su desventaja, pues al cuarto día, a unos cinco nudos de popa de lo que llamaban el cúter, Jack el Español [sic] divisó a los camellos a lo lejos y avisó a Shard. Habían dejado atrás a la caballería tal y como Shard supuso que ocurriría. El viento se mantenía favorable, todavía les quedaban dos bueyes, y siempre podrían comerse su cúter, disponiendo de una regular, aunque no abundante, provisión de agua. Mas la aparición de los árabes fue un duro golpe para Shard, ya que le demostraba que no había escapatoria posible; lo que más temía de ellos era sus cañones. Ante sus hombres quitó importancia a este hecho: les dijo que acabarían con el grupo en menos de media hora de enfrentamiento; sin embargo, temía que cuando llegaran los cañones sería solo cuestión de tiempo que derribaran el aparejamiento o pusieran fuera de uso el gobierno.

En una cosa, y además muy útil, aventajaba el *Desperate Lark* a los árabes: en el preciso momento en que estaban a punto de descubrirles oscureció y entonces Shard utilizó un farol delantero, como no se había atrevido a hacer la primera noche en que se acercaron los árabes, y con su ayuda lograron hacer tres nudos. Los árabes acamparon al anochecer, y el *Desperate Lark* adelantó veinte nudos. Mas al siguiente atardecer aparecieron de nuevo en el horizonte, y esta vez avistaron las velas del *Desperate Lark*.

Al sexto día estaban cerca. Al séptimo, mucho más cerca. Y entonces Shard descubrió a través de sus amuras una franja de vegetación: era el río Níger.

Puede que supiera que, durante unas mil millas, el río seguía su curso a través de la selva, o puede incluso que ignorara su existencia; mas lo cierto es que jamás contó a sus hombres cuáles eran sus planes, o si vivía al día como un hombre cuyas horas están contadas. Tampoco me es posible añadir nada a este respecto, basándome en lo que oí a algunos marineros borrachos en ciertas tabernas que yo me sé. Su rostro se mantuvo inexpresivo y su boca cerrada, y su barco siguió el rumbo por él trazado. Al anochecer llegaron al comienzo de la selva, y los árabes acamparon y se retrasaron diez nudos más; el viento había amainado un poco.

Shard fondeó allí, un poco antes del ocaso, y desembarcó en seguida. Al principio exploró un poco la selva a pie. Luego mandó llamar a Dick el Español. Habían izado a bordo el cúter hacía algunos días, al comprobar que no podía resistir más. Shard no sabía cabalgar, mas mandó llamar a Dick el Español y le dijo que debía tomarle como pasajero. Así es que Dick el Español le montó en la parte delantera de la silla, «delante del mástil», como la llamaba Shard, y en seguida se alejaron al galope.

—Tiempo borrascoso —dijo Shard, mas siguió inspeccionando la selva según la atravesaba; y en resumidas cuentas descubrió un lugar en donde la espesura era mucho menor, permitiendo el paso del *Desperate Lark*, aunque tendrían que talar unos veinte árboles. Shard señaló personalmente los árboles a derribar, mandó a Dick

el Español que regresara inmediatamente a vigilar a los árabes y llevó al resto de la tripulación hasta aquellos veinte árboles. Era tremendamente arriesgado: el *Desperate Lark* quedaba vacío con el enemigo a no más de diez nudos, mas era ya tiempo de tomar medidas drásticas y Shard se arriesgó a abandonar su barco en el corazón de África con la esperanza de que sería compensado, escapando finalmente.

Los hombres trabajaron toda la noche en la tala de aquellos veinte árboles; los que no tenían hachas se tuvieron que conformar con sus leznas y después relevaron a los que sí las tenían.

Shard era infatigable; iba de árbol en árbol, mostrando exactamente la forma en que debía caer cada uno y lo que iba a hacerse con ellos cuando fueran derribados. Algunos tenían que ser cortados para que sus ramas no estorbaran a los mástiles, otros porque sus troncos se interponían al paso de las ruedas; en cuanto a estos últimos, el tocón debía ser cepillado y rebajado con sierras, y tal vez una porción del tronco aserrada y apartada. Ese era el trabajo más duro. Y todos eran grandes árboles; por otra parte, si hubieran sido pequeños, serían más numerosos y no habrían podido seguir adelante ni cien metros sin tener que talar alguno de ellos. Shard confiaba en disponer de tiempo para poder hacer todo eso.

Llegaron los primeros resplandores del amanecer y parecía que nunca iban a terminar. Finalmente amaneció y solo faltaba un árbol por talar; la parte más pesada del trabajo la habían realizado por la noche, y una especie de ímpetu final acabó con todo a excepción de un árbol enorme. Entonces el cúter avisó que los árabes se habían puesto en movimiento. Habían rezado sus oraciones al alba y ahora habían levantado su campamento. Shard mandó inmediatamente a todos sus hombres al barco, excepto a diez, que dejó en el susodicho árbol; siempre tenían la posibilidad de irse, y además, los árabes se habían puesto en marcha solo diez minutos antes de que ellos llegaran. Shard se metió en el cúter, perdiendo cinco minutos en la operación; luego izó la vela sin ayuda de nadie, lo que le llevó cinco minutos más, y lentamente se puso en camino.

El viento estaba amainando ya y, cuando el *Desperate Lark* llegó al comienzo de la franja de selva a través de la cual había trazado su rumbo, los árabes estaban a no más de cinco nudos de distancia. Shard había navegado hacia el este una media milla, que debió hacer de noche para estar preparado para el ataque, mas no pudo disponer de tiempo para pensar ni de hombres útiles, ocupados todos en la tala de árboles. Entonces Shard se metió en la selva y los árabes se quedaron atrás. Y cuando vieron que el *Desperate Lark* penetraba en la selva se apresuraron.

—Estamos haciendo diez nudos, —dijo Shard, mientras vigilaba a sus hombres desde cubierta. El *Desperate Lark* no hacía más de un nudo y medio, pues el viento era flojo al abrigo de los árboles. No obstante, durante algún tiempo todo fue bien. El árbol grande acababa de ser derribado, no muy lejos, y los diez hombres estaban troceando el tronco con sus sierras.

Entonces Shard avistó una rama que no había señalado en la carta náutica y que

estaba a punto de alcanzar el extremo superior del palo mayor. Inmediatamente fondeó y envió a un hombre a la arboladura, el cual aserró el palo a medias, haciendo el resto con una pistola; ahora los árabes se encontraban a solo tres nudos a popa. Durante un cuarto de milla, Shard les condujo a través de la selva hasta llegar al lugar en donde se encontraban los diez hombres y aquel nefasto árbol grande; todavía hubo que rebajarle otro pie a una de las esquinas del tocón para que las ruedas pudieran pasar. Shard envió a todos sus hombres disponibles al tocón y fue entonces cuando los árabes se pusieron a tiro. Sin embargo, no habían desembalado todavía su cañón. Y antes de que lo montaran, Shard se había largado. Si lo hubieran tenido cargado, podría haber sido diferente. Cuando vieron al *Desperate Lark* navegando de nuevo, los árabes avanzaron unas trescientas yardas y montaron allí dos cañones. Shard los vigilaba desde su cañón de popa, mas no pensaba disparar. Cuando los árabes comenzaron a disparar, los piratas se encontraban ya a seiscientas yardas; como dispararon prematuramente, los dos cañones fallaron. Y entonces Shard y sus compinches avistaron agua a solo diez brazas al frente. Shard cargó su cañón de popa con metralla en lugar de proyectiles y en aquel mismo momento los árabes cargaron con sus camellos; venían al galope a través de la selva, portando largas lanzas. Shard dejó el gobierno a Smerdrak y permaneció junto al cañón de popa. Aunque los árabes estaban a menos de cincuenta yardas no disparó todavía; tenía a su lado, en la popa, a la mayor parte de sus hombres armados con mosquetes. Aquellos lanceros a lomos de camello tenían una gran ventaja sobre los espadachines a caballo: podían alcanzar a los hombres de cubierta. Los piratas podían ver las horribles puntas de hierro de las lanzas; ya los tenían casi encima cuando Shard disparó. Y en aquel mismo momento la reseca y agrietada quilla del *Desperate Lark* asomó por la ribera más alta del Níger y cayó en picado hacia adelante como si se zambullera. El cañón disparó entre las copas de los árboles, una ola invadió las amuras y barrió la popa, el *Desperate Lark* se enderezó y comenzó a deslizarse: estaba otra vez en su elemento.

Los piratas contemplaron las cubiertas mojadas y sus ropas goteantes. «Agua», dijeron casi perplejos.

Los árabes siguieron avanzando un poco más por la selva, mas cuando comprendieron que en lugar de a un solo cañón de popa tenían que enfrentarse a una batería de costado, y se dieron cuenta de que un barco a flote es menos vulnerable todavía a la caballería que en tierra firme, renunciaron a sus planes de venganza y se consolaron con unos versículos de su libro sagrado, que hacen referencia a cómo en otros tiempos y otros lugares nuestros enemigos serán castigados según nuestro deseo.

Impulsado por la corriente del Níger, y con la ayuda de ocasionales vientos, el *Desperate Lark* se dirigió hacia el mar por espacio de unas mil millas. Al principio, el curso del río seguía un poco hacia el este y luego hacia el sur, hasta llegar a Akassa y de allí a mar abierta.

No relataré aquí cómo cogieron peces y patos, ni cómo atacaron por sorpresa

alguna aldea ocasionalmente y llegaron por fin a Akassa, pues ya he contado bastante acerca del capitán Shard. Imagínenselos acercándose cada vez más al mar y sintiendo, no obstante, algo parecido a lo que nosotros sentimos por nuestro rey, nuestra patria o nuestro hogar, sentimiento que les abrasaba en su interior no menos ardientemente que a nosotros los nuestros: su pasión por el mar. Imagínenselos aproximándose al mar hasta ver aparecer las aves marinas y sentir los efectos de las brisas de alta mar; entonces, cantarían de nuevo canciones que no habían cantado durante semanas. Imagínenselos finalmente navegando de nuevo por el salado Atlántico.

Ya he contado bastante acerca del capitán Shard y temo fatigarte, amable lector, si añado algo más acerca de tan cruel pirata. En lo alto de una torre, en solitario, yo también estoy cansado.

Y, sin embargo, es conveniente que semejante historia sea contada. Un viaje hacia el sur, casi en línea recta, desde las cercanías de Argel hasta Akassa, en un barco apenas equiparable a un yate, constituye un estímulo para los jóvenes.

Garantía para el lector.

Desde que puse por escrito en tu honor, amable lector, esta larga historia que escuché en una taberna junto al mar, he viajado por Argelia y Túnez así como por el desierto. Gran parte de lo que vi en esos países parece poner en duda la historia que el marinero me contó. Para empezar, el desierto se encuentra a centenares de millas de la costa y lo atraviesan más montañas de lo que se suele suponer, en particular el Atlas. Es más que posible que Shard lo atravesara por El Cantara, siguiendo la ruta de los camellos, varias veces centenaria; o que pasara por Argel y Bou Saada, a través del desfiladero de El Finita Dem, aunque se trata de un paso bastante dificultoso para los camellos (y mucho más para unos bueyes arrastrando un barco), por cuya razón los árabes lo llaman Finita Dem, que quiere decir Sendero de Sangre.

Si el marinero hubiera estado sobrio cuando me la contó, no me habría atrevido a imprimir esta historia, por miedo a defraudarte, amable lector. Mas ese no fue el caso, como tuve buen cuidado de asegurarme: *in vino veritas* es un antiguo proverbio de comprobada eficacia, y nunca tuve motivo para dudar de su palabra... a menos que el proverbio mienta.

Únicamente aceptaría que me hubiera engañado a mí; mas si resultara también, querido lector, que has sido tú el engañado, lo poco que sé de él, el vulgar chismorreo de aquella vieja taberna cuyas ventanas emplomadas miran al mar, lo contaré inmediatamente a todos los jueces que conozco y será digno de ver cuál de ellos le ahorcará primero.

Entre tanto, amable lector, créete la historia en la seguridad de que, si te han dado gato por liebre, el asunto acabará en manos del verdugo.

UN DÍA EN EL CONFÍN DEL MUNDO

HAY cosas que solo conoce el guardián de Tong Tong Tarrup, que está sentado a la entrada del bastión mascullando sus propios recuerdos.

Recuerda la guerra que hubo en los corredores de los gnomos; y cómo una vez las hadas vinieron a buscar los ópalos que había en Tong Tong Tarrup; y la forma en que los gigantes atravesaban los predios de abajo, mientras él los observaba desde su puerta: recuerda demandas que todavía asombran a los dioses. Ni siquiera me ha dicho quiénes moran en esas casas heladas allá en lo alto, en el mismo borde del mundo, y eso que tiene fama de parlanchín. Entre los elfos, únicos seres vivos vistos alguna vez a tan espantosa altitud, donde extraen turquesa en los más elevados riscos de la Tierra, su nombre es el prototipo de la locuacidad con el que ridiculizan a los habladores.

Su relato favorito cuando alguien le ofrece bash —droga a la que es adicto y por la que se ofrecería en servicio de armas a los elfos en su guerra contra los goblins, o viceversa, si los goblins le dieran más—, su relato favorito cuando está sosegado físicamente por la droga y furiosamente excitado en lo mental, habla de una demanda emprendida hace mucho tiempo, algo menos vendible que una conseja de vieja.

Imagínenselo contándola. En primer término puede verse un anciano, enjuto y barbado, y casi monstruosamente alto, que se repantinga en la entrada de una ciudad, elevada sobre un risco de unas diez millas de altura poco más o menos; detrás unas casas, la mayor parte de las cuales dan al este, iluminadas por el sol y la luna y las constelaciones que conocemos; en la cumbre del risco, una casa que mira por encima del Confín del Mundo, iluminada por el tenue resplandor de esos espacios extraterrestres en los que un largo ocaso atenúa la luz de las estrellas. Le entrego mi pequeña ofrenda de bash e inmediatamente un largo dedo índice y un sucio y ávido pulgar cogen la droga. Al fondo, el misterio de esas casas silenciosas cuyos habitantes no se sabe quiénes son, o qué servicio les presta el guardián, o qué pago recibe este a cambio, o si es mortal.

Imagínenselo en la puerta de esa increíble ciudad, después de haber ingerido en silencio mi bash, tendiéndose a todo lo largo, reclinándose y poniéndose a hablar.

Según parece, una luminosa mañana de hace centenares de años, un visitante procedente del Mundo trepó hasta Tong Tong Tarrup. Había dejado atrás la nieve y comenzaba ya a subir la escalera que desciende entre rocas desde Tong Tong Tarrup, cuando lo vio el guardián. Trepaba con tanta dificultad aquellos cómodos peldaños que el hombre canoso que lo observaba tuvo tiempo de preguntarse si el desconocido le traería o no bash, la droga que daba sentido a las estrellas y parecía explicar el crepúsculo. Y al final resultó que el desconocido no tenía ni una pizca de bash, y no dispuso de nada mejor que ofrecer a aquel hombre canoso que su simple historia.

Al parecer el desconocido se llamaba Gerald Jones y había vivido siempre en

Londres, aunque de niño había estado una vez en un páramo norteño. Hacía tanto tiempo de esto que únicamente se acordaba de que, de un modo u otro, había caminado solo por el páramo, y que el brezo estaba en flor. No se veía más que brezo y helecho, si exceptuamos, a lo lejos, próximo ya el ocaso, unos remotos bancales, sobre imprecisas colinas, parecidos a los campos que cultivan los humanos. Al atardecer se levantó una niebla que ocultó las colinas, mas él siguió caminando por el páramo. Luego llegó al valle, minúsculo en medio del páramo y con laderas increíblemente empinadas. Se tumbó en el suelo y contempló el valle a través de las raíces del brezo. Y mucho más abajo de donde él se encontraba, en un huerto junto a una casa de campo rodeada de malvarrosas más altas que ella misma, había una anciana sentada en una silla de madera, cantando al atardecer. El hombre se había encaprichado de la canción y la recordaba luego en Londres, y cada vez que le venía a la mente rememoraba los atardeceres —esos que no se ven en Londres— y escuchaba de nuevo el suave viento que batía ociosamente el páramo y a los abejorros que se apresuraban; así se olvidaba del ruido del tráfico. Y cada vez que oía a los hombres hablar del Tiempo, le envidiaba sobre todo esa canción. Más tarde regresó en cierta ocasión a aquel páramo norteño y encontró el diminuto valle, mas en el huerto no había ninguna anciana, ni nadie que cantara canción alguna. No sentía ningún pesar por la canción que la anciana había cantado un atardecer veraniego hacía veinte años y que a diario se desvanecía de su mente, sino por el fastidioso trabajo que hacía en Londres para una gran empresa completamente ineficaz; y envejeció prematuramente, como los hombres suelen hacer en las ciudades. Y finalmente, cuando la melancolía únicamente le producía pesar y la inutilidad de su trabajo ganaba terreno con la edad, decidió consultar a un mago. Así es que fue a ver a un mago y le contó sus problemas, en especial que había oído cierta canción.

—Y ahora —dijo— no se oye en ninguna parte del Mundo.

—En el Mundo, por supuesto que no —le respondió el mago—, mas puedes encontrarla fácilmente más allá de su Confín.

Y añadió que estaba padeciendo el paso del tiempo, y le recomendó que pasara un día en el Confín del Mundo. Jones le preguntó a qué parte del Confín del Mundo debería dirigirse, y el mago le respondió que había oído hablar muy bien de Tong Tong Tarrup; de manera que le pagó, como era usual, con ópalos y se puso inmediatamente en marcha. Los caminos que conducían a esa ciudad eran sinuosos; en la estación Victoria compró el billete que solo despachan a los que conocen; dejó atrás Bleth; pasó por las colinas de Neol-Hungar y llegó a la Quebrada de Poy, lugares todos ellos situados en esa parte del Mundo que pertenece a la esfera de lo conocido. Sin embargo, más allá de la Quebrada de Poy, en esas llanuras corrientes que tanto recuerdan a Sussex, lo primero con lo que uno se encuentra es inverosímil. En el límite de la llanura que se extendía a partir de la Quebrada de Poy podía verse una hilera de vulgares colinas grises, las colinas de Sneg; allí es donde comienza lo increíble, al principio muy raramente, mas cada vez con mayor asiduidad conforme

se ascienden las colinas. Por ejemplo, en una ocasión descendí a las llanuras de Poy y lo primero que divisé fue un simple pastor que cuidaba de un rebaño de simples ovejas. Los observé durante algún tiempo y nada sucedió, cuando, sin mediar palabra alguna, una de las ovejas se acercó al pastor y, apropiándose de su pipa, se puso a fumar, incidente que me impresionó por su inverosimilitud. Mas en las colinas de Sneg encontré a un político honesto. Jones cruzó esas llanuras y las colinas de Sneg, tropezándose con cosas al principio inverosímiles y luego increíbles, hasta llegar a la larga pendiente que, más allá de las colinas, conduce al Confín del Mundo, donde, como cuentan todas las guías turísticas, nada puede suceder. Al pie de esa pendiente era posible ver cosas que concebiblemente podían ocurrir en el mundo que conocemos. Mas pronto desaparecieron y el viajero no vio nada más que fabulosas fieras, ramoneando flores tan asombrosas como ellas mismas, y rocas tan alteradas que sus formas tenían evidentemente un sentido, el cual era demasiado sorprendente para ser accidental. Incluso los árboles eran espantosamente poco corrientes: habría tanto que decir de ellos, y se apoyaban unos sobre otros cada vez que hablaban y adoptaban actitudes grotescas y miraban de soslayo. Jones vio dos abetos peleando. La impresión que ejercían esas escenas sobre sus nervios era muy intensa; no obstante, siguió ascendiendo y se alegró mucho finalmente al ver una prímula, única cosa conocida que había visto en horas, mas esta silbó y alejóse dando saltos. Vio a los unicornios en su valle secreto. Luego, la noche cubrió el cielo siniestramente y no solo brillaron las estrellas, sino que también lunas menores y mayores, y oyó a los dragones cascabeleando en la oscuridad.

Al alba apareció por encima de él, entre sus asombrosos riscos, la torre de Tong Tong Tarrup, con sus heladas escaleras iluminadas, formando un minúsculo grupo de casas allá arriba en el cielo. Ahora se encontraba en la abrupta montaña: la niebla la estaba abandonando lentamente, revelando, conforme se iba alejando, cosas cada vez más asombrosas. Antes de que la niebla desapareciera del todo, escuchó bastante cerca de él, en lo que había creído que era una simple montaña, el ruido de un pesado galope sobre el césped. Había llegado a la meseta de los centauros. Y de pronto los avistó en medio de la niebla: allí estaban, producto de la fábula, cinco enormes centauros. Si hubiera vacilado a causa del asombro, no habría ido tan lejos: cruzó la meseta y se acercó bastante a los centauros. Nunca ha sido costumbre de los centauros el reparar en los hombres, piafaron y se gritaron unos a otros en griego, mas no le dirigieron la palabra. No obstante, cuando se fue, se volvieron y lo miraron fijamente; y, cuando hubo cruzado la meseta y siguió todavía avanzando, los cinco se fueron a medio galope hasta los límites de su verde país; pues más arriba de la elevada meseta verde de los centauros no hay más que montaña pelada: el último verdor que el montañero ve cuando recorre Tong Tong Tarrup es la hierba que pisan los centauros. Llegó a las extensiones de nieve que cubren la montaña como una capa, por encima de la cual su cumbre aparece pelada, y siguió ascendiendo. Los centauros lo observaron con creciente asombro.

Ahora ya no le rodeaban bestias fabulosas ni extraños árboles diabólicos, solo nieve y el risco completamente pelado encima del cual estaba Tong Tong Tarrup. Estuvo ascendiendo todo el día y el atardecer le sorprendió más arriba del límite de las nieves perpetuas; y pronto llegó a la escalera tallada en la roca y avistó a aquel hombre del pelo blanco, el guardián de Tong Tong Tarrup, sentado mascullando para sí asombrosos recuerdos personales y esperando en vano que algún forastero le regalara bash.

Al parecer, tan pronto como el forastero llegó a la entrada del bastión exigió inmediatamente, pese a estar cansado, una habitación que dispusiera de una buena vista del Confín del Mundo. Mas el guardián, aquel hombre de pelo cano, decepcionado por la falta de bash, antes de indicarle el camino le exigió al forastero que le contara su historia para agregarla a sus recuerdos. Y esta es la historia, si es que el guardián me ha contado la verdad y su memoria todavía es lo que era. Y cuando la acabó de contar, el hombre canoso se levantó y, balanceando en el aire sus cantarinas llaves, atravesó varias puertas, subió muchas escaleras y condujo al forastero a la casa más elevada, el techo más alto del Mundo, y en el salón le mostró una ventana. El fatigado forastero se sentó allí en una silla y miró por la ventana más allá del Confín del Mundo. La ventana estaba cerrada y en sus relucientes cristales resplandecía y danzaba el crepúsculo del Confín del Mundo, en parte como una lámpara de luciérnagas y en parte como el cabrilleo del mar; llegaba en oleadas, repleto de lunas maravillosas. Mas el forastero no miraba aquellas maravillosas lunas. Pues desde el abismo crecía, enraizada en remotas constelaciones, una hilera de malvarrosas, en medio de las cuales un pequeño jardín verde se estremecía y temblaba como el reflejo en el agua; más arriba, flotaba en el crepúsculo brezo florecido, inundándolo hasta convertirlo en púrpura; abajo, el pequeño jardín verde colgaba en medio de él. Y tanto el jardín de abajo como el brezo que lo circundaba parecían también temblar y dejarse llevar por una canción. Pues el crepúsculo estaba absorto en una canción que sonaba y resonaba por todos los confines del Mundo, y el jardín verde y el brezo parecían danzar y murmurar al compás que aquella les marcaba, mientras una anciana la estaba cantando abajo en el jardín. Un abejorro salió del otro lado del Confín del Mundo. Y la canción que envolvía las costas del Mundo, y que las estrellas bailaban, era la misma que él había oído cantar a la anciana hacía mucho tiempo allá abajo en el valle en medio del páramo norteño.

Mas aquel hombre canoso, el guardián, no dejó que el forastero se quedara, ya que no le había traído bash, y le empujó con impaciencia, sin preocuparse de echar una ojeada a través de la ventana más alejada del Mundo; pues las tierras que el Tiempo aflige y los espacios que el Tiempo conoce no son lo mismo para ese hombre canoso; y el bash que ingiere pasma su mente más profundamente de lo que cualquier hombre pueda experimentar, tanto en el Mundo que conocemos, como más allá de su Confín. Y, protestando amargamente, el viajero regresó y bajó de nuevo al Mundo.

Acostumbrado como estoy a lo increíble desde que conocí el Confín del Mundo, la historia me plantea problemas. No obstante, es posible que la devastación causada por el Tiempo sea meramente local y que, fuera del ámbito de su destrucción, las viejas canciones todavía las sigan cantando aquellos que nosotros consideramos muertos. Me esfuerzo por creer eso. Y, sin embargo, cuanto más investigo la historia que me contó el guardián en la ciudad de Tong Tong Tarrup, tanto más plausible parece la otra teoría alternativa: que aquel hombre canoso es un mentiroso.

ERLATHDRONION

EL que fuera Sultán en un lugar tan remoto de Oriente que sus dominios fueron considerados fabulosos en Babilonia, cuyo nombre es hoy prototipo de lejanía en las calles de Bagdad, cuya excelencia invocan por su nombre viajeros barbados a la caída de la tarde con el fin de convocar oyentes a su recitación de cuentos, mientras se eleva el humo del tabaco, suenan los dados y las tabernas rebosan de gente, estableció también su mandato en esa misma ciudad y dijo: «Que sean conducidos hasta aquí todos los sabios que puedan comparecer ante mí y regocijar mi corazón con su sabiduría».

Los hombres se apresuraron y los clarines sonaron, y así fue como se presentaron al sultán todos sus sabios. Y muchos fueron declarados no aptos. Mas de todos los que fueron capaces de decir cosas aceptables, después de ser llamados Los Afortunados, uno dijo que al sur de la Tierra había un País —coronado de loto, añadió— donde era verano cuando nosotros estamos en invierno y viceversa.

Y cuando el Sultán de aquellas remotas tierras supo que el Creador de Todo había ideado una estratagema tan sumamente de su gusto, su júbilo no conoció fronteras. De pronto habló y dijo (eso fue en esencia lo que dijo) que sobre esa frontera o límite que separa el norte del sur se construiría un palacio en cuyos salones del ala norte sería verano, mientras que en los del ala sur sería invierno; así que él se trasladaría de unos salones a otros según su estado de ánimo: se reiría del verano por la mañana y pasaría el mediodía entre la nieve. De modo que mandaron llamar a los poetas del Sultán y les ordenaron que hablasen de aquella ciudad, previendo su esplendor lejos hacia el sur y en tiempos futuros, y algunos de ellos fueron considerados afortunados. Y entre todos los que fueron considerados afortunados y fueron coronados de flores, ninguno consiguió con más facilidad la sonrisa del Sultán (de la que dependía que los días fueran largos) que el que, imaginándose la ciudad, habló así de ella:

—Durante siete años y siete días, ¡oh, Puntal del Cielo!, tus constructores edificarán tu palacio, que no estará ni en el norte ni en el sur, en el que ni el verano ni el invierno será dueño exclusivo de las horas. Lo veo blanco, tan extenso como una ciudad, tan hermoso como una mujer, auténtica maravilla del mundo, con muchas ventanas, desde las que al ocaso tus princesas mirarán al exterior. Sí, percibo la dicha en sus balcones dorados y escucho el rumor que desciende de las galerías y el arrullo de las palomas en sus aleros esculpidos. ¡Oh, Puntal del Cielo!, esa ciudad tan hermosa deberían construirla tus antiguos señores, los hijos del sol, para que todos los hombres admiren su poder incluso hoy, y no solo los poetas, cuya imaginación la ve tan alejada hacia el sur y en tiempos futuros.

»¡Oh, Rey de los Años!, la ciudad debería estar situada en el centro de esa línea que divide equitativamente el norte del sur y separa las estaciones como si fuera una pantalla. Cuando en el ala norte sea verano, tus centinelas vestidos de seda pasearán

por deslumbrantes murallas, mientras tus lanceros cubiertos de pieles circularán por el ala sur. Mas al mediodía del día central del año, tu chambelán descenderá de su elevada posición y entrará en el salón del centro, y tras él bajarán hombres con trompetas, y él proferirá un gran grito al mediodía, y los hombres harán sonar las trompetas, y los lanceros cubiertos de pieles marcharán hacia el norte y tus centinelas vestidos de seda ocuparán su lugar en el sur, y el verano abandonará el norte y se irá al sur, y las golondrinas levantarán el vuelo y le seguirán. Y únicamente no habrá cambio en tus salones interiores, pues están situados sobre esa línea que separa las estaciones y divide el norte del sur.

»Y en tus jardines siempre será primavera, pues la primavera permanece siempre al margen del verano; y el otoño también teñirá siempre tus jardines, pues siempre resplandece al borde del invierno, y esos jardines permanecerán aparte entre el invierno y el verano. Y habrá orquídeas en tu jardín, también, con toda su carga de otoño en las ramas y todas las flores de la primavera.

»Sí, percibo ese palacio, ya que podemos imaginar las cosas venideras; veo su blanco muro resplandeciente a la deslumbrante luz del solsticio de verano, y los lagartos tumbados inmóviles al sol, y los hombres dormidos al mediodía, y las mariposas revoloteando alrededor, y las aves de radiante plumaje persiguiendo maravillosas polillas, y a lo lejos en la selva las grandes orquídeas, y los insectos iridiscentes danzando en torno a la luz. Veo el muro por el otro lado: la nieve se ha amontonado en las almenas, los carámbanos las han orlado de barbas de hielo, un violento viento que sopla desde parajes solitarios y clama a los helados campos, ha enviado los ventisqueros por encima de los contrafuertes. Los que se asoman a las ventanas de ese ala de tu palacio ven a los gansos silvestres volando bajo, y a todas las aves invernales pasando veloces en bandadas atenazadas por el implacable viento, y las nubes de encima son negras, ya que allí están en el solsticio de invierno. Mientras tanto, en tus otros salones las fuentes tintinean, cayendo sobre mármol bajo el sol abrasador del verano.

»Así será tu palacio, ¡oh, Rey de los Años!, y su nombre será Erlathdronion, Prodigio de la Tierra; y tu sabiduría ordenará a tus arquitectos que lo construyan inmediatamente, ya que podemos ver lo que hasta ahora únicamente veían los poetas, y esta profecía se cumplirá.

Y cuando el poeta se detuvo, el Sultán habló y dijo, mientras los demás escuchaban con la cabeza vuelta:

—No será necesario que mis constructores edifiquen ese palacio, Erlathdronion, Prodigio de la Tierra, pues al oírte a ti hemos saboreado ya sus placeres.

Y el poeta se fue de su Presencia y soñó otra cosa.

ESCAPAR POR LOS PELOS

OCURRIÓ bajo tierra.

En aquella malsana y húmeda cueva bajo Belgrave Square las paredes goteaban. Mas ¿qué le importaba eso al mago?, lo que necesitaba era discreción, no sequedad. Allí sopesó la marcha de los acontecimientos, determinó destinos y urdió brebajes mágicos.

Durante los últimos años, la serenidad de sus reflexiones se había visto perturbada por el ruido del autobús. Entre tanto, a su fino oído llegaba a lo lejos el estruendo y la convulsión del tren subterráneo bajando Sloane Street; y lo que oía del mundo que tenía por encima de su cabeza no decía mucho a su favor.

Un atardecer, allá abajo en su oscura y maloliente cámara con su horrible pipa, decidió que Londres había vivido ya demasiado, había desaprovechado sus oportunidades; en resumidas cuentas, había llevado demasiado lejos su civilización. Así es que decidió destruirla.

Por consiguiente, hizo señas a su acólito desde el extremo cubierto de maleza de la caverna y dijo: «Tráeme el corazón del sapo que mora en Arabia junto a las montañas de Bethany». El acólito se escabulló por una puerta oculta, dejando a tan torvo anciano con su espantosa pipa; y adónde se fue o por qué camino volvió, solo lo saben los gitanos. Mas al cabo de un año estaba de nuevo en la caverna, después de haberse introducido en secreto por el escotillón mientras el anciano fumaba, trayendo consigo una pequeña cosa carnosa que se descomponía dentro de un cofre de oro macizo.

—¿Qué es eso? —gruñó el anciano.

—Es —respondió el acólito— el corazón del sapo que mora en Arabia junto a las montañas de Bethany.

Los retorcidos dedos del anciano se aferraron al cofre, mientras bendecía al acólito con voz áspera y levantaba una mano que parecía una garra; el autobús rodaba por encima de sus cabezas en su interminable trayecto; a lo lejos, el tren sacudió Sloane Street.

—Ven —dijo el anciano mago—, ya va siendo hora.

E inmediatamente abandonaron ambos la caverna cubierta de maleza, llevando el acólito un caldero, un atizador de oro y todo lo necesario, y salieron afuera a la luz. Y el anciano presentaba un aspecto maravilloso con su gorra y su chaquetilla de *jockey*.

Su meta era las afueras de Londres. El anciano caminaba delante a grandes zancadas y el acólito corría tras él, y había algo mágico en el paso del solitario anciano, sin contar su maravillosa vestimenta, en el caldero, en la varita, en el apresurado acólito y en el pequeño atizador de oro.

La chiquillería se mofó hasta llamar la atención del anciano. La extraña procesión de dos siguió atravesando Londres a una velocidad que imposibilitaba su

seguimiento. Allá arriba las cosas parecían peor que en la caverna, y cuanto más avanzaban en dirección a las afueras de Londres, tanto peor encontraban a la ciudad.

—Ya va siendo hora —dijo el anciano—, no hay duda.

Y de esta manera llegaron finalmente a las afueras de Londres y a una pequeña colina desde la que se observaba una lúgubre vista. Era tan desagradable que el acólito echó de menos la caverna, a pesar de ser malsana y húmeda y estar poseída por las terribles sentencias que el anciano profería mientras dormía.

Ascendieron la colina y dejaron el caldero en el suelo; luego, metieron dentro todo lo necesario, encendieron un fuego con hierbas que ningún boticario vendería ni ningún jardinero decente cultivaría, y finalmente removieron el caldero con el atizador de oro. El mago reservó una parte, refunfuñando; luego, volvió a acercarse al caldero a grandes zancadas y, cuando todo estuvo listo, abrió de pronto el cofre y dejó que la cosa carnosa se cociera.

Después hizo sortilegios y levantó los brazos. Cuando los vapores del caldero penetraron en su mente dijo cosas horribles que antes no sabía y utilizó espantosas runas que hicieron chillar al acólito; maldijo a Londres, desde su bruma hasta sus minas de marga, desde el cenit al abismo, autobuses, fábricas, parlamento, gente.

—Dejemos que todo esto perezca —dijo— y Londres desaparecerá; dejemos que desaparezcan las líneas de tranvías, los ladrillos y el pavimento, usurpadores del campo por demasiado tiempo, y volverán las liebres salvajes, la zarzamora y la gavanza.

—Dejemos que desaparezcan —siguió diciendo—, que desaparezcan ahora, que desaparezcan completamente.

En medio de aquel silencio momentáneo el anciano tosió, luego esperó con ojos ansiosos; y el gran murmullo de Londres zumbó como siempre lo ha hecho desde que se establecieron junto al río las primeras chozas de carrizo, cambiando a veces de tono pero sin dejar de zumbar noche y día, aunque con voz quebrada por los años; y así continuó.

Y el anciano se volvió en redondo hacia su tembloroso acólito y le dijo con voz terrible mientras se hundía bajo tierra: «¡NO ME TRAJISTE EL CORAZÓN DEL SAPO QUE MORA EN ARABIA JUNTO A LAS MONTAÑAS DE BETHANY!».

DE CÓMO LLEGÓ PLASH-GOO AL PAÍS QUE NADIE DESEA

EN una choza con techo de paja, de tan descomunal tamaño que podríamos considerarla un palacio, aunque no fuera más que una choza por su estilo constructivo, sus vigas de madera y la índole de su interior, vivía Plash-Goo.

Plash-Goo era uno de los hijos de los gigantes, cuyo monarca era Uph. El linaje de Uph había menguado en corpulencia durante los últimos quinientos años, de manera que ahora los gigantes no sobrepasaban los quince pies de altura; no obstante, Uph comía elefantes, que atrapaba con las manos.

En la cumbre de las montañas que rodeaban la casa de Plash-Goo —pues Plash-Goo vivía en el llano— habitaba un enano llamado Lrippity-Kang.

El enano solía caminar al atardecer por las crestas más altas de las montañas, subiéndolas y bajándolas, y era achaparrado, feo y peludo; y Plash-Goo lo vio claramente.

Durante varias semanas, el gigante había soportado verlo hasta que finalmente le molestó su presencia (como suele ocurrir a los hombres con las cosas insignificantes) y ya no pudo dormir por las noches y perdió el gusto por los cerdos. Y por fin llegó el día, como cualquiera podía haber adivinado, en que Plash-Goo se echó al hombro su garrote y subió a buscar al enano.

El enano, aunque un poco chaparro, era más ancho de lo que pueda uno imaginarse, por encima de la media humana, y más fuerte de lo que los hombres podrían reconocer. La fuerza en su verdadera esencia habitaba aquel cuerpo pequeño, como una chispa en el centro de un pedernal. Mas para Plash-Goo no era más que un ser deforme, barbudo y achaparrado, una criatura que osaba desafiar todas las leyes naturales siendo más ancho que alto.

Cuando Plash-Goo llegó a la montaña, blandió su chimahalk (así llamaba a su garrote favorito) no fuera que el enano le desafiara; y con las manos aferradas a su garrote dio un paso hacia Lrippity-Kang, el cual se detuvo sin decir palabra y volvió su repelente mole para hacer frente a Plash-Goo.

Para entonces, Plash-Goo se había imaginado a sí mismo agarrando al enano con una mano y arrojándole, con su barba y su detestable envergadura, por el precipicio que desciende verticalmente desde aquel mismo lugar hasta el País que Nadie Desea. Sin embargo, el Destino le tenía reservado algo diferente. Pues el enano rechazó con sus cortos brazos el apresamiento de aquellas manos monstruosas, y zafándose gradualmente de sus enormes miembros con astucia de enano, logró atrapar finalmente el cuerpo del gigante; y poniéndole boca arriba hasta tenerle convenientemente sujeto, como hacen las arañas con algunas moscas grandes, de repente levantó al gigante por encima de su cabeza. Al borde de aquel precipicio, cuyo fondo se perdía por completo en la distancia, dio vueltas alrededor de su cabeza

a su gigantesca víctima, primero lentamente y luego cada vez más rápido. Y finalmente, cuando Splash-Goo flotaba en torno a la odiosa mole del enano, y la no menos odiosa barba de este ondeaba al viento, Lrippity-Kang lo soltó. Splash-Goo se precipitó por el borde en dirección al Espacio, como una piedra; luego, comenzó a caer. Pasó mucho tiempo antes de que se diera verdadera cuenta de que era él realmente el que caía de la montaña, pues normalmente no solemos asociar a nosotros destinos tan funestos. Mas, cuando llevaba un buen rato cayendo, y miró abajo, donde no había nada que ver, *empezando* a vislumbrar los minúsculos campos, entonces perdió el equilibrio; hasta que, más tarde, cuando los campos eran cada vez mayores y más verdes (cada vez estaba más terriblemente cerca), comprendió que efectivamente se trataba del mismo país al que él había condenado al enano.

Por fin lo vio inequívocamente, cercano, con sus siniestras casas y sus espantosos caminos, y sus verdes campos reluciendo a la luz vespertina. Jirones de su capa ondeaban al viento.

Así fue como llegó Splash-Goo al País que Nadie Desea.

EL SUEÑO DEL REY KARNA-VOOTRA

EL rey Karna-Vootra, sentado en su trono que todo lo domina, dijo:

—La pasada noche vi con toda claridad a la majestuosa Vava-Nyria. Aunque estaba parcialmente oculta por grandes nubarrones que continuamente pasaban por delante de ella, dando vueltas a su alrededor, su rostro estaba descubierto y en él resplandecía el claro de luna.

»Le dije a ella:

»—Pasea conmigo por los grandes estanques de la hermosa y llena de jardines Istrakhan, donde flotan lirios que producen deliciosos sueños; o, recorriendo la cortina de orquídeas colgantes, ven conmigo a través de un sendero secreto a la otra jungla impenetrable que cubre el único paso entre las montañas que rodean a Istrakhan. La cercan y la contemplan con alegría por la mañana y al anochecer, cuando los estanques todavía no están habituados a la luz, e incluso, a veces, en su alegría, derriten la fatal nieve que mata a los montañeros en las cumbres solitarias. Entre ellas hay valles más antiguos que los pliegues de la luna.

»"Ven conmigo allí o quédate aquí e iremos a tierras románticas, de esas que los hombres de las caravanas únicamente evocan en sus canciones; o si no, pasearemos indiferentemente por una tierra tan encantadora que incluso las mariposas que por ella revolotean se asustan de su belleza al ver sus imágenes reflejadas en los estanques sagrados; y por la noche oiremos a innumerables ruiseñores cantando a coro a las estrellas hasta morir. Si te decides, enviaré heraldos lejos de aquí con noticias de tu belleza, los cuales se apresurarán y llegarán a Séndara y hablarán de ella a los hombres que cuidan los rebaños de ovejas marrones; y desde Séndara el rumor se esparcirá por las dos orillas del río sagrado Zoth, e incluso los constructores de cercas de las llanuras oirán hablar de tu belleza y la cantarán. Más tarde, los heraldos irán hacia el norte atravesando las colinas hasta llegar a Sooma. Y en esa ciudad de oro informarán a los reyes, sentados en sus arrogantes tronos de alabastro, de tu extraña e inesperada sonrisa. Y, a menudo, tu historia será contada en mercados lejanos por los mercaderes de Sooma, entre otros cuentos despreocupados con los que atraen a la gente hacia sus mercancías.

»"Y los heraldos llegarán incluso a Ingra, donde la gente está siempre bailando. Y allí hablarán de ti, de manera que tu nombre será cantado en aquella alegre ciudad. Y pedirán allí camellos prestados y atravesarán las arenas y, por caminos desiertos, irán a la distante Nirid a hablar de ti a los hombres solitarios de los monasterios de las montañas.

»"Ven conmigo ahora, pues es primavera".

»Y, cuando dije aquello, ella movió su cabeza, ligera aunque perceptiblemente. Y solo entonces recordé que yo había perdido la juventud y que ella estaba muerta desde hacía cuarenta años.

DE CÓMO LLEGÓ EL ENEMIGO A THLUNRANA

DESDE hace mucho tiempo había sido profetizado y previsto de antiguo que el enemigo llegaría a Thlunrana. Y se conocía la fecha de su destrucción y la puerta por la que aquel entraría, aunque nadie había profetizado quién sería el enemigo, excepto que se trataría de uno de los dioses que vivían entre los hombres. Mientras tanto, Thlunrana, esa lamasería secreta, esa catedral mayor de la magia, era el terror del valle en el que estaba asentada y de todas las tierras que lo circundaban. Sus ventanas eran tan estrechas y altas, y tan extrañas cuando estaban iluminadas de noche, que parecían contemplar a la gente con una diabólica mirada de soslayo, como si guardaran algún secreto en la oscuridad. Quiénes eran los magos y sus delegados y el gran hechicero jefe de aquel furtivo lugar nadie lo sabe, pues iban cubiertos con capas, capuchas y velos totalmente negros.

Aunque su destrucción estaba próxima y el enemigo de la profecía debía llegar aquella misma noche a través de la puerta abierta del sur que llamaban la Puerta de la Perdición, la rocosa estructura de Thlunrana permanecía todavía misteriosa, venerable, terrible, oscura, y espantosamente coronada por su funesto destino. No era frecuente que alguien se atreviera a vagar de noche por las cercanías de Thlunrana, cuando el lamento de los magos invocando no se sabe a Quién se alzaba débilmente desde las cámaras interiores, asustando a los murciélagos a la deriva; mas la última noche llegó el hombre de la cabaña con techo de paja negro junto a los cinco pinos, ya que quería ver Thlunrana una vez más antes de que el enemigo, que aunque vivía entre los hombres era divino, viniera contra ella y la destruyera. Ascendió el sombrío valle con audacia, mas sus temores fueron en aumento; su valor le sostenía todavía aunque le empezaba a flaquear. Entró por la puerta del sur que llaman Puerta de la Perdición. Llegó a un oscuro vestíbulo y, subiendo una escalera de mármol, pasó a ver lo que quedaba de Thlunrana. Apartó una cortina de terciopelo negro y entró en una cámara, más tenebrosa que cualquier otra que pueda uno imaginarse, donde colgaban otras muchas cortinas. En otra cámara sombría, vislumbrada a través de una arcada, unos magos con cirios encendidos practicaban su magia y decían conjuros en voz baja. Todas las ratas del lugar habían desaparecido, yéndose gimoteando escalera abajo. El hombre de la cabaña con techo de paja negro atravesó esta segunda cámara: los magos no le miraron ni cesaron de susurrar. Dejó atrás pesadas cortinas, también de terciopelo negro, y entró en una cámara de mármol negro donde nada se movía. Únicamente ardía un cirio en aquella tercera cámara; no había ventanas. Sobre el pulido suelo, al pie de la lisa pared, se levantaba un pabellón de seda con sus cortinas corridas: era el sanctasanctórum de aquel siniestro lugar, su misterio más recóndito. A uno y otro lado había enigmáticas figuras agachadas, hombres o mujeres, o estatuas cubiertas, o bestias amaestradas para estar calladas. Y cuando la horrible quietud de aquel lugar era mayor de lo que podía soportar, el hombre de la cabaña con techo de

paja negro junto a los cinco pinos se dirigió al pabellón de seda y, descorriendo con determinación una de las cortinas, contempló el misterio oculto y se rio. Y la profecía se cumplió, y Thlunrana nunca más fue el terror del valle, sino que los magos abandonaron sus terroríficas salas y huyeron a campo abierto, lamentándose y dándose golpes de pecho, pues la risa era el enemigo que, según estaba predestinado, vendría contra Thlunrana por la puerta del sur conocida como la Puerta de la Perdición, y aunque habita entre los hombres se trata de uno de los dioses.

UNA TIENDA EN GO-BY STREET

DIJE en cierta ocasión que debería regresar una vez más al Yann a comprobar si el *Pájaro del Río* todavía lo recorre en ambas direcciones, si aún lo manda el barbudo capitán, o si este se sienta al anochecer en la puerta de la hermosa Belzoond a beber el maravilloso vino amarillo que los montañeses bajan del Hian Min. Y que quería ver de nuevo a los marineros procedentes de Durl y Duz, y oír de sus labios lo que le aconteció a Perdóndaris cuando de súbito surgió de las colinas su perdición, abatiéndose sobre aquella famosa ciudad. Y quería escuchar los rezos de los marineros al anochecer, cada uno a su propio dios, y sentir la fresca presencia de la brisa vespertina cuando el ardiente sol se pone en aquel exótico río. Pensé que nunca más volvería a ver la corriente del Yann, mas cuando abandoné la política no hace mucho tiempo, se fortalecieron las alas de mi fantasía, que antaño se habían debilitado, y tuve esperanzas de volver a ver, una vez más, al este donde el Yann atraviesa el País del Sueño como un orgulloso caballo de batalla blanco.

Sin embargo, había olvidado cómo llegar a aquellas pequeñas cabañas en los confines del mundo que conocemos, cuyas ventanas más altas, aunque veladas por antiguas telarañas, miran a ese mundo que no conocemos y son el punto de partida de cualquier aventura en el País del Sueño.

Por tanto, hice averiguaciones. Y así fue como llegué a la tienda de un soñador que vive en la City, cerca del Embankment. Entre tantas calles como hay en la ciudad es un poco extraño que exista una que nunca ha sido vista con anterioridad: se llama Go-by Street y acaba en el Strand si uno se fija. Al entrar a la tienda de este hombre no hay que ir directo al grano, sino que conviene pedirle cualquier cosa y, si es algo que puede proporcionarte, te lo da y te desea buenos días. Es su manera de actuar. Y muchos se han visto defraudados al pedirle alguna cosa inverosímil, como la ostra de la que se obtuvo una de esas perlas únicas que sirven de puertas del cielo en el Apocalipsis, y comprobar que el anciano la tenía entre sus existencias.

Cuando entré a su tienda se encontraba ya comatoso, sus pesados párpados casi cubrían sus pequeños ojos, y estaba sentado con la boca abierta. Le dije:

—Querría un poco del Abama y del Pharpah, ríos de Damasco.

—¿Qué cantidad? —respondió él.

—Dos yardas y medias de cada uno, a entregar en mi casa.

—Es muy enojoso —murmuró—, muy enojoso. No disponemos de tanta cantidad.

—Entonces me llevaré lo que tenga —dije.

Se levantó laboriosamente y miró entre unas botellas. Vi que una de ellas tenía una etiqueta que rezaba: «Nilo, río de Egipto» y otras del sagrado Ganges, el Phlegethon y el Jordán. Casi tenía miedo de que los tuviera, cuando le oí murmurar de nuevo:

—Esto es muy enojoso —y a continuación añadió—. Se nos han agotado.

—En ese caso —le dije yo— me gustaría que me contara cómo se llega a esas pequeñas cabañas desde cuyas ventanas más altas contemplan los poetas el mundo que no conocemos, pues desearía ir al País del Sueño y surcar una vez más el poderoso Yann, tan parecido a un mar.

Al oír esto, se movió lenta y pesadamente, dirigiéndose jadeante, con sus gastadas zapatillas, a la trastienda, donde yo le seguí. Era un sórdido cuarto trasero lleno de ídolos; en primer término todo era sórdido y tenebroso, mas al fondo había un resplandor azul celeste en el que parecían brillar estrellas y las cabezas de los ídolos resplandecían.

—Este es —dijo el obeso anciano de las zapatillas— el cielo de los dioses que duermen.

Le pregunté cuáles eran los dioses que duermen y él mencionó nombres que jamás había oído junto a otros que sí conocía.

—Los que no son ya venerados —dijo— ahora duermen.

—Entonces, ¿no ha acabado el Tiempo con los dioses? —le pregunté.

Y él respondió:

—No. Los dioses son adorados durante unos tres o cuatro mil años y luego duermen durante tres o cuatro. Únicamente el Tiempo permanece siempre despierto.

—Mas ¿acaso no son nuevos —le dije— los que nos hablan de los nuevos dioses?

—Escuchan los agitados sueños de los viejos dioses, a punto de despertar porque el alba ya despunta y los sacerdotes vociferan. Son los profetas felices. Desdichados los que oyen hablar a algún dios antiguo mientras duerme, sumido todavía en un sueño profundo, y no paran de profetizar hasta la llegada del alba; ellos son los que los hombres apedrean diciendo: «Profetiza dónde te va a golpear esta piedra, y esta otra...».

—Entonces —añadí— ¿nunca acabará el Tiempo con los dioses? Y él me respondió:

—Perecerán a la cabecera del último hombre. Entonces el Tiempo enloquecerá a causa de su soledad y ya no distinguirá sus horas entre sus centenares de años, y los dioses clamarán a su alrededor solicitando reconocimiento, y él les colocará encima sus manos destrozadas y, mirándoles ciegamente, les dirá: «Hijos míos, no distingo entre uno y otro»; y ante estas palabras del Tiempo, los mundos vacíos se tambalearán.

Durante un buen rato permanecí en silencio, pues mi imaginación retrocedió a aquellos lejanos años y volvió mofándose de mí porque era criatura de un día.

De pronto me di cuenta, por la penosa respiración del anciano, que se había dormido. No era una tienda corriente: temía yo que alguno de sus dioses se despertara y le llamara; temía muchas cosas, estaba tan oscura, y uno o dos de aquellos ídolos eran bastante grotescos. Zarandeeé con fuerza al anciano de uno de sus brazos.

—Dígame cómo se llega a las cabañas —dije— que hay en el confín del mundo

que conocemos.

—No creo que debamos ir allí —respondió él.

—Entonces presénteme a los dioses —dije.

Aquello le hizo entrar en razón.

—Salga —dijo— por la puerta trasera y tuerza a la derecha —y abrió una pequeña puerta, vieja y sombría, en la pared por la que entré, y, resollando, la cerró. La trastienda era increíblemente antigua. Sobre una plancha a punto de desmoronarse podía leerse esta inscripción en caracteres antiguos: «Autorizado a vender armiño y pendientes de jade». El sol se estaba poniendo, sacando destellos a las doradas agujas del tejado, cubierto desde hacía tiempo con la mejor paja. Comprobé que toda la calle Go-by presentaba el mismo aspecto extraño cuando se contemplaba por detrás. La acera era la misma que estaba cansado de ver y se extendía hasta unas miles de millas al otro lado de aquellas casas; mas la calle estaba cubierta de la más pura hierba sin pisotear, con flores tan maravillosas que atraían bandadas de mariposas que pasaban cerca, yendo no se sabe dónde. Al otro lado de la calle se prolongaba la acera, mas no había casas de ningún tipo, y no me paré a ver lo que había en lugar de ellas, pues torcí a la derecha y caminé a espaldas de Go-by Street hasta llegar a campo abierto y a los jardines de las cabañas que buscaba. Enormes y resplandecientes flores de color púrpura se elevaban de esos jardines cual cohetes de ascensión lenta, sobre tallos de seis pies de altura, cantando suaves y raras canciones. Otras brotaban a su lado y, al florecer, comenzaban también a cantar. Una bruja muy anciana salió de su cabaña por la puerta trasera y penetró en el jardín donde yo me encontraba.

—¿Qué son esas flores tan maravillosas? —le pregunté.

—¡Cállese! ¡Cállese! —respondió ella—. Estoy acostando a los poetas. Esas flores son sus sueños.

Y yo añadí en voz baja:

—¿Qué maravillosa canción están cantando?

Y ella respondió:

—Estése quieto y escuche.

Y escuché aquella maravillosa canción que hablaba de mi propia niñez y de cosas que me sucedieron hace tanto tiempo que ya las había olvidado por completo.

—¿Por qué suena tan débil la canción? —le pregunté a la bruja.

—Voces sordas —respondió ella—, voces sordas —y regresó a su cabaña repitiendo la expresión «voces sordas», aunque suavemente por miedo a despertar a los poetas—. ¡Duermen tal mal cuando están vivos! —añadió.

Subí sigilosamente las escaleras hasta el tejado, desde cuyas ventanas podía contemplarse a un lado el mundo que conocemos y al otro, las tierras montañosas que buscaba y que casi temía no encontrar. Inmediatamente miré en dirección a las montañas de las hadas, resplandecientes bajo el fulgor del ocaso, y en cuyas empinadas laderas violáceas brillaban las avalanchas de nieve procedentes de sus heladas cumbres color esmeralda; allí estaba el antiguo desfiladero, entre las colinas

azuladas sobre el precipicio de amatista desde donde se divisa el País del Sueño.

Cuando entré sin hacer ruido en el aposento donde dormían los poetas, todo estaba en calma. La vieja bruja, sentada ante una mesa, tejía a la luz de un farol una espléndida capa verde y oro para un rey que había muerto hacía mil años.

—¿De qué le sirve al rey ya muerto —dije— que le teja una capa verde y oro?

—¿Quién sabe? —me respondió ella.

—¡Qué pregunta tan tonta! —dijo el viejo gato negro de la bruja, que yacía acurrucado junto al tembloroso fuego.

Cuando cerré la puerta de la cabaña de la bruja. Las estrellas brillaban ya en aquel romántico paraje; las luciérnagas montaban ya la guardia nocturna en torno a aquellas cabañas mágicas. Me volví y me encaminé con dificultad hacia el desfiladero de las montañas azules.

Cuando llegué, empezaba a distinguirse algún color en el precipicio amatista bajo el desfiladero, aunque todavía no había amanecido. Oí ruidos y de vez en cuando vislumbre a lo lejos a esos dragones dorados que son el orgullo de los orfebres de Sirdoo, a quienes les ha infundido vida el hechicero Amargrarn mediante conjuros rituales. En el borde opuesto del precipicio, demasiado cerca de él para estar seguro, pensé yo, avisté el palacio de marfil de Singanee, el extraordinario cazador de elefantes; en sus ventanas se veían lucecitas: los esclavos estaban despiertos y, con los párpados todavía pesados, comenzaban su trabajo cotidiano.

Y entonces llegó a la cima del mundo un rayo de sol. Otros y no yo pueden describir cómo borró del precipicio amatista la sombra del risco negro que está enfrente, cómo aquel rayo de luz taladró la amatista, cómo el alegre color pegó un salto para recibir la luz y volvió a arrojar un resplandor púrpura sobre las murallas del palacio de marfil, mientras abajo, en aquel increíble barranco, los dragones dorados jugaban todavía en tinieblas.

En aquel momento, una esclava salió por una de las puertas del palacio y arrojó al precipicio una cesta de zafiros. Y cuando se hizo de día en aquellas maravillosas alturas, y el fulgor del precipicio amatista llenaba el abismo, el cazador de elefantes apareció en el palacio de marfil y, cogiendo su terrorífica lanza, salió al exterior por una puerta y se fue a vengar a Perdónaris.

Entonces me volví y contemplé el País del Sueño; y la fina niebla blanca que nunca desaparecía del todo se desplazaba en la mañana. Elevándose por encima de ella cual islas, vislumbré las Colinas de Hap y la ciudad de cobre, la vieja y desierta Bethmoora, y Utnar Vehi, y Kyph, y Mandaroon, y el sinuoso curso del Yann. Adiviné más que vi las montañas de Hian Min, cuyas imperturbables y vetustas cimas consiguen que, a su lado, parezcan simples montículos las colinas de Acroctia, que se agrupan a sus pies y que protegen, como recordé, a Durl y a Duz. Mas percibí con toda claridad aquel antiguo bosque a través del cual, descendiendo a las riberas del Yann cada vez que hay luna llena, puede uno encontrarse al *Pájaro del Río* fondeado, esperando durante tres días a los viajeros, tal y como había sido profetizado. Y como

ahora la luna estaba en esa fase, bajé rápidamente la quebrada por una senda de elfos coetánea de la fábula y llegué a la linde del bosque. Aunque en aquel viejo bosque la oscuridad era siniestra, más lo eran todavía las bestias que en él pululaban. Es muy raro que estas bestias atrapen a los ocasionales soñadores que recorren el País del Sueño; y sin embargo, corrí; pues si el espíritu de un hombre es atrapado en el País del Sueño, su cuerpo puede sobrevivirle muchos años, y llegar a conocer bien a las bestias que le hacían señas a lo lejos, así como la mirada de sus ojos pequeños y el olor de sus alientos: por eso el campo de esparcimiento de Hanwell está tan terriblemente surcado de senderos interminables.

Y de esa manera llegué finalmente a la soberbia y enorme corriente del Yann, en la que se precipitaban riachuelos procedentes de países increíbles, que arrastran con fuerza madera flotante y troncos de árboles, caídos en remotas selvas jamás holladas por el hombre. Más ni en el río, ni en el antiguo fondeadero próximo a él, encontré rastros del barco que venía a ver.

Y construí con mis propias manos una choza y la teché con la abundante maleza que allí crecía, y comí de los frutos del árbol del targar, y esperé allí tres días. Y durante todo el día, el río se precipitaba impetuosamente, y durante toda la noche cantaba el pájaro tolulu, y las enormes luciérnagas se ocupaban únicamente de esparcir torrentes de chispas danzarinas, y nada rizaba la superficie del Yann por el día, ni nada estorbaba al pájaro tolulu de noche. No sé a ciencia cierta qué era exactamente lo que temía que pudiera pasarle al barco que buscaba y a su amable capitán, originario de la hermosa Belzoond, y a sus alegres marineros de Durl y de Duz. Durante todo el día esperé en el río y de noche estuve atento hasta que las danzarinas luciérnagas me hicieron dormir. Solo tres veces en aquellas tres noches se asustó el pájaro tolulu y dejó de cantar, y las tres veces me desperté sobresaltado, comprobando que no había ningún barco, que únicamente le había asustado el alba. Aquellos indescriptibles amaneceres en el Yann parecían fuegos encendidos en lo alto de las colinas por un mago que quemara en secreto enormes amatistas en una olla de cobre. Solía contemplarlos asombrado aunque ningún pájaro cantara, hasta que de repente el sol salía por detrás de una colina y todos los pájaros excepto uno empezaban a trinar; y el pájaro tolulu se dormía rápidamente hasta que, abriendo un ojo, veía las estrellas.

Habría esperado allí varios días, mas al tercero, sintiéndome solo fui a ver el lugar en donde encontré por primera vez al *Pájaro del Río* fondeado con su barbado capitán sentado en cubierta. Y cuando miré el negruzco cieno del puerto y recordé a aquel grupo de marineros a los que no había visto en dos años, vi un viejo casco de barco que me observaba desde el cieno. El transcurso de los siglos parecía haber descompuesto o enterrado en el cieno todo el barco a excepción de la proa y en ella vi un nombre borroso. Leí despacio: era el *Pájaro del Río*. Y entonces comprendí que, mientras para mí habían pasado escasamente dos años en Irlanda y Londres, en la región del Yann había transcurrido mucho tiempo, el cual había arruinado y

descompuesto a aquel barco que una vez conocí, y había sepultado años atrás los restos mortales del más joven de mis amigos, quien a menudo me hablaba de Durl y de Duz, o me contaba las leyendas de dragones de Belzoond. Pues mientras que en otras partes reina la calma, más allá del mundo que conocemos brama un huracán de siglos cuyo simple eco trastorna profundamente nuestros predios.

Permanecí un rato junto al arruinado casco del barco y oré por aquellos que pudieran ser inmortales de entre todos los que solían descender el Yann: recé por ellos a los dioses que a ellos les gustaba rezar, a los dioses menores que bendicen Belzoond. Más tarde abandoné la choza que había construido en aquellos voraces años y volví la espalda al Yann, penetrando en la selva al anochecer, precisamente cuando las orquídeas estaban abriendo sus pétalos y desplegaban todo su aroma, y pasé aquel día en el abismo de amatista del desfiladero de las montañas azul-grisáceas. Me preguntaba si Singanee, aquel extraordinario cazador de elefantes, habría vuelto con su lanza a su noble palacio de marfil o si su destino habría corrido parejo con el de Perdóndaris. Cuando pasé junto al palacio, en una de sus puertas traseras vi a un mercader vendiendo zafiros: seguí adelante y llegué a la caída del crepúsculo a aquellas pequeñas cabañas desde las que se divisan las montañas de los elfos y los campos que conocemos. Y me dirigí a la vieja bruja que había visto anteriormente, la cual estaba sentada en su salón con un chal rojo echado sobre los hombros tejiendo todavía la capa dorada; y a través de las ventanas brillaban débilmente las montañas de los elfos y pude volver a ver una y otra vez los campos que conocemos.

—Cuénteme algo sobre esta extraña tierra —dije.

—¿Qué es lo que sabe de ella? —respondió—. ¿Sabe que los sueños son ilusión?

—Claro que sí —contesté—. Todo el mundo lo sabe.

—¡Oh!, no todos —añadió ella—, los locos no lo saben.

—Eso es verdad —dije.

—¿Sabe usted que la Vida es Ilusión?

—Claro que no —respondí—. La Vida es real, la Vida es seria...

—Al oír esto, la bruja y su gato (que no se había movido de su sitio junto al fuego) estallaron en risotadas. Permanecí allí algún tiempo, pues tenía muchas preguntas que formular, más cuando comprendí que la risa nunca cesaría, di la vuelta y me fui.

EL VENGADOR DE PERDÓNDARIS

ESTABA yo en el Támesis pocos días después de mi regreso del país del Yann y el reflujo de la marea me arrastraba hacia el este del Westminster Bridge, cerca del cual había alquilado mi bote. Toda clase de objetos flotaban a mi alrededor —maderos a la deriva y enormes botes— y estaba tan absorto en la contemplación del tránsito de ese gran río que no advertí que había llegado a la City, hasta que miré hacia arriba y vi esa parte del Embankment que está próxima a Go-by Street. Entonces me pregunté de repente qué habría sido de Singanee, pues la última vez que pasé por su palacio de marfil había tanta quietud que me hizo suponer que no había vuelto todavía. Y aunque le había visto irse con su terrorífica lanza, y por muy extraordinario cazador de elefantes que fuera, su demanda era espantosa, pues yo sabía que ningún otro podría vengar a la ciudad de Perdóndaris, matando a ese monstruo de un solo colmillo que súbitamente la había derrumbado en un solo día. De manera que amarré mi bote nada más alcanzar los primeros escalones del embarcadero y, tomando tierra abandoné el Embankment; a eso de la tercera bocacalle empecé a buscar el comienzo de Go-by Street; es una calle muy estrecha, al principio apenas se distingue, mas allí está, y pronto me encontré en la tienda del anciano. Sin embargo, un hombre joven se inclinaba sobre el mostrador. No tenía ninguna información que darme sobre el anciano, se bastaba a sí mismo en la tienda. En cuanto a la pequeña puerta en la trastienda, «no existe nada parecido, señor». Así es que tuve que hablar con él y seguirle la corriente. Tenía a la venta sobre el mostrador un instrumento para coger terrones de azúcar de una manera distinta. Se alegró que lo mirara y empezó a alabarlo. Le pregunté para qué servía y él me respondió que para nada, mas acababa de ser inventado hacía solo una semana y era completamente nuevo, y estaba hecho de plata, y se vendía mucho. Todo el tiempo estuve escrutando el fondo de la tienda. Cuando pregunté por los ídolos, él respondió que tenía las últimas novedades de la temporada: un selecto surtido de mascotas. Y mientras fingía elegir una de ellas, vi de repente la maravillosa puerta. Inmediatamente me dirigí hacia ella, seguido por el joven tendero. Nadie se sorprendió más que él cuando vio la hierba de la calle y sus flores púrpura; cruzó corriendo la calle con su levita puesta hacia la acera opuesta y se detuvo con el tiempo justo, pues el mundo terminaba allí. Mirando hacia abajo desde el borde de la acera vio, en lugar de las acostumbradas ventanas de la cocina, un vasto cielo azul surcado de nubes blancas. Le llevé a la puerta de la trastienda, pues parecía pálido y necesitado de aire, y le empujé ligeramente hacia el interior, ya que sabía que sería mejor para él el aire del lado de la calle que conocía. Tan pronto como cerré la puerta tras el asombrado hombre, giré a la derecha y recorrí la calle hasta descubrir los jardines y las cabañas, y una pequeña mancha roja que se movía en un jardín, la cual sabía que se trataba de la anciana bruja con su chal echado sobre los hombros.

—¿Viene de nuevo para variar de ilusión? —me preguntó.

—He venido de Londres —le dije—. Quiero ver a Singanee. Quiero ir a su palacio de marfil en lo alto de las montañas de los elfos, donde está el precipicio de amatista.

—No hay nada como cambiar de ilusiones —dijo— para no cansarse. Londres es un lugar magnífico, mas a veces es preferible contemplar las montañas de los elfos.

—Entonces, ¿conoce usted Londres? —pregunté.

—Por supuesto que sí —respondió ella. Puedo soñar lo mismo que usted. No es usted la única persona que puede imaginarse Londres.

Los hombres trabajaban duramente en un jardín; era el momento más caluroso del día y estaban cavando con palas; de repente ella se volvió hacia mí para golpear a uno de ellos en la espalda con una larga vara negra que llevaba consigo.

—Incluso mis poetas van a veces a Londres —me dijo.

—¿Por qué golpea a ese hombre? —pregunté yo.

—Para que trabaje —contestó ella.

—Mas está cansado —le dije yo.

—Ya lo creo —respondió ella.

Y al mirar vi que la tierra era dura y seca, y que cada paletada que el hombre cansado levantaba estaba llena de perlas; mas algunos hombres estaban sentados completamente en silencio, observando las mariposas que revoloteaban por el jardín, y no obstante la vieja bruja no les pegaba con su vara. Y cuando le pregunté quiénes eran los que cavaban, ella me respondió:

—Son mis poetas, están buscando perlas.

Y cuando le pregunté para qué quería ella tantas perlas, me contestó:

—Para alimentar a los cerdos, por supuesto.

—¿Les gustan las perlas a los cerdos? —pregunté yo.

—Claro que no —respondió ella. Y habría insistido más en la cuestión, mas aquel viejo gato negro había salido de la casa y me estaba mirando caprichosamente sin decir palabra, por lo que comprendí que estaba haciendo preguntas absurdas. Y es su lugar pregunte por qué algunos poetas estaban ociosos, contemplando mariposas, sin que ella les pegara.

—Las mariposas —respondió ella— saben dónde se esconden las perlas, y esos poetas que parecen ociosos en realidad están esperando que alguna de ellas se pose encima del tesoro escondido. No se puede cavar sin saber dónde.

Y de repente un fauno salió de un bosque de rododendros y empezó a bailar encima de un disco de bronce en el que había un surtidor; y el sonido que producían sus pezuñas al danzar sobre el bronce era tan hermoso como el de las campanas.

—Llamada al té —dijo la bruja. Y todos los poetas arrojaron al suelo sus palas y la siguieron al interior de la casa, y yo les seguí a ellos, mas en realidad la bruja y todos nosotros seguíamos al gato negro, el cual arqueó el lomo y levantó el rabo, y caminó por el sendero de tilos esmaltados de azul, y atravesó el porche de techo

negro y la abierta puerta de roble, y entró en una pequeña habitación en donde estaba preparado el té. Y en los jardines las flores comenzaron a cantar y la fuente hizo tintinear el disco de bronce. Y me enteré de que la fuente provenía de otro mar desconocido, y a veces lanzaba al aire fragmentos dorados procedentes de naufragios de galeones desconocidos, hundidos por las tormentas en algún mar que no se encuentra en ninguna parte del mundo, hechos pedazos en guerras libradas contra no se sabe quién. Algunos dijeron que había sal a causa del mar y otros que la sal estaba mezclada con lágrimas de marineros. Y algunos poetas sacaron grandes flores de sus jarrones y arrojaron sus pétalos por toda la habitación, mientras otros dos hablaban a la vez y los demás cantaban.

—¡Vaya!, después de todo solo son niños —dije.

—¡Solo niños! —repitió la bruja, mientras se servía vino de primavera.

—Solo niños —exclamó el viejo gato negro. Y todos se rieron de mí.

—Sinceramente me disculpo —dije—. No quise decir eso. No pretendía insultar a nadie.

—¡Vaya!, no sabe usted nada en absoluto —dijo el viejo gato negro. Y todo el mundo rio hasta que los poetas se fueron a acostar.

Y entonces eché una ojeada a los campos que conocemos, y me volví hacia la otra ventana que mira a las montañas de los elfos. Y el atardecer semejaba un zafiro. Y aunque los campos empezaban a difuminarse, encontré el camino y subí las escaleras y atravesé el salón de la bruja y salí al exterior, y aquella noche fui al palacio de Singanee.

En el palacio de marfil las luces brillaban en cada panel de cristal, pues ninguna ventana tenía cortinas. Los sonidos eran los de una danza triunfal. Muy obsesionante era, en efecto, el zumbido del fagot; y los golpes esgrimidos por un hombre enérgico sobre el enorme y sonoro tambor eran como el peligroso anticipo de alguna bestia al galope. Me parecía estar escuchando, ya musicada, la contienda de Singanee con el más que colosal destructor de Perdóndaris. Y cuando caminaba a oscuras a lo largo del precipicio de amatista, de repente descubrí un puente blanco de tramo curvo que lo atravesaba. Era un colmillo de marfil. Y lo supe por el triunfo de Singanee. Supe que había sido arrastrado mediante cuerdas para salvar el abismo, era similar a la puerta de marfil que hubo una vez en Perdóndaris y fue responsable de la destrucción de aquella famosa ciudad, con todas sus torres, murallas y gente. Habían empezado ya a vaciarlo y a tallar en sus costados figuras humanas de tamaño natural. Lo crucé y, a la mitad del camino, en el punto más bajo de la curva, me encontré con algunos de los tallistas profundamente dormidos. Al otro lado del precipicio, junto al palacio, hallábase el extremo más grueso del colmillo y descendí por una escala que se apoyaba en él, pues todavía no habían tallado escalones.

El exterior del palacio de marfil era como yo había supuesto y el centinela que vigilaba la puerta dormía profundamente; y aunque le pedí permiso para entrar, él únicamente murmuró una bendición a Singanee y volvió a quedarse dormido. Era

evidente que había estado bebiendo bak. En el interior del vestíbulo de marfil me encontré con servidores que me dijeron que esa noche ningún forastero sería bien recibido porque celebraban el triunfo de Singanee. Y me ofrecieron a beber bak para conmemorar su esplendor, mas yo no conocía su poder ni su efecto sobre los humanos, por lo que les dije que había jurado a un dios no beber nada gratificante; y ellos me preguntaron si no podría aplacar a ese dios con oraciones, a lo que yo contesté: «De ninguna manera», y me dirigí hacia el baile; y ellos se compadecieron de mí e insultaron amargamente a aquel dios, creyendo que eso me agradaría, y a continuación se pusieron a beber a mayor gloria de Singanee. Al otro lado de las cortinas que separaban el recinto de baile había un chambelán, y cuando le dije que, aunque forastero, era bien conocido de Mung y Sish y Kib, los dioses de Pegana, cuyos signos hice, me dio la bienvenida. Le pregunté si mis vestidos no serían inadecuados a tan augusta ocasión, y él me juró por la lanza que había matado al destructor de Perdóndaris que Singanee encontraría vergonzoso que un forastero conocido de los dioses entrara en la sala de baile inapropiadamente vestido; y por tanto me condujo a otra habitación y sacó trajes de seda de un cofre de basto roble negro con cierres de cobre adornados con unos zafiros pálidos, y me rogó que eligiera un traje apropiado. Yo elegí una túnica verde brillante con ropa interior azul pálido y un talabarte también azul pulido. Me puse además una capa de color púrpura, ribeteada con dos delgadas cintas azul oscuro y una hilera de grandes zafiros cosidos entre ellas a todo largo, que me colgaba por detrás. Tampoco me habría permitido el chambelán de Singanee que cogiera algo de menos valor, pues decía que ni siquiera a un forastero se le podía permitir aquella noche que fuera un obstáculo para la munificencia de su amo, el cual se complacía en ejercerla en honor de su victoria. Tan pronto como estuve ataviado, nos dirigimos a la sala de baile y lo primero que vi en aquella centelleante sala de techo alto fue la descomunal figura de Singanee, de pie entre los bailarines, cuyas cabezas no sobrepasaban la cintura de aquel. Llevaba descubiertos los enormes brazos que habían sostenido la lanza que había vengado a Perdóndaris. El chambelán me condujo hasta él y yo me incliné y le dije que agradecía a los dioses a los que él había pedido protección. Y él me respondió que había oído hablar bien de esos dioses a los que solían rezar, mas esto lo dijo únicamente por cortesía, ya que no los conocía.

Singanee iba vestido con sencillez y únicamente llevaba en su cabeza una simple cinta dorada que evitaba que el cabello le cayera por la frente, cuyos extremos estaban sujetos atrás con un lazo de seda púrpura. Y todas sus reinas llevaban magníficas coronas, aunque no sabía si habían sido coronadas como reinas de Singanee o si fueron atraídas allí desde sus tronos en países remotos por admiración hacia él y su esplendor.

Todos los allí presentes llevaban vestidos de brillantes colores e iban descalzos, pues la costumbre del calzado era desconocida en aquellas regiones. Y cuando vieron que los dedos gordos de mis pies estaban deformados según la moda europea,

torcidos hacia adentro en lugar de estar derechos, alguno me preguntó amablemente si me había acontecido algún accidente. Y en vez de contarle sinceramente que la deformación del dedo gordo del pie era una costumbre nuestra que nos agradaba, le dije que se trataba de una maldición de un dios malvado a quien había descuidado de ofrecer bayas durante mi infancia. Y hasta cierto punto me justifiqué, pues el Convencionalismo es un dios aunque sus modales sean perversos; y si les hubiera contado la verdad, no me habrían comprendido. Me dieron por compañera de baile a una dama de gran belleza, la cual me contó que se llamaba Saranoora y era una princesa del Norte que había sido ofrecida como tributo al palacio de Singanee. Y en parte bailaba como los europeos y en parte como las hadas del yermo, las cuales, según la leyenda, atraen a los viajeros extraviados hacia su perdición. Y si pudiera sacar de sus tierras a treinta de esos paganos, de largos cabellos negros y ojos pequeños de elfo, y pudiera hacerles tocar sus instrumentos musicales, desconocidos incluso para el rey Nebichadnezzar, interpretando al anochecer cerca de tu casa aquellas melodías que escuché en el palacio de marfil, quizá comprenderías, apreciado lector, la belleza de Saranoora, y el fulgor de luces y colores de aquella formidable sala, y el ágil movimiento de aquellas misteriosas reinas que bailaban en torno a Singanee. Entonces, gentil lector, dejarías de serlo, pues los pensamientos que corren como leopardos en estas lejanas y salvajes tierras saltarían al interior de tu cabeza aunque estuvieras en Londres, sí, incluso en Londres: te alzarías y golpearías con tus manos la pared con sus preciosos dibujos de flores, en la esperanza de que los ladrillos se rompieran, revelándote el camino que conduce al palacio de marfil, junto al precipicio amatista donde habitan los dragones dorados. Pues lo mismo que ha habido hombres que han quemado prisiones para que los prisioneros pudieran escapar, esos oscuros músicos son tan incendiarios que atizan peligrosamente a su clientela a fin de que puedan liberarse los pensamientos prendidos con alfileres. No tengas miedo ni permitas que tus mayores lo tengan. No interpretaré esas melodías en ninguna de las calles conocidas. No traeré aquí a esos extraños músicos; únicamente susurraré el camino que conduce al País del Sueño, y solo unos pocos pies delicados lo encontrarán, y soñaré en solitario con la belleza de Saranoora y a veces suspiraré.

Seguimos bailando sin cesar a la voluntad de los treinta músicos, mas cuando las estrellas palidecieron y la brisa del amanecer agitó los últimos estertores de la noche, entonces Saranoora, la princesa del Norte, me condujo a su jardín. Había allí sombrías arboledas que llenaban de perfume la noche y protegían sus misterios del alba naciente. En aquel jardín flotaba a nuestro alrededor la triunfal melodía de aquellos oscuros músicos, cuyo origen no podían adivinar los que allí moraban y conocían el País del Sueño. Solo en una ocasión volvió a cantar el pájaro tolulu, pues el regocijo de aquella noche le había asustado y estuvo callado. Una vez más le oímos cantar en alguna remota arboleda, pues los músicos descansaban y nuestros pies descalzos no hacían ruido; por un momento oímos a aquella ave con la que una vez soñó nuestro ruiseñor, transmitiendo la tradición a su prole. Y Saranoora me contó

que le había puesto el nombre de Hermana Canora; mas no conocía el nombre de los músicos, que en ese momento tocaban de nuevo, pues nadie sabía quiénes eran ni de qué país procedían. Entonces alguien cantó en la oscuridad, muy cerca de nosotros, acompañado de un instrumento de cuerda, la historia de Singanee y su lucha contra el monstruo. Y de pronto le vimos, sentado en el suelo, cantando a la noche la arremetida de la lanza que había traspasado el descomunal corazón del destructor de Perdóndaris. Y nos detuvimos un rato y le pregunté quién había presenciado aquella memorable contienda, y él me respondió que nadie a excepción de Singanee y de aquel cuya pezuña había dispersado Perdóndaris, y que ahora este último estaba muerto. Y cuando le pregunté si Singanee le había relatado la contienda, él me dijo que aquel arrogante cazador jamás diría una sola palabra del asunto, y que por tanto su extraordinaria proeza era ahora cosa de los poetas, a quienes quedaba confiada para siempre; y volvió a tocar su instrumento de cuerda y siguió cantando.

Cuando el collar de perlas que Saranoora llevaba al cuello comenzó a brillar, comprendí que el amanecer se aproximaba y que aquella memorable noche casi había pasado. Y finalmente abandonamos el jardín y fuimos al abismo a contemplar la salida del sol en el desfiladero amatista. Al principio el astro iluminó la belleza de Saranoora, mas luego coronó el mundo y encendió aquellos riscos de amatista hasta deslumbrarnos, y nos apartamos de allí y vimos al artesano ahuecando el colmillo y tallando en él una balustrada formada por una bella comitiva de figuras. Y los que habían bebido bak comenzaron a despertarse y abrieron sus asombrados ojos ante el precipicio de amatista, y se los frotaron y los apartaron. Y entonces aquellos maravillosos reinos de la canción, que los oscuros músicos habían establecido a lo largo de la noche mediante acordes mágicos, volvieron a desvanecerse bajo la influencia de aquel antiguo silencio que regía ante los dioses; y los músicos se envolvieron en sus capas y cubrieron sus maravillosos instrumentos y se marcharon sigilosamente a los llanos; y nadie se atrevió a preguntarles si volverían, o por qué vivían allí, o a qué dios servían. Y el baile se interrumpió y todas las reinas se marcharon. Y entonces la esclava salió de nuevo por una puerta y vació en el abismo su canasto de zafiros, como la había visto hacer anteriormente. La hermosa Saranoora dijo que aquellas importantes reinas nunca se ponían sus zafiros más de una vez, y que cada mediodía un mercader de las montañas les vendía nuevas piezas para la velada correspondiente. Sin embargo, sospecho que algomás que la extravagancia subyace en el fondo de esta acción, aparentemente derrochadora, de arrojar los zafiros al abismo, pues en las profundidades de este se encontraban esos dragones dorados de los cuales nada parece saberse. Y pensé, y todavía sigo pensándolo, que Singanee, aun encontrándose en guerra con los elefantes, con cuyos colmillos había construido su palacio, conocía bien e incluso temía a esos dragones del abismo, y que tal vez valorase aquellas inapreciables joyas menos que a sus reinas, y quisiera pagar tributo a los dragones dorados de la misma manera que él recibía hermosas ofrendas de otros tantos países por medio de su lanza. No pude ver si los dragones tenían alas;

ni podía asegurar que, en el caso que las tuvieran, fueran capaces de soportar ese peso de oro macizo; ni tampoco sabía por qué caminos podrían deslizarse a través del abismo. Y no sé de qué le servirían los zafiros a un dragón dorado, o a una reina. Únicamente me parece extraño que arrojaran tal profusión de joyas por orden de un hombre que no tenía nada que temer, y que estas cayeran al abismo al alba, despidiendo destellos y cambiando de color.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí observando la salida del sol sobre aquellas extensiones de amatista. Y es extraño que aquel fabuloso prodigio no me afectara más de lo que lo hizo, mas tenía la mente deslumbrada por la fama de aquel, y los ojos cegados por el resplandor del amanecer, y, como suele suceder, pensaba más en cosas insignificantes, y recuerdo haber contemplado el nacimiento del día en el solitario zafiro que Saranoora lucía en un anillo que llevaba en el dedo. Luego, cuando la brisa del amanecer la rodeaba, dijo que tenía frío y regresó al palacio de marfil. Y temí no poder volver a verla nunca más, pues el tiempo transcurre de manera diferente en el País del Sueño que en el mundo que conocemos, al igual que las corrientes marinas se desplazan según direcciones distintas, llevando barcos a la deriva. Y al llegar a la puerta del palacio de marfil me volví para despedirme y, sin embargo, no encontré palabras apropiadas. Y ahora, cuando a veces me encuentro en otras tierras, me paro a pensar en las muchas cosas que quise decir. Sin embargo, lo único que dije fue: «Ojalá nos volviéramos a encontrar». Y ella respondió que era probable que nos encontrásemos a menudo, pues el permitirlo era poca cosa para los dioses, ignorando que los dioses del País del Sueño tienen poco poder sobre los mundos que conocemos. Luego traspasó la puerta. Y yo, después de cambiada la vestimenta que el chambelán me diera por mi propia ropa, abandoné la hospitalidad del poderoso Singanee, y me dirigí de vuelta al mundo que conocemos. Me crucé con aquel enorme colmillo que había supuesto el fin de Perdóndaris y encontré a los artistas que lo estaban tallando; y mientras pasaba, algunos de ellos, a modo de saludo, alabaron a Singanee, y en respuesta rendí honores a su nombre. Aunque la luz del nuevo día todavía no había penetrado completamente hasta el fondo del abismo, la oscuridad estaba cediendo paso a una niebla púrpura y pude vislumbrar vagamente a un dragón dorado. Luego miré en dirección al palacio de marfil y, al no ver a nadie en las ventanas, me alejé con tristeza; y, siguiendo el camino que sabía, atravesé el desfiladero entre las montañas y descendí por sus laderas hasta divisar de nuevo la cabaña de la bruja. Y cuando me dirigí a la ventana más alta a fin de contemplar el mundo que conocemos, la bruja me habló. Mas yo estaba enfadado, como si acabara de despertarme, y no le contesté. Más tarde el gato me preguntó a quién había encontrado, y yo le respondí que en el mundo que conocemos los gatos se mantienen en su lugar y no hablan a los hombres. Y luego bajé las escaleras y salí directamente por la puerta, dirigiéndome a Go-by Street.

—Se ha equivocado usted de camino —gritó la bruja desde la ventana.

Y efectivamente, hubiera preferido volver de nuevo al palacio de marfil, pero no

tenía derecho a abusar más de la hospitalidad de Singanee, y no es posible quedarse para siempre en el País del Sueño; además, ¿qué sabía aquella bruja del mundo que conocemos o de las pequeñas aunque numerosas trampas que se tienden a nuestros pies allá abajo? Así es que no le presté atención y seguí adelante, y llegué a Go-by Street. Vi la casa de la puerta verde a mitad de camino de la calle, mas creyendo que al final de esta estaba más cerca del Embankment, en donde había dejado mi bote, probé la primera puerta que encontré, que correspondía a una cabaña con techo de paja como las demás, con unas pequeñas agujas doradas en la cumbrera del tejado y extraños pájaros sentados arreglándose las plumas. La puerta se abrió y me sorprendió encontrarme a mí mismo en lo que parecía una cabaña de pastor; un hombre sentado en un tronco en el interior de una humilde y sombría habitación se dirigió a mí en una lengua extraña; murmuré algo y salí corriendo a la calle. El tejado de la casa estaba cubierto de paja tanto en la fachada como por detrás. No había agujas doradas en la fachada, ni maravilloso pájaros; mas tampoco había acera. Había una hilera de casas, establos y cobertizos, mas ninguna otra señal de ciudad. A lo lejos vi una o dos aldeas. Sin embargo, ahí estaba el río, sin duda el Támesis, pues tenía la anchura de ese río y todos sus meandros, si es posible imaginar el Támesis en aquel lugar concreto sin estar rodeado de calles, sin ningún puente, y con el Embankment desplomado. Comprendí qué me había ocurrido, permanentemente y a la luz del día, lo que suele sucederle a los hombres, aunque más a menudo a los niños, cuando se despiertan antes del amanecer en alguna habitación extraña y ven una alta ventana gris donde debía estar la puerta y objetos desconocidos en lugares impropios, y pese a saber dónde se encuentran ignoran cómo es posible que el sitio ofrezca ese aspecto.

Luego pasó a mi lado un rebaño de ovejas con la apariencia de siempre, mas el hombre que las dirigía lucía una extraña mirada extraviada. Le hablé y él no me entendió. Luego bajé el río a comprobar si mi bote estaba en el mismo sitio en donde lo había dejado; en el cieno (pues la marea estaba baja) vi un trozo semienterrado de madera ennegrecida, que bien podía haber sido parte de un bote, mas no lo pude reconocer. Empecé a pensar que me había perdido. Sería extraño venir de lejos a ver Londres y no poder encontrarla entre todos los caminos que hasta allí conducen; mas a mí me parecía que había estado viajando en el Tiempo y me había perdido entre los siglos. Y cuando vagaba por las colinas cubiertas de hierba, encontré un mausoleo hecho de zarzas y con techo de paja, y vi en su interior un león más deteriorado por el tiempo que la Esfinge de Gizeh; y cuando lo reconocí como uno de los cuatro de Trafalgar Square, entonces comprendí que andaba perdido por el futuro y varios siglos con sus traicioneros años me separaban de todo lo que había conocido. Y entonces me senté en la hierba junto a las deterioradas patas del león para reflexionar sobre lo que debía hacer. Y decidí regresar por Go-by Street y, dado que no había dejado nada que me atara al mundo conocido, ofrecerme como sirviente en el palacio de Singanee, y volver a contemplar el rostro de Saranoora y aquellos fabulosos

amaneceres de amatista sobre el abismo donde juegan los dragones dorados. Y no me quedé más tiempo buscando vestigios de las ruinas de Londres; pues la contemplación de cosas maravillosa produce poco placer si no existe alguien a quien poder contarlas o asombrar.

Así es que volví inmediatamente a Go-by Street, la pequeña hilera de chozas, y no encontré ninguna otra prueba de la existencia de Londres que un león de piedra. Esta vez acerté con la casa. Estaba muy cambiada y se parecía más a una de esas chozas que pueden verse en Salisbury Plain que a una tienda en la ciudad de Londres; mas di con ella a base de ir contando las casas de la calle, ya que todavía quedaba una hilera de casas aunque las aceras y la ciudad hubieran desaparecido. Y todavía era una tienda. Una tienda muy diferente a la que yo conocí, aunque tenía mercancías a la venta: cayados de pastor, comestibles y toscas hachas. Y había un hombre con el pelo largo, vestido con pieles. No le hablé pues no conocía su lengua. Me dijo algo que me sonó a algo así como «Everkike». No entendí su significado, mas cuando miró una de sus pistolas, caí en la cuenta y comprendí que Inglaterra todavía era Inglaterra, que todavía no la habían conquistado, y que, aunque se habían cansado de Londres, todavía se aferraban a su país. Pues las palabras que el hombre había pronunciado fueron «Av er kike», por lo que comprendí que aquel mismo dialecto cockney que los antiguos llevaron a tierras lejanas todavía se hablaba en su lugar de nacimiento, y que ni la política ni sus enemigos lo habían destruido después de todos esos miles de años. Nunca me había gustado el dialecto cockney, dada mi arrogancia de irlandés acostumbrado a oír un magnífico inglés isabelino tanto de los pobres como de los ricos; por tanto, cuando escuché estas palabras me escocieron los ojos como si estuviera a punto de llorar; me recordaban lo lejos que me encontraba. Imagino que me quedé callado un rato. De repente comprendí que el hombre que se encargaba de la tienda se había quedado dormido. Su manera de ser parecía, extrañamente, la de un hombre que de seguir vivo tendría más de mil años (a juzgar por el aspecto deteriorado del león). Mas entonces, ¿qué edad tendría yo? Está claro que el Tiempo pasa más rápido o más lento en el País del Sueño que en el mundo que conocemos. Pues los muertos, incluso los más antiguos, reviven en nuestros sueños; y un soñador pasa por los acontecimientos del día en solo un segundo del reloj de Town-Hall. Sin embargo, la lógica no me ayudó y estaba desconcertado. Mientras el anciano dormía —extrañamente su rostro se parecía al del anciano que me había mostrado por primera vez la pequeña puerta trasera—, me dirigí al fondo de la tienda. Había una especie de puerta con goznes de cuero. La abrí y me encontré de nuevo con el cartel de la trastienda: al menos la parte de atrás de Go-by Street no había cambiado. La calle parecía fantástica y distante con sus flores púrpura y sus agujas doradas, y la desolación de la acera de enfrente; sin embargo, respiré más tranquilo al volver a ver algo que ya había visto antes. Pensé que había perdido para siempre el mundo que conocía, y ahora que me encontraba de nuevo a espaldas de Go-by Street sentía menos la pérdida que cuando estaba donde deberían estar los objetos familiares.

Recordé lo que había dejado en el vasto País del Sueño y pensé en Saranoora. Y cuando volví a divisar las cabañas me sentí menos aislado todavía al pensar en el gato, aunque por lo general el animal se reía de lo que yo decía. Y lo primero que le dije a la bruja cuando la vi fue que había perdido el mundo y regresaba por el resto de mis días al palacio de Singanee. Y lo primero que ella me dijo fue:

—¡Vaya! Se equivocó usted de puerta.

Lo dijo amablemente, pues comprendía lo infeliz que yo era. Y yo le contesté:

—Sí, mas es la misma calle. Toda ella está cambiada y Londres ha desaparecido y la gente que solía conocer y las casas en las que solía dormir, y todo; estoy hartos.

—¿A dónde quería usted ir por esa puerta errónea? —dijo ella.

—¡Oh!, eso da lo mismo —contesté.

—¿De veras? —dijo ella de un modo contradictorio.

—Bueno, quería llegar al final de la calle para encontrar rápidamente mi bote en el Embankment. Y ahora mi bote... y el Embankment... y...

—Alguna gente tiene siempre tanta prisa —dijo el viejo gato negro. Y me sentí tan desdichado que no logré enfadarme y no añadí nada más.

Y la vieja bruja dijo:

—¿A dónde quiere ir ahora?

Parecía una niñera dirigiéndose a un niño pequeño. Y yo le respondí:

—No tengo dónde ir.

Y ella respondió:

—¿Preferiría volver a casa o ir al palacio de Singanee?

Y yo le respondí:

—Me duele la cabeza y no quiero ir a ninguna parte, estoy cansado del País del Sueño.

—Entonces suponga que intenta entrar por la puerta apropiada.

—De nada serviría —contesté—. Todos han muerto y desaparecido, ahora aquí venden bollos.

—¿Qué sabe usted del Tiempo? —preguntó.

—Nada —respondió el viejo gato negro, a pesar de que nadie se había dirigido a él.

—¡Váyase! —dijo la vieja bruja.

De manera que me volví y me dirigí de nuevo a Go-by Street. Estaba muy cansado.

—¿Qué sabe de él? —dijo a mis espaldas el viejo gato negro. Sabía lo que iba a decirme después. Aguardé un momento y luego le dije:

—Nada.

Cuando miré por encima del hombro, el animal se dirigía a la cabaña contoneándose. Y cuando llegué a Go-by Street abrí con indiferencia la puerta por la que acababa de pasar. Me pareció inútil hacerlo, únicamente lo hice por aburrimiento, porque me lo habían mandado. Y nada más entrar, vi que todo era como antaño, y que

el anciano soñoliento que allí se encontraba vendía ídolos. Compré una vulgar pieza, que en realidad no quería comprar, por el mero placer de ver los artículos acostumbrados. Y cuando me alejé de Go-by Street, que seguía siendo la de siempre, lo primero que vi fue un taxi colisionando con un cabriolé. Me descubrí y ovacioné. Y fui al Embankment y allí estaba mi bote, y el majestuoso río, repleto de suciedad como de costumbre. Y volví a remar y compré una revista barata (al parecer había estado fuera todo un día) y la leí de punta a rabo—incluyendo los avisos de remedios patentados para enfermedades incurables— y decidí pasear, tan pronto como descansara, por todas las calles que me eran familiares y visitar a todas mis amistades, y conformarme para siempre con el mundo que conocemos.

NUESTROS PRIMOS LEJANOS

FUI elegido miembro del club al que pertenece Jorkens. El Club del Billar se llama, aunque allí no se juega mucho al billar. Fui allí mucho antes de volverme a encontrar con Jorkens; y escuché muchas historias después del almuerzo, cuando nos sentábamos alrededor de la lumbre; mas, de una forma u otra, en todas ellas parecía faltar algo, sobre todo para quien esperara una de las de Jorkens. Uno ha oído relatos de muchos países y de muchos pueblos, algunos de ellos bastante extraños; y, sin embargo, en el preciso momento en que la historia promete captar tu interés, echas en falta algo. Tal vez haya demasiadas cosas; demasiados hechos, un excesivo respeto a la veracidad e imparcialidad, que conduce a muchos a meter todo en sus cuentos, con independencia de su interés, simplemente porque es verdad. Con esto no quiero decir que los relatos de Jorkens no sean verídicos, circunstancia que, hasta cierto punto, su biógrafo sería el último en sugerir; sería injusto con un hombre con el cual me he divertido tanto. Ofrezco sus palabras tal y como salieron de sus labios, hasta donde puedo recordarlas, y dejo al lector que juzgue por sí mismo.

Bien, sería la quinta vez que iba al club cuando comprobé con gran alegría que se encontraba presente Jorkens. No estuvo muy comunicativo durante el almuerzo, ni durante algún tiempo después; y hasta que no estuvo un buen rato sentado en su sillón habitual, con su *whisky* con soda a mano sobre una mesita, no empezó a hablar entre dientes. Yo, que me había creído en la obligación de sentarme a su lado, era uno de los pocos que podían oírle.

—Existe mucha charla insustancial —estaba diciendo— en los clubes. La gente cuenta cosas, mas no las precisa.

—Sí —dije—. Supongo que hay bastante de eso. No debería ser así.

—Por supuesto que no —dijo Jorkens—. Voy a ponerle un ejemplo. Hoy mismo, antes de que usted llegara, oí que un hombre le decía a otro (ahora se ha ido, por tanto no importa quiénes fueran): «No hay nadie que cuente historias más increíbles que Jorkens». Simplemente porque no ha viajado, o, si lo ha hecho, se ha limitado a las carreteras, caminos y ferrocarril, simplemente porque nunca se ha apartado de las sendas trilladas, cree que las cosas que yo puedo haber visto centenares de veces sencillamente no existen.

—¡Oh!, en realidad no es posible que haya querido decir eso —añadí.

—No —dijo Jorkens—, pero no debería haberlo dicho. Para probarle, pues da la casualidad de que puedo hacerlo, que ese comentario es rotundamente inexacto, podría mostrarle a un hombre que vive a menos de una milla de aquí, que cuenta historias más increíbles que las mías; y da la casualidad de que son completamente verídicas.

—¡Oh!, de eso estoy seguro —dije yo, pues Jorkens estaba claramente enojado.

—¿Le importaría venir conmigo a verle? —dijo Jorkens.

—Bueno, francamente preferiría oír una de sus propias historias sobre cosas que ha visto —dije—, si es que usted quiere contarme alguna.

—No hasta haber aclarado esa afirmación inexacta —dijo Jorkens.

—Bueno, en ese caso iré con usted —añadí yo.

De manera que abandonamos juntos el club.

—Tomaría un taxi —dijo Jorkens—, pero da la casualidad de que me he quedado sin cambio.

Aunque en otra época Jorkens había sido un gran paseante, no estaba muy seguro de que en aquel momento estuviera capacitado para caminar una milla. Así es que llamé a un taxi, insistiendo Jorkens en que le prestara el dinero con que pagarlo, ya que era él, dijo, el que me llevaba a mí. Fuimos hacia el este y pronto llegamos a nuestro destino, donde Jorkens, generosamente, quedó en deuda conmigo al pagar el importe del taxi.

Era una pequeña casa de huéspedes más allá de Charing Cross, y una criada nos hizo subir hasta una habitación sin alfombrar. Allí estaba Turner, el amigo de Jorkens, un hombre probablemente en la treintena todavía, aunque obviamente fumaba demasiado y eso le hacía parecer un poco mayor; además, tenía el pelo completamente blanco, lo que le daba un extraño aspecto venerable a su rostro, que por alguna razón parecía inadecuado a él.

Se saludaron mutuamente y fui presentado.

—Ha venido a escuchar su historia —dijo Jorkens.

—Usted sabe que nunca la cuento —respondió Turner.

—Lo sé —dijo Jorkens—, no la cuenta a los estúpidos que se ríen de todo. Pero él no es uno de esos. Él puede notar cuándo un hombre está diciendo la verdad.

Se miraron el uno al otro, pero Turner todavía parecía indeciso, todavía parecía aferrarse a la reticencia de un hombre del que a menudo se había dudado.

—No se preocupe —dijo Jorkens—. Le he contado montones de historias propias. No es uno de esos estúpidos que se ríen de todo.

—¿Le ha contado la de Abu Laheeb? —preguntó de repente Turner.

—¡Oh, sí! —respondió Jorkens.

Turner me miró.

—Una experiencia muy interesante —añadí yo.

—Bueno —dijo Turner, cogiendo otro cigarrillo entre sus sucios dedos—, no importa que se la cuente. Tome una silla.

Encendió su cigarrillo y comenzó a hablar.

—Ocurrió en 1924; cuando Marte estaba más cerca de la Tierra. Despegué del aeródromo de Ketling y estuve fuera dos meses. ¿Dónde se imaginan que estuve?, desde luego no tenía gasolina suficiente para volar más de dos meses. Si caí, ¿en qué lugar ocurrió? Es asunto suyo averiguarlo y probarlo; y, si no, creerse mi historia.

1924 y el aeródromo de Ketling. Ahora me acordaba. Sí, un hombre pretendió haber volado hasta Marte. Al principio había sido reacio a hablar del asunto, a causa

del horror que había presenciado; no había concedido entrevistas frívolas, estuvo terriblemente solemne, y de esa manera alentó dudas de que otro modo se habría evitado y que le amargaron el carácter y le abrumaron con insistencia.

—Sí, lo recuerdo, desde luego —dije yo—. Usted voló a...

—Me enviaron por correo miles de cartas llamándome embustero —dijo Turner—. De manera que después de eso me negué a contar mi historia. En cualquier caso no me habrían creído. Marte no es realmente lo que creemos.

»Bien, eso es lo que sucedió. Había pensado en el asunto desde que me di cuenta de que los aeroplanos podían hacer la travesía. Pero comencé mis cálculos hacia 1920, cuando Marte se aproximaba a la Tierra, convencido de que en 1924 sería posible el vuelo. Trabajé ininterrumpidamente en ellos durante tres años; todavía guardo las cifras: no le pediré que las lea, la única base de mi trabajo era que solamente existía una fuerza motriz capaz de llevarme hasta Marte antes de que se me acabaran las provisiones: el propio movimiento de la Tierra. Un aeroplano puede hacer más de doscientas millas por hora, y el mío casi alcanzaba las trescientas solo con la hélice; además, tenía un sistema de propulsión que aumentaba progresivamente su velocidad en grado sumo; la Tierra, que está a noventa y tres millones de millas del Sol, da una vuelta a su alrededor en un año, y nada de lo que conocemos sobre su superficie ha alcanzado nunca semejante velocidad. Mi gasolina y mis cohetes de propulsión eran simplemente para vencer la atracción de la Tierra; lo que impulsaría mi vuelo sería la misma fuerza que en este momento le traslada a usted en su silla a razón de unas mil millas por minuto. Ese impulso no se pierde al abandonar la Tierra; permanece con uno. Y, con mis cálculos, yo trataba de dirigirlo, comprobando que ese impulso únicamente me llevaría a Marte cuando Marte se encontrara frente a nosotros. Desgraciadamente Marte nunca está realmente enfrente, sino un poco a la derecha, y tuve que calcular bajo qué ángulo a la derecha de nuestra órbita debía despegar mi avión para que el empuje combinado de mi pequeño aparato y de los cohetes, y el considerable impulso de la Tierra, me proporcionaran la dirección correcta. Para conciliar todas las fuerzas que se oponían a mi viaje, tenía que ser tan preciso como si apuntara con un rifle. Con una ligera ventaja por mi parte: el objetivo atraería cualquier proyectil que se desviara de su trayectoria.

»Pero ¿cómo regresar? Eso redobló la complejidad de mis cálculos. Si el movimiento propio de la Tierra me lanzaba hacia adelante, igual haría el de Marte. Únicamente debía esperar a que estuviera otra vez frente a la Tierra. ¿Adónde me llevaría ese impulso de Marte?

Observé un conato de duda en el rostro de Jorkens.

—Pero era bastante simple —continuó Turner—. Como nuestro planeta se encuentra más cerca del Sol (a unos noventa y tres millones de millas, mientras que Marte está a unos ciento treinta y nueve millones), su órbita alrededor de aquel es menor. En consecuencia, pronto debía pasar otra vez por delante de su vecino, y de la misma manera que en la primera conjunción pensaba lanzarme de la Tierra a Marte,

eligiendo la hora adecuada podría igualmente regresar de Marte a la Tierra. Como dije, estos cálculos me llevaron tres años, y por supuesto mi vida dependía de ellos.

»No había dificultad en que llevara alimentos para dos meses. El agua era más difícil; de manera que corrí el riesgo de llevarme agua solo para un mes, confiando en encontrarla en Marte. Después de todo, hemos observado que allí existe. Aunque parecía cosa segura, no obstante me inquieté todo el tiempo, y bebí tan frugalmente que resultó que todavía me quedaba provisión para diez días cuando llegué a Marte. Mucho más complicado fue mi abastecimiento de aire comprimido en cilindros, mi método de extracción para su uso, y mi utilización del aire exhalado hasta el máximo posible.

Iba a preguntarle acerca de los cilindros cuando interrumpió Jorkens.

—¿Conoce mi teoría sobre Julio Verne y la llegada del hombre a la Luna? —dijo.

—No —repliqué yo.

—Muchas de las cosas que él escribió se han verificado después convirtiéndose en lugares comunes —dijo Jorkens—. Zepelines, submarinos y otras muchas cosas; y él las describió con tanto detalle, tan gráficamente. No sé lo que usted pensará al respecto, pero yo sostengo la teoría de que en realidad esas cosas las conocía por experiencia, especialmente el viaje a la Luna, y luego las convirtió en ficción.

—Jamás había escuchado semejante teoría —dije.

—¿Y por qué no? —dijo Jorkens—. Existen innumerables formas de registrar los acontecimientos. Existe la historia, el periodismo, las baladas y muchas más. La gente no se cree ninguna de ellas muy sinceramente. Es posible que tampoco se crea la ficción, de cuando en cuando. Pero considere cuán a menudo se oye decir: «Esta es la casa de la pequeña Dorrit», «Aquí vivió Sam Weller», «Esta es la Casa Desolada», y así sucesivamente. Eso demuestra que se creen la ficción más que la mayoría de las demás cosas. De manera que ¿por qué no podría haber dejado él constancia de esa forma? Pero le he interrumpido. Discúlpeme.

—No importa —dijo Turner—. Otra cosa que me dejó bastante perplejo y me ocasionó una inmensa preocupación fue la pérdida de presión de la atmósfera, a la cual estamos acostumbrados. Siempre la consideraré el mayor de todos los obstáculos al que debe enfrentarse cualquiera que viaje desde la Tierra. En efecto, si no vendáramos minuciosamente nuestro cuerpo con el mayor de los cuidados, seríamos aplastados por la presión que hay en el exterior cuando el peso del aire ha desaparecido. Habría divulgado detalladamente todas estas cosas de no haber sido por los brotes de incredulidad; los cuales no se habrían producido si hubiera dispuesto de agente publicitario.

—¡Qué fastidio! —dijo Jorkens.

Turner se levantó y paseó por la habitación, fumando como siempre.

Desde luego se habían producido algunos brotes de incredulidad. Ocurrió como con esas cosas que la gente simplemente no acepta, como la Rima de Epstein^[3], solo que mucho más. Algunas personas tienen mala suerte. En gran parte la culpa es suya.

Ocurrió como él había dicho; si hubiera tenido un buen agente publicitario, no se habría producido ningún brote de incredulidad. Le habrían creído sin que les preocupara en absoluto que hubiera realizado o no el viaje.

Se paseó en silencio de un lado a otro, a grandes zancadas.

—Gasté todo el dinero que tenía —prosiguió— en el aeroplano y el equipo. No tenía a nadie a mi cargo, y, si mis cálculos estaban equivocados y no daba con el planeta rojo, no necesitaría dinero en efectivo. Por el contrario, si lo encontraba y regresaba sano y salvo a la Tierra, imaginaba que no me sería difícil ganar lo necesario. En eso me equivoqué. Bueno, nunca se sabe. El éxito en sí mismo no basta. La gente necesita que su éxito sea reconocido. No había pensado en eso. Y cuanto mayor es el éxito, menos dispuesta está la gente a admitirlo. Lear fue reconocido más rápidamente que Keats.

Encendió otro cigarrillo, como hizo a lo largo de toda su historia cada vez que terminaba uno.

—Bueno, el planeta cada vez se aproximaba más. Cada noche parecía más grande e inequívocamente de color. Más bien naranja que rojo. Solía salir a mirarlo de noche. Más de una vez se me ocurrió la espantosa idea de que aquel resplandor anaranjado podía proceder de restos de desiertos de arena amarilla sin una gota de agua; pero me consolaba pensar en los vastos canales que había visto con nuestros telescopios, pues creía como cualquier otro que se trataba de canales.

»En el invierno de 1923 había terminado mis cálculos y Marte, como ya dije, se aproximaba cada vez más. Según se acercaba la fecha, mi tranquilidad iba en aumento. Todos mis cálculos habían concluido y me parecía que cualquier riesgo que pudiera amenazarme estaba ya decidido meses antes, de una manera u otra. Los peligros parecían quedar atrás; los había tenido en cuenta en mis cálculos. Si estos eran correctos, me llevarían directo; si me había equivocado, estaba condenado de antemano desde hacía dos o tres años. Lo mismo ocurría con los desiertos rojizos que creía haber visto. Dejé también de preocuparme por ellos. Había decidido que el telescopio podía ver mejor que yo, de manera que ahí acabó todo. No podía decirle a nadie que me iba; odio hablar de las cosas que voy a hacer. Aparentemente se debe hacer cuando se trata de una proeza semejante. De todos modos no lo hice. Había una chica a la que solía ver bastante en aquellos días. Se llamaba Amely. Ni siquiera se lo conté a ella. Si lo hubiera hecho, se habría sabido en seguida. Y me habría convertido en el ridículo héroe de una aventura de la que hasta entonces únicamente me había limitado a hablar. Le dije que iba a emprender un largo viaje en avión. Ella pensó que me refería a América. Le dije que estaría fuera dos meses y eso la desconcertó; pero no le dije nada más.

»Todas las noches echaba una ojeada a Marte. Cada vez parecía más grande y más rojizo, de manera que todos reparaban en él. Pienso en el diferente interés con que era observado Marte: unos sentían admiración por su belleza brillante con aquel vivo color; otros, desenfadada curiosidad e indiferencia; los científicos esperaban una

oportunidad que no volvería a repetirse en años; los hechiceros realizaban sortilegios; los astrólogos vaticinaban portentos; los periodistas escribían artículos; y yo únicamente observaba a solas a aquel lejano vecino, imbuido de unas ideas que nadie más compartía en nuestro planeta. Pues, como ya dije, ni siquiera Amely tenía la menor idea acerca de mis planes.

»La noche que partí, Marte no se encontraba en su posición más próxima a la Tierra; todavía estaba a más de cuarenta millones de millas. Ya le dije la razón: tenía que despegar cuando Marte estuviera frente a nosotros. En 1924 llego a estar a treinta y cinco millones de millas. Pero yo me puse en camino antes.

»Naturalmente partí cuando era de noche en la Tierra, y esta se interponía entre el Sol y Marte, lo que me permitió alcanzar certeramente mi objetivo. Regresar fue mucho más complicado. Cuando digo que alcancé mi objetivo, por supuesto me refiero a que no me aparté demasiado de él. Eso lo entenderá cualquiera que haya volado alguna vez. Bueno, la noche en cuestión fui al aeródromo de Ketling, donde se encontraba mi avión. Había allí uno o dos tipos a los que conocía, y desde luego mi indumentaria les sorprendió.

»—Va usted muy abrigado —recuerdo que me dijo uno de ellos.

»En efecto, lo iba. Pues además de mi sistema de vendas para protegerme de la pérdida de presión de nuestra atmósfera, debía abrigarme contra el rotundo frío del espacio. Tendría aquel inconfundible frío de cara, mientras que a la vuelta necesitaría toda la ropa que pudiera llevar a fin de protegerme del Sol, pues esa ropa sería la única protección que tendría cuando dejara atrás nuestras cincuenta millas de aire. La insolación y la congelación podían superarme a la vez muy fácilmente. Bueno, en Ketling eran muy aficionados a que nadie partiera sin tomar por lo menos algo. Ya sabe usted: es mejor comer algo. De manera que empezaron haciéndome preguntas acerca de mi indumentaria. Yo no podía decirles adónde iba. En realidad, hasta que no saqué el avión, no informé a los mecánicos para que quedara constancia de mi partida. Uno de ellos pensó sencillamente que yo estaba de broma y se rio, no exactamente de mí, sino para mostrar su aprecio porque yo bromeaba con él. Simplemente pensó que era gracioso, aunque no pudiera saber exactamente por qué. El otro también se rio, pero al menos sabía de qué le estaba hablando.

»—¿Cuánta gasolina lleva, señor? —dijo.

»—Quince galones —respondí, hecho que él ya conocía—. Es suficiente para trescientas millas, con lo que me sobrará una cantidad suficiente por si quiero darme un paseo por Marte.

»—¿Ida y vuelta en tres horas, señor? —preguntó.

»Estaba en lo cierto. Eso es lo que se puede volar con quince galones.

»—Me voy —dije.

»—Bien, buenas noches, señor —contestó él.

»Se lo conté también a un tercero.

»—A Marte, ¿eh, señor? —dijo. Le fastidiaba que estuviera tomándole el pelo,

como él creía.

»Entonces nos fuimos. Yo tenía un sistema de visión que me permitía enfocar perfectamente mi objetivo todo el tiempo que pasé en la oscuridad de la Tierra y dentro de su atmósfera, y en ningún momento perdí de vista a Marte ni abandoné los mandos. Antes de abandonar nuestra atmósfera, aceleré con mi sistema de cohetes y, tras una docena de explosiones, escapé a la atracción de nuestro planeta. Desconecté los motores y dejé de disparar cohetes; el más atroz silencio nos envolvió. El Sol brilló y Marte y las estrellas desaparecieron de nuestra vista; nos quedamos completamente en silencio, en medio de aquella quietud absoluta. No obstante me desplazaba, como usted ahora mismo, a mil millas por minuto. El mutismo era asombroso, las molestias indescriptibles; las dificultades de comer solo, sin congelarse ni sentirse abrumado por el espantoso vacío del espacio, que no hemos hecho habitable, bastaban para hacer retroceder al hombre más resuelto, solo que no es posible dar la vuelta ni seguir el rumbo sin aire.

»Estaba seguro de lograr mi propósito: según mis cálculos, la última vez que vi Marte, la trayectoria era bastante certera. Tenía mucha confianza en llegar; pero pronto empecé a dudar de mi capacidad para resistir un mes en aquellas condiciones. Los días y las noches pueden pasar a veces demasiado despacio, incluso en la Tierra; pero aquel día fue interminable.

»El aire comprimido funcionó bien: por supuesto, había practicado con él en la Tierra. Pero el mecanismo que permitía dosificar continuamente la cantidad exacta de aire mediante una especie de casco metálico era tan complicado, que nunca logré dormir más de dos horas seguidas sin tener que despertarme y atenderlo. Por esa razón tuve que poner un despertador muy cerca de mi oído. Mis preocupaciones, supongo, no serían más interesantes que el historial de una larga y penosa enfermedad. Pero, para abreviar, poco después de haber recorrido la mitad del camino, me superaron, y cuando me disponía ya a abandonar y morir, de pronto avisté Marte. En el claro resplandor del amanecer vi un pálido círculo, parecido a la más pequeña de las lunas, casi enfrente de mí, un poco a la derecha. Eso fue lo que me salvó. Lo miré fijamente y olvidé mis grandes preocupaciones.

»No era más visible que la pluma de un pajarillo, en lo alto del cielo, a la luz del Sol. Pero era Marte, sin lugar a dudas, y precisamente en la posición correcta para posarme en él. Sin otra cosa que mirar en todo aquel interminable día, no dejé de contemplar a Marte. Pero no por eso se aproximó más; y descubrí que si quería hallar consuelo a mi hastío en la contemplación del planeta, debía apartar la mirada de él por un rato. No era empresa fácil al no haber nada más que mirar; pero, cuando aparté la mirada durante una hora o algo así y volví a mirar, pude ver un cambio. Me di cuenta entonces de que no estaba enteramente iluminado, que el costado derecho estaba a oscuras, y que su luminosidad era como la de la Luna en su undécimo día, tres antes del plenilunio. Aparté de nuevo la mirada y luego volví a contemplarlo; así me pasé unas doscientas horas de aquel agotador día. Poco a poco aparecieron los

canales, como nosotros los llamamos, y los mares. Aumentó de tamaño hasta alcanzar el de nuestra Luna, y luego siguió creciendo hasta ofrecer un espectáculo como nunca había visto anteriormente ningún ojo humano. A partir de entonces olvidé mis preocupaciones. Ahora distinguía claramente las montañas y poco después los ríos: un brillante panorama se extendía ante mí, revelando secretos que nuestros astrónomos habían imaginado hace más de un siglo. Llegó la hora en que, tras dormir un rato, miré de nuevo a Marte, descubriendo que ya no tenía el aspecto de un planeta, o de un cuerpo celeste, sino que parecía un paisaje. Poco después tuve la sensación de que, aunque mi rumbo no había cambiado, Marte ya no se encontraba frente a mí, sino debajo. Y entonces empecé a notar la atracción del planeta. Todo se balanceaba en mi avión: los barriles, las latas y cosas parecidas; y comenzaban a desplazarse, hasta donde lo permitían sus ligaduras. También sentía la atracción en mi asiento. Entonces me preparé para entrar en la atmósfera de Marte.

—¿Y qué tuvo que hacer? —dijo Jorkens.

—Tuve que estar atento —dijo Turner—. Si no, me habría abrasado como un meteorito. Desde luego estaba rebasando Marte, en lugar de confluír con él, de manera que en gran medida nuestras velocidades respectivas se neutralizaban mutuamente. Por fortuna, la atmósfera está enrarecida solo al principio, como la nuestra, de manera que no te golpea ninguna detonación. Pero para eso necesitaba pilotar un poco el avión. Una vez estabilizado el aparato, volar es muy parecido a como es aquí. Por supuesto puse en marcha los motores tan pronto como penetré en la atmósfera de Marte. Descendí en línea recta, pretendiendo no dejarme ver en una zona demasiado extensa a fin de no excitar demasiado la curiosidad de cualquiera que pudiese haber allí. Puedo decir que esperaba encontrar habitantes, no porque lo supiera o lo hubiera investigado, sino porque la mayoría de la gente así lo cree. No quiero decir con esto que estuviera persuadido de ello, sino que lo que vagamente les había persuadido a ellos, igualmente me había persuadido a mí. Aterricé en una región cubierta casi por completo de bosques, aunque con abundantes claros. El lugar elegido era un claro en un valle, que ofrecía un excelente abrigo a mi avión, pues no quería que se notara demasiado. Esperaba encontrar seres humanos, pero pensaba también no dejarme ver, si podía; no siempre son tan amistosos como los de aquí. En poco más de diez minutos a partir de que encendiera mis motores, aterricé en ese valle. Según mis cálculos, había estado fuera de la Tierra un mes. Cuando salí del aparato, el paisaje no era tan diferente del de la Tierra. Los árboles eran distintos y por supuesto sus ramas fueron lo primero que quise traerme. En realidad cogí un manojo de cinco diferentes especies y lo deposité en el piso de mi aeroplano. Pero lo primero que hice fue reponer mi provisión de agua y beber un trago de un riachuelo que había divisado antes de descender, y que, atravesando el bosque, bajaba por el valle. El agua estaba buena. Había temido que fuera salada, o que contuviera alguna sustancia química completamente desconocida; pero estaba buena. Y lo siguiente que hice fue quitarme aquel vendaje infernal y el casco para respirar, y tomar un baño en

el riachuelo, el primero que tomaba en un mes. No me los volví a poner, sino que los dejé en el avión y me vestí decorosamente, como si quisiera mostrar a los habitantes de Marte algo humano. Después de todo, sería el primero de los nuestros que ellos verían, y no quería que pensarán que éramos como orugas en su capullo. Cogí también un revólver del calibre 45. Bueno, a veces hay que hacer eso. Luego comencé a buscar a esos primos lejanos nuestros. Me crucé con flores maravillosas, pero no me detuve a coger ninguna: únicamente buscaba hombres. Mientras descendía, no había visto ningún rastro de edificios. Sin embargo, cuando no había recorrido todavía ni una milla a través del bosque, llegué a campo abierto, y allí, al borde mismo de los árboles, muy cerca de mí, vi lo que evidentemente era un edificio construido por algún ser inteligente; y bien extraño que era el edificio.

»Era un largo rectángulo de apenas quince pies de altura y unas diez yardas de anchura. En uno de sus extremos cuatro paredes sin ventanas y un techo plano tapaban toda la luz en unas veinte yardas, pero el resto se extendía unas cincuenta yardas, protegido por techo y paredes de tela metálica poco tupida, formando una robusta malla del mismo material en que estaba construido todo el edificio.

»Y en seguida descubrí que los sueños de nuestros científicos eran reales, pues vislumbré un numeroso grupo de personas pertenecientes a la raza humana, paseando por aquel recinto tan cuidadosamente protegido.

—¡Humanos! —exclamé yo.

—Sí —respondió Turner—, humanos. Gente como nosotros. Y no solo eso, sino bastante más refinados que los mejores de nosotros, debido probablemente a que el planeta, como yo había deducido a menudo de los libros, se enfriaba más pronto que el nuestro y, de esa manera, en él comenzó la vida antes. Jamás había visto nada más elegante; la edad les había conferido un refinamiento que nosotros todavía no hemos alcanzado. Nunca vi nada más delicado que la belleza de sus mujeres. Había una impresionante simplicidad en sus paseos solitarios, que eran más deliciosos de contemplar que nuestros bailes.

Dicho esto, se puso a recorrer la habitación, arriba y abajo, a grandes zancadas, manteniéndose en silencio durante un rato y fumando frenéticamente.

—¡Oh!, es un planeta odioso —dijo de pronto, y siguió fumando ávidamente. Iba a decirle algo para que siguiera contando su historia, pero Jorkens se dio cuenta y levantó la mano. Evidentemente él conocía ese aspecto de la historia, así como el poderoso efecto que había ejercido en Turner. De manera que le dejamos un momento con sus paseos y sus cigarrillos.

Y después de un rato prosiguió tranquilamente, como si no hubiera habido ninguna pausa.

—Cuando vi aquella malla preparé mi revólver, pues lo consideraba una protección obvia contra cualquier animal poderoso. Por lo demás, pensé, ¿por qué no pasearse al aire libre en lugar de en aquel angosto recinto?

»Había unas treinta personas, vestidas con sencillez y elegancia, aunque con un

toque un poco oriental desde nuestro punto de vista. Todo era atractivo a su alrededor a excepción de aquella casa uniforme de aspecto sórdido. Me acerqué a la malla y les saludé. Sabía que quitarme el sombrero no significaría probablemente nada para ellos, pero lo hice mediante un movimiento amplio del brazo y una inclinación. Era lo mejor que podía hacer, y esperaba con ello poder transmitir mis sentimientos. Y así ocurrió. Fueron amables y comprensivos, y cada señal que les hacía la entendían inmediatamente, salvo que fuera demasiado torpe. Y cuando no comprendían algo parecían reírse de sí mismos, no de mí. Así eran ellos. Comparado con ellos yo era completamente basto y grosero, medio salvaje; pese a ello, me trataron con toda la cortesía que mi pobre juicio era capaz de entender. ¡Cómo me gustaría regresar allí con un millar de los nuestros!... Pero es inútil, no me creerán. Bien, permanecí allí con las manos en la malla, y comprobé que era de un metal resistente aunque de bastante menos de media pulgada de espesor: podía meter el pulgar fácilmente por sus aberturas, de manera que nos era posible vernos mutuamente con total nitidez. Permanecí allí cuanto pude hablando con ellos, o como usted quiera llamarlo, recordando todo el tiempo que debía haber algo bastante detestable en aquellos bosques para que fuera necesario aquella espesa tela metálica. Jamás logré adivinar de qué se trataba.

»Señalé al cielo, en la dirección que probablemente habrían visto brillar la Tierra de noche; en seguida me entendieron. Imagínese entender una cosa así a partir únicamente de mis torpes gestos; obviamente lo lograron. Pero no me creyeron. Y, a continuación, trataron de contarme todo lo referente a su mundo, aunque, desde luego, yo no entendí nada. Me pareció que el mayor obstáculo no era mi desconocimiento de su idioma, sino mi espantosa carencia de cualquier tipo de refinamiento, en comparación con aquellas afables y gentiles criaturas, que tanto pesó sobre mí todo el tiempo que permanecí allí. Una cosa fui capaz de entender. ¿Les gustaría oír hablar de los canales?

—Sí, mucho —repliqué.

—Bueno, en realidad no son canales —respondió él—. Desde donde nos encontrábamos podía ver uno de ellos, una inmensa extensión de agua debidamente encauzada. Señalándolo con el dedo, les pregunté por él. Ellos a su vez me señalaron algo: una pequeña luna de Marte, iluminada y brillante como la nuestra, bien que no me sugería nada. Sabía que Marte tiene dos lunas, pero no veía su relación con los canales. De manera que señalé de nuevo la extensión de agua, y ellos volvieron a señalarme la luna. Como seguía sin entender absolutamente nada, me señalaron el extremo más alejado del canal, perdido en la llanura; y por fin, al cabo de un rato, pude ver que el agua se movía, que era lo que trataban de explicarme con señas. Luego volvieron a hacer hincapié en su luna. Y al final pude entenderlos. Aquella luna pasa tan cerca de la marisma que su atracción arrastra el barro tras ella u el agua entra a raudales en su lugar. Cuando se ha visto una vez parece bastante simple. Nadie excavaría un canal de cincuenta millas de ancho, y esas extensiones de agua

tienen por lo menos esa anchura. Mientras que arrastrar agua es precisamente el cometido de una luna.

—¿De veras son tan anchos esos canales? —dije.

—No podrían verse desde la Tierra si no lo fueran —contestó Turner.

Jamás había pensado en ello.

—Había allí una chica extraordinariamente hermosa —prosiguió Turner—. Pero para describir a cualquiera de ellos se necesitaría el lenguaje de un amante, y además convertirlo en poesía. Nadie me creerá. Hablé con ella, aunque por supuesto mis palabras no le decían nada. Confiaba tanto en su brillante inteligencia que casi esperaba que entendiera cada una de mis palabras, y así lo hizo a menudo. Extrañas aves volaban sobre nosotros, yendo y viniendo del bosque, y ella me reveló sus nombres en la extraña lengua marciana. Mpah y Nto son dos de los que puedo recordar y deletrear; y además estaba Ingu, ave de color naranja vivo y negro, con una larga cola como nuestras urracas. Cuando trataba de contarme algo referente a Ingu, quien en ese preciso momento volaba sobre nosotros, graznando lejos de los árboles, súbitamente me hizo una señal. Yo miré y efectivamente algo salía del bosque.

Durante algún tiempo, Turner resopló en silencio.

—No puedo describírselo. Aquí no tenemos nada parecido. Por lo menos sobre la tierra. Un pulpo tiene una ligera semejanza con eso en cuanto a su cuerpo obeso y sus largas y delgadas patas, aunque este solo tenía dos, y dos brazos igualmente largos y delgados. Pero la cabeza y la inmensa boca no se parecían a nada de lo que conocemos. Nunca he visto nada tan horrible. Venía derecho a la alambrada. Inmediatamente me escabullí antes de que me viera, como me había advertido que hiciera aquella encantadora chica. No tenía ni idea de que el grueso alambre había sido entrelazado para protegerse precisamente de aquella bestia. Me escondí en una especie de matorral florido. Todavía puedo recordar su perfume: un aroma dulzón que no se parece a ningún otro de nuestro planeta. No tenía ni idea de si ellos estarían completamente a salvo de la bestia. Y entonces vino directamente hacia nosotros, acercándose a la alambrada. La vi de cerca, completamente desnuda y flácida, a excepción de aquellos miembros cimbreantes. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, la bestia levantó una tapadera en el techo y metió uno de sus horribles y largos tentáculos. Anduvo a tientas con extraordinaria rapidez y, cogiendo a una chica, la sacó por la tapadera. Yo me encontraba lejos de la alambrada y no podía disparar. La bestia le retorció el pescuezo a la chica en un momento y la arrojó al suelo, volviendo a meter su brazo. Salí corriendo de mi refugio, pero antes de que llegara a su lado había atrapado a otra joven y la había sacado por la tapadera; y cuando doblé la esquina, le estaba retorciendo el pescuezo. Aquellos hombres habían hecho pocos esfuerzos para huir de la espantosa mano, esquivándola únicamente cuando pasaba a su lado; aunque, cuando escogía a alguno, había poca posibilidad de esquivarla, como ellos parecían reconocer. Y ahora, cuando llegué junto a ellos,

estaban todos de pie en un rincón con una solemne resignación en sus rostros.

—¿No podían hacer *nada*? —pregunté yo. Pues la idea de que una parte de la raza humana estuviera completamente desamparada ante semejante horror era tan nueva para mí que no podía aceptarla. Pero él lo había notado, y lo comprendía.

—No era más que un gallinero —dijo él—. ¿Qué otra cosa podían hacer? Pertenecían a esa bestia.

—¿Que pertenecían a eso? —exclamé yo.

—¿No lo entiende? —dijo Jorkens—. El hombre allí no es el gallito.

—¿Qué? —dije con voz entrecortada.

—No —dijo Turner—, así es.

—Es otra raza, ¿lo entiende? —añadió Jorkens.

—Sí —admitió Turner—. Es un planeta más viejo, ¿sabe? Y, por alguna razón, en todo este tiempo se ha adelantado a ellos.

—Y ¿qué hizo usted? —pregunté yo.

—Corrí hacia la bestia —contestó él—. No sé por qué pensé que, por la forma en que los trataba, un hombre no la asustaría fácilmente; de manera que no me molesté en seguirle los pasos, sino que simplemente corrí tras ella según se alejaba llevando colgados por los tobillos a aquellas dos jóvenes. Entonces la bestia se volvió hacia mí y alargó un brazo, y yo le disparé un tiro con mi revólver del calibre 45. La bestia giró en redondo y dejó caer los cuerpos, dando un traspiés mientras agitaba los brazos y gimoteaba por su gran boca. Evidentemente no estaba acostumbrada a ser lastimada. Se alejó gimoteando y yo la seguí; y le disparé dos o tres veces más, y la dejé muerta o moribunda, me daba igual.

»El ruido de mis disparos había despertado a todo el bosque. Los pájaros volaron chillando y piando, y animales que hasta entonces no había visto comenzaron a ulular en las sombras. Entre el clamor general creí detectar unos sonidos que podían proceder de bocas como la de la bestia que acababa de matar. Evidentemente era hora de irse.

»Regresé a la jaula, donde todos contemplaban en silencio y con curiosidad a la criatura muerta. Ninguno de ellos me dirigió la palabra. Entonces comprendí que había cometido un error. Al parecer no se debe matar a esas bestias. Únicamente se volvió hacia mí la chica con la que había hablado de los pájaros, la cual me señaló rápidamente al cielo, en dirección a la Tierra. El clamor en el bosque iba en aumento. La chica llevaba razón: era hora de irse. Me despedí de ella. Me pregunto qué le diría con los ojos. Me despedí con mayor tristeza que antes. Estuve a punto de quedarme. De no haber sido por lo mucho que tenía que contar a nuestra propia gente, me habría quedado allí y habría repartido mis dos docenas de cartuchos entre aquellas repugnantes bestias. Pero pensé que debía volver a la Tierra para llevar noticias. ¡Y al final no me creyeron!

»Según pasaba al lado de aquel horrible cuerpo le arrojé una piedra, prefiriendo no utilizar otro cartucho, a causa del clamor del bosque. Pero aquella pobre gente

metida en el gallinero no lo aprobó. En seguida podía uno darse cuenta. Su destino era ser devorados por aquella bestia, y ninguna interferencia les parecía buena.

»Regresé a mi avión lo más rápido que pude. Nadie lo había descubierto. Todavía estaba en el valle, intacto. Es posible que momentáneamente lamentara un poco el no haber encontrado ningún obstáculo en mi retirada a la Tierra. Eso hubiera facilitado las cosas. Y sin embargo nunca debí haberlo hecho. En cualquier caso, allí estaba mi avión; me subí a él y empecé a envolverme en aquellos vendajes, sin los cuales es imposible sobrevivir en aquel desolado vacío que existe entre nuestra atmósfera y la suya. Alguien asomó por el bosque al oírme entrar en el avión. Me miró como si fuera un zorro, pero yo seguí adelante con mis vendajes. Los ruidos del bosque parecían estar muy próximos. Entonces pensé de pronto: ¿y si fuera un perro y no un zorro? ¿De qué lado estaría un perro en Marte? Difícilmente podía imaginarme que un perro no estuviera del lado del hombre. Pero había visto tantas cosas horribles que dudé. Iría a avisarles de que estaba allí. Me di prisas con los vendajes. Pero sentía que estaban pisando la maleza muy cerca de mí. Entonces vi agitarse unas ramas. Y un grupo de ellos salió en tropel del bosque, apresurándose hacia su gallinero. Se encontraban a menos de cien yardas y me vieron. Entonces, aquellas asquerosas criaturas se dieron la vuelta y vinieron hacia mí. Les disparé y puse en marcha los motores del avión. Al parecer alcancé a una de ellas, pero no podía oír nada a causa del estruendo de los motores. Por un momento el disparo pareció desconcertarlas; luego se dirigieron hacia mí, con una extraña mirada en sus asquerosos rostros y las manos extendidas. Únicamente las dispersé. Con su elevada estatura casi podrían haber agarrado mi avión cuando pasé por encima de ellas. Y me fui con todos los vendajes ondeando. Por supuesto así no podía enfrentarme al espacio. Pero tampoco podía vestirme y al mismo tiempo pilotar correctamente el avión. Si me equivocaba en un solo grado, nunca daría con la Tierra. Tampoco tenía más gasolina. Obviamente la había economizado. Pues no me servía más que para una millonésima parte de mi viaje, durante los aterrizajes. No se puede remover el espacio.

»Bueno, recorrí unas veinte millas y descendí en la amplia llanura en la que aquella luna estaba dragando su canal de barro para que nosotros pudiéramos verlo a través de nuestros telescopios. Y tuve que ascender y descender varias veces hasta asegurarme de que aterrizaba en un lugar donde no me quedara atascado, como me sucedió más tarde. El caso es que descendí y seguí vistiéndome. Y mientras tanto se me ocurrió pensar que Marte estaba más consciente de mi presencia allí que lo que yo hubiera esperado. Las aves parecían inquietas, demasiado escurridizas. En todo caso, me encontraba al aire libre y podía ver a quien se acercara. No obstante, me habría gustado haber ido unas cien millas más lejos, si no fuera por la preocupación que sentía de quedarme sin reserva de gasolina más allá de donde sabía que la necesitaría. De manera que me quedé allí y ahorré gasolina, y menos mal que lo hice. Bueno, acabé de vendarme y, mientras observaba el Sol a fin de encontrar el camino de regreso a casa, vi a lo lejos a algunas de aquellas espantosas criaturas. Nunca supe de

verdad si me estaban persiguiendo, pero el caso es que apresuraron mis cálculos y me impidieron recoger muestras de rocas y de la flora de Marte, lo cual evidentemente habría impedido la vehemente incredulidad con que fui acogido a mi regreso. Además, las muestras de cinco árboles diferentes, que había recogido en el bosque, desaparecieron cuando me fui precipitadamente la primera vez.

—¿Y no se trajo nada de Marte? —pregunté yo. Pues la historia me parecía cierta y confiaba en que se pudiera probar.

—Nada, excepto una caja de cerillas, rota de una forma muy peculiar. Y sin haber visto al ser que la rompió, tampoco ella le probará nada. Más tarde se la mostraré.

—¿Quién la rompió? —pregunté yo.

—Ya me lo dirá usted cuando llegue a eso —dijo él—. Se la mostraré y usted mismo lo descubrirá.

Jorkens asintió con la cabeza.

—Bueno, lo cierto es que no recogí flores ni ninguna otra cosa, excepto esas ramas que perdí. Sé que debería haberlo hecho. Y tal vez me apresuré demasiado en irme cuando vi ese segundo grupo en la lejanía. Pero había contemplado los rostros de las bestias y únicamente pensaba en ellas. Tenía una cámara fotográfica y saqué unas cuantas instantáneas del paisaje, que deberían haber sido concluyentes. Pero no me la traje a mi regreso. Después le contaré lo que sucedió.

»Lo último que hubiera pensado era toda esa incredulidad a mi regreso. Además, las bocas de aquellas bestias repugnantes ocupaban toda mi imaginación. Me apresuré en mis cálculos y regresé en dirección al Sol. Vi varios de esos gallineros, pero poco más aparte del bosque y las llanuras de barro. Muy pronto Marte adquirió un hermoso color azul cobalto, cuya belleza me puso todavía más triste.

»Entonces comenzó de nuevo otro día largo y agotador, en que tanto el Sol como el avión parecían estar inmóviles. Con los motores apagados, sin ningún ruido, inmóvil, sin viento, las semanas transcurrieron lentamente sin señal alguna del paso del tiempo. Era un lugar espantoso; el tiempo parecía haberse detenido.

»Había empezado otra vez a desesperarme mortalmente cuando, de pronto, descubrí frente a mí, como una pluma de cisne solitaria en el espacio, la conocida forma curva de un mundo iluminado en su cuarta parte por el Sol. Inconfundiblemente era un planeta. Y sin embargo, y pese a estar contento por aproximarme a casa, una cosa me dejó extraordinariamente perplejo: me pareció que me había anticipado diez días a lo previsto. “Qué asombrosa suerte”, pensé, “parte de mis cálculos deben estar equivocados, y sin embargo no he perdido el rastro de la Tierra”.

»No lo había descubierto tan pronto como descubrí Marte, a causa de su situación tan próxima al Sol. En consecuencia, cuando lo vi era ya bastante grande. Según aumentaba más y más de tamaño, traté de calcular a qué continente me estaba acercando, aunque no importaba demasiado pues disponía de suficiente gasolina para realizar un buen aterrizaje, a menos que tuviera mala suerte. Sin embargo, no podía

tratarse del mismo lugar en donde yo esperaba aterrizar, ya que me había anticipado tanto a mis previsiones. El caso es que no pude vislumbrar nada, pues la mayor parte del orbe estaba a oscuras. Y cuando me metí en aquellas tinieblas fue como una bendición después del deslumbramiento del Sol en aquel interminable día. Pues en realidad no hay allí luz, solo deslumbramiento. En aquella espantosa soledad por ninguna parte entra la luz; únicamente pasa a tu lado como un resplandor. Por fin me metí en la oscuridad y encendí los motores; y volé hasta llegar al primer limbo del crepúsculo, que me suministraba suficiente luz para aterrizar, ya que estaba cansado de mirar el Sol. Y así fue como llegué a hacer un mal aterrizaje y mis ruedas se hundieron en un pantano. No fue eso lo que encaneció mi cabello. Sentí que se me helaba el cuero cabelludo y mi pelo se encaneció, pero no fue por haberme atascado en un pantano. Fue al comprobar, en el mismo momento del aterrizaje, que me había equivocado de planeta. A pesar de la oscuridad, debería haberme dado cuenta antes, cuando descendía: era demasiado pequeño. Mas ahora lo descubría: me había equivocado de planeta y ni siquiera sabía en cuál estaba. La espantosa soledad provocada por el accidente paralizó al principio mis pensamientos. Y cuando empecé a pensar, todo era desconcierto. ¿Qué planetas había entre Marte y el Sol? Solamente la Tierra, Venus y Mercurio. El tamaño apuntaba a Mercurio. Pero había que tener en cuenta que me había anticipado a mis previsiones, no atrasado. O ¿acaso funcionaba mal mi cronómetro? Sin embargo, el Sol, que había surgido hacía unos cinco minutos, no parecía mayor que desde la Tierra. De hecho parecía bastante menor. Tal vez, pensé, era Venus a pesar de todo; aunque era demasiado pequeño incluso para Venus. Y los asteroides los tenía todos detrás de mí, más allá de Marte.

»Lo que no sabía entonces era que Eros (y tal vez también otros), a causa de la inclinación de algunos de los asteroides, llegaba a estar a veces a menos de catorce millones de millas de nosotros. De manera que, aunque gira alrededor del Sol más allá de Marte, al que llega a aproximarse hasta una distancia de unos treinta y cinco millones de millas, Eros a veces está más cerca de la Tierra que ningún otro asteroide. De esto nada sabía yo; y, sin embargo, cuando empecé a pensar con sensatez, los hechos acabaron por hablar por sí mismos: me encontraba en un asteroide perdido o desconocido. Debería ser más fácil examinar un cuerpo celeste cuando realmente está uno posado en él, rodeado por sus continentes, que cuando aparece en un telescopio no mayor que una cabeza de alfiler. Mas la tranquilidad, la seguridad, sobre todo ese sentimiento hogareño que tiene cualquier astrónomo, constituyen inestimables ayudas al pensamiento preciso.

»Comprendí que había cometido un error al partir de Marte, equivocándome en los cálculos por las prisas, y que tenía la suerte de haber llegado a cualquier otra parte. ¿Quién puede decir, al pensar en lo que podía haberme convertido, quién puede decir mejor que yo que casi me convertí en un cometa?

—Muy cierto —dijo Jorkens.

Terner dijo todo aquello con la mayor gravedad. Evidentemente el peligro le

había rondado.

—Cuando me di cuenta de dónde debía encontrarme —continuó Turner—, me puse a trabajar para sacar el avión del pantano, metiéndome en el barro hasta las rodillas. Fue más fácil de lo que pensé. Y cuando lo saqué, lo elevé por encima de mi cabeza y cargué con él unas nueve millas por tierra firme.

—¿Cargó usted solo con un aeroplano? —pregunté yo—. ¿Cuánto pesaba?

—Alrededor de una tonelada —dijo Turner.

—¿Y fue usted capaz de cargar con él?

—Con una sola mano —respondió—. La atracción de esos asteroides es insignificante para cualquiera que está acostumbrado a la de la Tierra. En Marte me sentía muy fuerte, pero eso no era nada comparado con lo que podía hacer allí, en Eros, o dondequiera que me encontrara.

»Llegué a la linde de un bosque de diminutos robles achaparrados, del tamaño de los ejemplares enanos de los japoneses. Estuve atento a la presencia de cualquier bestia repugnante como las de Marte, pero no vi nada de ninguna especie. Unas pocas mariposas nocturnas, o al menos eso creí yo, salieron volando de los árboles; aunque, al recordarlo ahora, creo que fueron pájaros. Entonces me dediqué a realizar nuevos cálculos. Me encontraba ahora tan cerca de la Tierra, que podría alcanzarla si era capaz de despegar del asteroide; eso, suponiendo que fuera acertada mi conjetura (y no lo podía ser más) acerca de la rotación del asteroide. No podía considerar más que una conjetura, pues ni siquiera sabía en qué pequeño planeta me encontraba, y las conjeturas son mala cosa para los cálculos. Pero deben utilizarse cuando no se tiene otra cosa a mano. Conocía al menos cuáles eran las órbitas que seguían los asteroides, de manera que sabía la distancia que tenían que recorrer; pero el tiempo que tardarían en recorrerlas solo podía conjeturarlo a partir del que empleaban sus vecinos, que yo sabía. Si hubiera estado más lejos de la Tierra, esas conjeturas habrían echado a perder mis cálculos y nunca habría encontrado la forma de volver a casa.

»Bien, me senté sin que me perturbara nada salvo mi propia respiración, y realicé esos cálculos con la mayor precisión de que fui capaz. Debía respirar tres o cuatro veces más rápido que en la Tierra, pues no parecía haber allí tanto aire como aquí. Desde luego no debería haberlo en un planetoide como Eros. Más que la respiración, lo que me preocupó fue el pensar que solo disponía de mis motores para despegar, ya que había usado el último de mis cohetes al abandonar Marte, y nunca supuse que los volvería a necesitar. Imagínense que un pasajero de Southampton a Nueva York desembarcara súbitamente en una isla del Atlántico. Estaría mucho menos sorprendido que yo al aterrizar aquí; no estaba preparado. La atracción de Eros, o quienquiera que fuera el planetoide, no era demasiado como para no poder superarla; pero la cantidad de atmósfera en la que tendría que despegar seguramente sería también escasa, como el planeta que envolvía. Sabía que podría alcanzar bastante velocidad para despegar de Eros únicamente si disponía de tiempo suficiente para hacerlo y la atmósfera llegaba lo suficientemente lejos. Sabía aproximadamente hasta

dónde llegaba la atmósfera, pues la había notado en las alas de mi avión durante el descenso. Pero ¿llegaría lo suficientemente lejos? Ese fue el pensamiento que me inquietó mientras elaboré mis números, respirando como si tuviera mucha fiebre. Mientras afuera hubiera algún tipo de atmósfera que respirar, no necesitaba usar el aire comprimido. Pues las horas de vida que me quedaban antes de llegar a la Tierra dependían de mi suministro de aire comprimido. Bueno, mientras el planeta giraba hacia el Sol y amanecía en donde yo había aterrizado al atardecer, hice proyectos y fijé mi objetivo en la Tierra, sin prisas, cosa que no había hecho en Marte. Tuve tiempo entonces de inspeccionar el bosque de robles, cuyas ondulantes copas se bamboleaban debajo de mí. Dirigí una última mirada a esa caja de cerillas. Trátela con cuidado. ¿Cuál diría usted que fue la causa de ese agujero que presenta?

Cogí de su mano una caja de cerillas Bryant & May, considerablemente destrozada; rota por dentro; con un agujero lo bastante grande como para que pasara un ratón.

—Parece como si algo la hubiese traspasado con mucha fuerza —dije yo.

—No la traspasa —contestó él—. El agujero solamente existe por un lado.

—Se mete dentro —dije yo.

—No del todo. Mire de nuevo —dijo Turner.

Efectivamente se abría hacia fuera. Pero no podía imaginarme cómo se había hecho. Y así se lo hice saber a Turner.

Entonces él llevó la caja de cerillas hasta la repisa de la chimenea, en donde había dos diminutas cabañas de porcelana, y la puso entre las dos, y le colocó un techo de paja que le había hecho a medida. Las pequeñas cabañas tenían aproximadamente el mismo tamaño.

—¿Qué piensa usted de esto? —preguntó Turner.

No sabía nada y así se lo dije, pero tenía algo más que añadir.

—Parece como si un elefante se hubiera escapado de una de las cabañas —dije yo.

Turner se volvió hacia Jorkens, que asentía con la cabeza, con bastante benevolencia aunque con cierto disimulo.

No comprendí aquel intercambio vehemente de miradas.

—¿Qué? —pregunté.

—Eso mismo —dijo Turner.

—¿Un elefante? —pregunté yo.

—Había rebaños enteros en el bosque de robles —dijo Turner—. Cuando al amanecer me incliné a coger una rama de uno de los árboles para traérmela a la Tierra, los vi de repente. Se precipitaron hacia mí y atrapé uno de ellos, un magnífico ejemplar adulto; pero ninguno de ellos era mayor que un ratón. Comprendí que eso debía ser una prueba irrevocable. Tiré la rama; después de todo no era más que un puñado de hojas de roble enano; y metí el elefante en esa caja de cerillas, poniéndole alrededor una goma para que no se abriera. La caja de cerillas la arrojé al interior de

una mochila que llevaba encima de los vendajes.

»Bueno, podía haber recogido muchas más cosas; pero, como dije, tenía una prueba rotunda y la había llevado colgada a mis espaldas todo el tiempo, oprimiéndome con su peso y haciéndome sentir que me había equivocado de planeta. Es este un sentimiento del que nadie que lo haya experimentado puede librarse ni por un solo momento. Usted, Jorkens, ha viajado también bastante; ha estado en desiertos y en lugares extraños.

—Sí, las marismas de papiro, por ejemplo —susurró Jorkens.

—Pero —prosiguió Turner— ni siquiera allí, ni más lejos en el corazón del Sahara, puede usted haber experimentado tan irresistible, tan incesantemente, ese sentimiento del que le hablo. No se trata de simple nostalgia, es una abrumadora y omnipresente sensación de estar en un lugar inadecuado; tan fuerte que sirve de aviso amenazador que te repites en tu fuero interno con cada latido del pulso. Es algo que no puedo explicar a aquellos que no se hayan perdido alguna vez en Oriente, una emoción que no puedo compartir con nadie.

—Muy natural —dijo Jorkens.

—Bueno, así que lo tenía todo preparado —prosiguió Turner—, no solo para mí, sino también para el pequeño elefante. Disponía de un bote de hojalata en el que tenía la intención de meterlo antes de abandonar la atmósfera de Eros, y hallé una forma de renovar el aire en su interior mediante mi propia respiración, que era suficiente para mantener con vida a la bestia. Tenía un trozo de tela verde, ramas de roble, como se hace con las orugas; y agua, y todo era para él. Luego abandoné todo aquello de lo que podía prescindir, a fin de aligerar el avión para el despegue de Eros. Arrojé al pantano mi revólver y los cartuchos, y también fue allí a parar mi cámara fotográfica. Luego me puse en camino y volví a volar por la noche hacia una región de Eros desde donde podía verse la Tierra, colgando por encima del horizonte de su pequeño vecino. En la noche de Eros brillaba una especie de pequeña luna, como una bola de *cricket* de color turquesa pálido engastada en plata. Apunté con precisión, con todas las tolerancias que había calculado, y me lancé de vuelta a casa volando bajo donde la atmósfera de Eros era más densa. A aquella altura tan escasa, el aparato simplemente adquirió velocidad. Luego llegó el momento crucial en que viré hacia arriba en dirección a mi objetivo. ¿Sería la atmósfera lo suficientemente pesada para que las alas de mi avión siguieran funcionando? Lo era: me dirigía exactamente en la dirección correcta, mientras me alejaba de la noche y la Tierra palidecía a lo lejos. ¿Podría mantener la velocidad? No podía hacer mucho más en aquella tenue atmósfera. Me preguntaba si alguien de la Tierra encontraría mis huesos, o si Eros me atraería de nuevo junto a mi avión. Mas no me olvidaba de mi elefante, y traté de alcanzar la caja de cerillas para arrojarla en el bote; entonces descubrí lo que le he mostrado.

—¿Se había ido el elefante? —pregunté.

—Había embestido, como haría cualquiera de su especie —dijo Turner—. Debíó

de irse antes de que yo abandonara Eros. Vea por usted mismo, ahora que conoce las proporciones adecuadas, que esta caja de cerillas no sería para él más que una chabola para un elefante de los nuestros. Y contaba con poderosos colmillos. A nadie se le ocurriría encerrar a un elefante en una choza de tablas tan delgadas. Mas nunca pensé en ello. Usted lo comprendió en seguida. Pero yo puse esas cabañas a su lado para proporcionarle a usted la escala exacta. Bueno, por el momento envidié su libertad. No tenía ni idea de la amarga incredulidad contra la que tendría que enfrentarme. Pensaba más en la lucha decisiva de la que dependía mi vida: la velocidad de mi avión contra la atracción de Eros.

»Y de pronto lo conseguimos. Hubo una ligera sacudida de todos mis barriles y botes cuando despegué de Eros. Luego comenzó una vez más un largo día. En su mayor parte lo pasé pensando en todo lo que iba a contar a nuestras doctas sociedades acerca de Marte y de ese asteroide que yo creo que era Eros. Pero estaban demasiado ocupados con su erudición como para considerar una nueva verdad. Sus oídos estaban vueltos al pasado; eran sordos al presente. Bien, bien...

Y fumó en silencio.

—¿Alcanzó usted su objetivo? —preguntó Jorkens.

—Desde luego —dijo Turner—. Por supuesto me ayudó la atracción de la Tierra. De repente la vi brillar a la luz del día, y no parecía estar muy alejada. ¡Oh, qué emoción la de estar volviendo a casa! Al principio la Tierra palideció, luego lentamente se tornó plateada; y creció más y más. Después adquirió un ligero tono dorado, un enorme creciente dorado en el cielo; a simple vista una visión de lo más hermosa, pero que sugiere algo a todo el ser que el entendimiento no logra asir. Tal vez uno se dé cuenta después de todo, mas aun así nunca puede transmitirlo, nunca puede hablar a nadie de aquella dorada belleza. Las palabras no bastan. La música tal vez podría, pero yo no sé tocar ningún instrumento. Me gustaría componer una melodía, ya me entienden, acerca de la Tierra llamándole a uno a casa, con toda esa luz cambiante; solo que sería condenadamente impopular, ya que no se parecería en nada a lo que la gente suele escuchar a diario.

»Bien, logré mi objetivo. Con la ayuda de la gran atracción que la Tierra ejerce, volví de nuevo a casa. El Atlántico era lo único que temía, y lo evité con creces. Tomé tierra en el Sahara, que podía haber sido solo algo mejor que el Atlántico. Pero descendí del avión y caminé un poco, y cuando llevaba unos cinco minutos de inspección encontré una moneda de cobre del tamaño de una pieza de seis peniques, que llevaba grabada la efigie de Constantino. Había reconocido inmediatamente el Sahara, pero después supe que me encontraba en la parte norte, donde había estado el antiguo Imperio romano, y comprobé que tenía suficiente gasolina para llegar a las ciudades. Me puse de nuevo en camino en dirección norte y volé hasta divisar un grupo de árabes con un rebaño de ovejas o cabras: no es posible especificarlo hasta que uno se aproxima mucho más. Aterricé cerca de ellos y les dije que había venido de Inglaterra. No era mi deseo asombrarles, cosa que habría conseguido contándoles

la pura verdad, de manera que les dije que había volado desde Inglaterra. Y me di cuenta de que no me creyeron. Fue como un anticipo de la futura incredulidad del mundo.

»Bien, volví a casa y conté mi historia. La prensa no fue hostil al principio. Me hicieron varias entrevistas. Pero pretendieron que fueran frívolas. Exigían alguna foto mía despidiéndome con el pañuelo de los amigos que dejaba en Marte. Pero ¿cómo podía yo ser frívolo después de ver lo que había visto? Incluso ahora se me hiela la sangre en las venas cada vez que pienso en ello. Y pienso en ello siempre. ¿Cómo hubiera podido agitar mi pañuelo a esa pobre gente, sabiendo que uno a uno iban a ser devorados por una bestia más horrible de lo que nuestra imaginación puede describir? Ni siquiera sonreí cuando me fotografiaron. Insistí en suprimir los pequeños chistes de las entrevistas. Me convertí en un ser irritable. Taciturno, dijeron ellos. Bueno, era cierto. Y después se volvieron en contra mía. Lo peor de todo fue que Amely no me creyera. ¡Cuándo pienso lo que éramos el uno para el otro! Debería haberme creído.

—Aunque solo fuera por simple cortesía —dijo Jorkens.

—¡Oh!, fue bastante cortés —apostilló Turner—. Le pregunté sinceramente si me creía, y ella me contestó: «Te creo rotundamente».

—Bien, ahí lo tiene —dijo Jorkens con alegría—. Por supuesto que le cree.

—No, no —precisó Turner, fumando más que nunca—. No, no me creyó. Cuando le conté lo de aquella encantadora chica de Marte no me hizo ni una sola pregunta. Eso no era propio de Amely. Ni una sola palabra acerca de ella.

Durante un buen rato recorrió la habitación de arriba a abajo, fumando con rápidas bocanadas. Estuvo tanto tiempo callado y ajeno a nuestra presencia que Jorkens me hizo una seña y, dejándole solo, nos marchamos de la casa.

UNA HIJA DE RAMSÉS

HAY días en que la atmósfera está sobrecargada. Nos abruma hasta el punto de que nuestro humor languidece. No es culpa de nuestra filosofía; ocurre sencillamente que no estamos hechos para soportar el atroz peso del aire, al menos cuando se agita mientras la Tierra duerme y nos pesa más de lo que estamos acostumbrados. Recuerdo que un día caminaba hacia el club completamente fatigado y oprimido a causa, según creí entonces, de las perplejidades de los asuntos de la raza humana. Debería haber buscado una causa más importante, pero un relámpago que atravesó el cielo como un llanto desgarrado pronto me indicó que mi sensación de los problemas en marcha procedía del inminente esfuerzo de la Tierra por desprenderse de parte de la electricidad que de alguna manera le estaba molestando o amenazando. Pero llegué al club antes que el relámpago, de manera que seguía sin saber qué era lo que me abrumaba. Así es que, en vez de mirar el barómetro para ver realmente de qué iba la cosa, busqué el paliativo más a mano preguntándole a Jorkens, que estaba sentado pesadamente entre varios socios silenciosos.

—¿Cuál es la cosa más extraña que ha visto usted?

Pues, lo crea o no Jorkens, él siempre distrae mi atención de las demás cosas.

Hay otros miembros del club que jamás se han preocupado de escuchar a Jorkens durante un rato; pero hoy parecían demasiado inertes para protestar, aunque alguno de ellos deseara hacerlo. Jorkens empezó así:

—Bien, es difícil de determinar. Ya sabe usted lo que quiero decir: depende sencillamente de la forma en que suceden las cosas, a veces de una forma, a veces de otra. Simplemente depende de la dirección que uno tome, si me sigue usted. Depende bastante de cómo lo mires. Lo que realmente quiero decir es que todo depende del modo en que lo mires. Es lo que se podría llamar... bueno, realmente no sabría cómo explicarlo; pero usted comprende lo que quiero decir. Bien, todo eso me parece muy simple, mas no lo entiendo en absoluto: nadie puede, tal y como están las cosas hoy en día. Quiero decir que así es como están las cosas, de eso se trata en resumidas cuentas, y que lo mejor que uno puede hacer es hablar. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

—Camarero —llamé—. Un *whisky* doble para el señor Jorkens.

Mi amigo se volvió inmediatamente para cogerlo.

—Tranquilícese, Jorkens —le dije.

—No veo ninguna razón para tranquilizarme —murmuró Jorkens.

Y entonces llegó el reluciente vaso, lleno en su cuarta parte de lo que parecía sol líquido, a la habitación ya oscurecida por la tormenta que se avecinaba. Jorkens lo contempló melancólicamente, añadió un poco de agua y bebió sin decir palabra; varios segundos después todavía se aferraba a su melancolía.

Luego me dirigió una rápida ojeada y me preguntó:

—¿Qué estaba usted diciendo?

—Le preguntaba por la cosa más extraña que hubiera presenciado —dije.

—¿La más extraña? —dijo Jorkens—. Si me preguntara usted por la más interesante, o la más excitante... pero la más extraña... Creo que la cosa más extraña que he visto ha sido el féretro de una princesa en el Museo de El Cairo; en un estante al fondo de una sala, la misma sala en la que más tarde colocaron los restos de Tutankhamon. Tanto el contenido del féretro como la princesa misma y sus asombrosos puntos de vista —que más tarde descubrí— eran, tomados en conjunto, la cosa más extraordinaria con la que me he tropezado. Realmente la más extraordinaria.

»Para empezar, el féretro solo contenía harapos, nunca había contenido otra cosa. Era bastante raro para empezar; tan raro que decidí averiguar por qué habían tenido la idea de enterrar unos harapos en un sepulcro que valía medio millón; pues se había encontrado suficiente oro en la tumba para llenar un coche. La habían excavado al pie de una árida montaña más arriba de Luxor, a eso de una milla del Nilo. Me dijeron la dinastía, pero la he olvidado. Eso fue lo único que pude averiguar. Y eso que pregunté a personas enteradas, que conocen a fondo la egiptología y en concreto esa dinastía; pero no pudieron decirme nada más acerca del fardo de harapos del féretro contenido en el sarcófago de oro.

»Bien, había un hombre llamado Sindey que fue el último en hablarme del asunto, al que yo solía darle la lata, porque tenía la impresión de que había algo que él debía saber; y cuanto menos me contaba, más crecía mi curiosidad... Y cuando descubrí que no había ningún tipo de mención a los harapos del féretro, le dije un día a Sindey:

»—¿No sabes de alguna leyenda egipcia que esté relacionada con esos harapos?

»—No —respondió él.

»—¿Has intentado indagar alguna vez? —pregunté.

»—Es inútil —dijo—. Hoy en día solo interesa el Islam y el Egipto moderno; nadie recuerda ya nada del Egipto antiguo; en la actualidad no existe ninguna leyenda en ninguna parte del país.

»—¿Ninguna? —dije.

»—No, ni una —repitió él. Y luego añadió—: Hay un árabe; pero usted ya sabe cómo son los árabes; no es del todo fiable; no debería recomendárselo. Además, se dedica a algo que no es estrictamente legal. Es posible que semejantes prácticas hayan desaparecido en Inglaterra, pero las leyes en su contra todavía permanecen en el código.

»—¿Qué? ¿Es adivino?

»—Peor que todo eso, me temo —contestó él.

»Mas yo no podía quitarme el asunto de la cabeza y le pregunté el nombre del árabe.

»—Bueno, se hace llamar Abdul Eblis —dijo Sindey.

»—Y ¿en dónde vive?

»—Eso nadie lo sabe —dijo Sindey—, pero se le puede encontrar rondando la Esfinge. No es realmente el tipo de hombre...

»Mas yo le corté y conseguí que me prometiera presentarme a Abdul Eblis; y le hice cumplir su promesa. Y así es como conocí a ese árabe; era alto y erguido, de unos sesenta años, llevaba una barba puntiaguda, iba oculto bajo un albornoz típico que una vez había sido blanco, y sus ojos, no importa dónde miraran, fingían en cualquier caso estudiarte cuidadosamente, escrutar tu destino.

»—Este es Abdul Eblis —dijo Sindey señalando con la mano y mostrando en su tono y en sus ademanes que desearía no tener nada que ver con él.

»Inmediatamente fui al grano.

»—Me gustaría que me contara una cosa —le dije a Abdul Eblis.

»El árabe fue igualmente al grano.

»—¿Pasada o futura? —preguntó.

»—Pasada hace mucho tiempo —respondí.

»—Ahí está —dijo Abdul Eblis.

»No sé exactamente lo que quería decir, mas en aquel momento creí entender que, no importa lo que hubiera sucedido, aunque fuera hace mucho tiempo, la hazaña permanecía en alguna parte y él podría descubrirla. Fuera lo que fuese lo que él me quiso decir, le conté lo que pretendía y él asintió con la cabeza a cada frase mía, hasta que tuve la sensación de que lo que le estaba preguntando no era nada desorbitado. Para entonces, Sindey se había marchado, dejándome solo con el árabe.

»Abdul Eblis me llevó al otro lado de la Esfinge y, señalando la base sobre la que descansan sus zarpas, dijo:

»—Encuéntrese aquí conmigo y le mostraré algo.

»E inmediatamente comprendí que quería decir a medianoche, pues de lo contrario habría comenzado a hablar sin más demora; por lo menos era lógico suponer eso; mas no fue ese mi verdadero razonamiento, sino simplemente que solo la noche parecía apropiada al aspecto que él presentaba. Y le dije:

»—Vendré esta noche.

»Y él respondió:

»—No, hoy no; la luna está llena y habrá turistas. Venga dentro de cuatro noches; cuatro noches después de esta.

»Una cosa que me hizo confiar en aquel hombre fue que no tratara de regatear, ni hiciera mención alguna de dinero; y cuando se lo mencioné, él simplemente me dijo que esperara, que ya le pagaría lo que creyese oportuno cuando él me hubiera mostrado lo que me iba a mostrar.

»Yo me hospedaba en un hotel cercano a las pirámides; realmente el distrito lleva ahora el nombre del hotel y ha dejado de llamarse Gizeh; se suele decir que las pirámides están cerca del hotel y no al revés; supongo que semejantes cambios alcanzan a todo. Bien, cuando llegó la noche señalada me encontraba allí, sentado en el jardín contemplando la Esfinge; la contemplaba a oscuras y naturalmente no podía

verla; únicamente veía las estrellas mientras esperaba al árabe. Tenía entendido que iba a acudir a la cita a las diez en punto, pero sabía perfectamente que él era muy impreciso en lo tocante al tiempo. Dieron las diez, y las diez y media, y lo único que podía hacer era esperar, ya que no había forma de encontrarlo si no venía. En aquella época el *jazz* era novedad y alguien con un gramófono, en el hotel a mis espaldas, convertía el silencio en caos. En el desierto, una brisa que se había levantado con la noche susurraba a ráfagas al silencio, y este las contestaba una por una. Puede uno imaginarse lo que decía el viento, ese anciano viajero que había visto tantas ciudades, que había atravesado o se había detenido en tantos países; de vez en cuando la fantasía puede llegar al final de una de sus historias; mas no hay forma de adivinar la sabiduría que revela el desierto con sus silencios. Para poder hablar con el desierto antes hay que ser profeta. Nunca lo conseguí. Sabía que allí había algo, alguna terrible sabiduría que pasaba por delante de mi vista y de mis oídos, y se alejaba de mí, perdiéndola por completo. Por completo. Camarero, otro *whisky*.

»Estaba allí sentado, ciego y sordo al desierto; el viento había amainado y solo había aquel intenso silencio; eran las once pasadas. El ruido del magnetofón hacía tiempo que había cesado, y las luces de las ventanas del hotel se habían ido apagando una a una; nada se movía. Y entonces vi la silueta de Abdul Eblis en la oscuridad, muy cerca de mí. No le había visto llegar, pero estaba allí de pie haciéndome señas, con un dedo levantado a la altura del rostro, demasiado furtivo incluso para hacer señas como los árabes suelen hacer, extendiendo todo el brazo hacia abajo.

»—Abdul Eblis —exclamé.

»Mas el árabe se llevó la mano a los labios, se volvió y me mostró el camino; yo le seguí en silencio hasta el pie de la Esfinge.

»Y allí se sentó y me volvió a hacer señas con el brazo, hasta que me detuve a unas diez o quince yardas de él, a cuyas espaldas se elevaba la Esfinge.

»Y entonces trazó un círculo en la arena con algo que yo supuse que eran polvos; y lo encendió y ardió lentamente; y pronto la llama se alejó de él, a ambos lados del círculo, adoptando una tonalidad azul claro. El rostro del árabe se puso de un color espantoso, que encendía cada una de sus arrugas e iluminaba su expresión con tan asombrosa claridad que podía leerse debajo de ella el devenir de sus pensamientos, cualesquiera que estos fuesen. La llama aumentó de altura, iluminando los ejes de la Esfinge y mostrando los rasgos estropeados que se habían enfrentado al Tiempo. Y mientras la luz jugueteaba con los labios y los huecos, y las sombras bailaban desde sus grietas y flotaban en la noche, el veterano monstruo sonrió inconfundiblemente.

»Creeríase por la cantidad de gente que viene a ver esa sonrisa, cuando los árabes encienden en su honor un poco de luz de magnesio, creeríase que había en ella algo amistoso o al menos algún mensaje dirigido a ellos. Nada de eso. En aquella sonrisa únicamente había el desprecio de los siglos por todo aquello que pasa velozmente.

»Por alguna razón captaba mi atención aquel desprecio descomunal, acumulado durante siglos supongo, oculto entre aquellas arrugas, potenciado por el paso del

tiempo, y que, al ser escrutado por las despreocupadas parejas de asombrados turistas, endurecía sus almas. No, es mejor no hacer reír a los dioses o a los demonios: ellos no se ríen por los mismos chistes que nosotros.

»Después de eso me tomé una o dos copas, bastante cargadas, para recobrar mi dignidad; pero ni siquiera ellas lo lograron plenamente: nunca se sabe lo que pasa con esas cosas inmortales.

»Bien, estaba yo observando la vacilante sonrisa de aquel inmenso desprecio, incapaz de librar mis pensamientos de su control, cuando una figura surgió de entre sus garras por detrás del círculo de fuego y atravesó las llamas azules, que se extinguieron cuando aquella las tocó, convirtiéndose en humo gris. Era tan real la figura de aquella dama egipcia que anduvo cinco pasos hacia mí y se detuvo en el humo, que, de no haber sido por su extraordinario punto de vista, tan absolutamente ajeno a esta época, hubiera creído que la aparición no era más que un truco del árabe.

»Abdul Eblis se levantó y se acercó a ella, luego le hizo sus zalemas; y ella le habló en no sé qué lengua. El árabe volvió la cabeza hacia mí y tradujo:

»—Ella dice: “¿Qué quieres ahora, Abdul Eblis?”.

»Iba siendo ya hora de pedir prodigios.

»—Pídele que hable en inglés —dije.

—En inglés, por favor, Ilustrísima —le dijo Abdul Eblis.

»Ella suspiró levemente, como obligada por algo fastidioso y abrumador.

»—¿Qué más? —preguntó ella.

»—Vuestro féretro, Ilustrísima —dijo Abdul Eblis—, ¿por qué no hay en él más que harapos?

»Ella rio alegremente y su risa vibró por todo el desierto, vacío a excepción del más grande monumento erigido por los humanos, alejándose hacia las colinas Mokattan, hasta que los lejanos chacales la oyeron y transmitieron el grito salvaje.

»—Debí tener un funeral —explicó ella.

»—Sí —respondió el árabe—. Todavía es así para todos nosotros.

»—Pero yo deseaba vivir —dijo ella.

»—Pídele que nos cuente lo que pasó —dije.

»—Cuéntenos, Ilustrísima —dijo el árabe, inclinándose hacia ella.

»—Fue al atardecer —dijo ella—, una de esas doradas puestas de sol en Egipto: el arbol por detrás de las colinas occidentales y el caramillo frenético de Porástenes. Lo escuché por vez primera una tarde bajo este cielo dorado. Una estrella brillaba débilmente en el verde del cielo, entre la puesta del sol y la noche. Ligeras brisas vagaban a través de un Egipto anochecido y refrescado, pasando sin ser vistas por las oscurecidas colinas, al igual que los dioses, quienes también pasean a esa hora. Conocí a un sacerdote que los había visto. A cualquier otra hora habría desdeñado aquel caramillo, por muy obsesionante que fuera su melodía; pues Porástenes no era más que un cabrero. Mas a aquella hora, bajo aquellas puestas de sol en que los hombres están desamparados ante los dioses y la música y el amor, no tenía elección,

fuera quien fuese el que tocara el caramillo; al principio creí que era uno de los dioses; mas no importaba quién lo tocara a aquella hora. Y una tarde fui a las colinas y descubrí que se trataba de un simple cabrero, pero entonces era demasiado tarde; dios u hombre da lo mismo. En la cima de aquellas colinas escruté el arrebol de aquel atardecer encantado, trémulo por la melodía del caramillo y mágico por la puesta del sol. Toda temblorosa fui a descubrir el misterio de la música; y encontré en una hondonada en lo alto de la colina a mi joven amante, el cabrero Porástenes. Cuando vio quién era la que había acudido al sonido de su caramillo, me miró fijamente pero no habló; y cuando vi que no era un dios, no dije ni una palabra, pues ningún otro paseante de las colinas tenía derecho a hablar conmigo. Y permanecimos allí bastante rato mirándonos a los ojos mientras se desvanecía el crepúsculo. Mas la luz no llegó a desaparecer de los ojos de Porástenes, aunque salieron las estrellas y se pusieron celosas, si es posible que los espíritus inmortales sientan celos de ojos terrenales. Nos han enseñado que eso no es posible, y, sin embargo, aquella noche creí que lo estaban. Alentado por una especie de locura, el cabrero osó susurrar algo, mas yo no le respondí; aunque mi corazón se partiera por eso, no suspiraría. Entonces vi las antorchas de los servidores de mi padre, que no era otro que Ramsés, los cuales se aproximaban en mi búsqueda. Y me apenó que mataran a Porástenes, aunque este hubiera osado suspirar. De manera que miré al cabrero a los ojos sin pestañear, y él se dio la vuelta y huyó; y los servidores de mi padre me encontraron lejos de Porástenes. Y cuando regresé estaba airado nada menos que Ramsés. Mas yo sabía que su ira sería pasajera: ¿acaso no oscurecen a menudo las nubes al Sol? Mas cuando pasan aquellas, los rayos vuelven a brillar. Muchos han advertido el parecido de mi padre con el Sol y han quedado enormemente sorprendidos.

»—Volví de nuevo a las verdes colinas al atardecer —prosiguió ella—, cuando su verdor se difuminaba, y el ocaso parecía un incendio en un país dorado, tan próximo a nosotros, mas no hollado por pies terrenales, pues solamente los dioses caminan al atardecer por los dorados campos del ocaso, cuyos colores tiñen sus pies de esplendores impropios de los terrestres. Seguí el sonido del caramillo de caña, que tentaba a mi espíritu a huir en la quietud del crepúsculo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino seguirlo? Pues cada hombre y cada mujer tienen un espíritu, que no muere cuando embalsaman su cadáver, sino que es inmortal. De manera que fui a las colinas en medio del silencio y llegué a la hondonada en la cumbre; allí estaba Porástenes rodeado de sus cabras en pleno ocaso, tocando su caramillo, aureolada su cabeza por el resplandor crepuscular. Y el cabrero dejó a un lado su caramillo y nos volvimos a mirar fijamente uno al otro, aunque todavía no nos hablamos. ¡Ah, los ojos de Porástenes! No pude dejar de pensar en ellos. Por la noche imaginaba que brillaban; por el día parecían relucir tan cerca que cualquiera podía verlos. Y a veces algunos cortesanos me miraban de tal forma que estaba segura de que sabían que los ojos de Porástenes brillaban cerca de mí, aunque me encontrara muy lejos, en lo alto de las colinas occidentales que daban al Nilo. Solo que él, que no era otro que Ramsés, no

sabía nada todavía. En una ocasión me dijo que estaba malhumorada y yo le di la razón; mas de Porástenes no se figuraba nada.

»—Nos volvimos a encontrar a menudo —continuó—, mas jamás hablamos, y mi amor por Porástenes se interpuso entre mí y el sueño.

»Suspiró tan débilmente y con tanta desesperación, velada por el humo, que casi nadie hubiera podido decir si era ella la que había suspirado, o si algún viento perdido vagando a través del desierto había exhalado su último suspiro junto al curioso fuego del árabe. E inmediatamente deseé ayudarla, pues al producirse el suspiro a mi lado olvidé que sus penas eran de hace miles de años. Además ¿cómo podría ayudarla? Únicamente parecía haber un remedio. Y para este mi consejo llegaba con miles de años de retraso.

»—¿Por qué no se casó con Porástenes? —dije yo.

»Fuera o no tardió mi consejo, ella dejó inmediatamente de suspirar y estalló en alegres carcajadas.

»—¿Casarse una componente de la Casa de Egipto con un cabrero? —dijo ella—. ¡Qué extravagancia! ¿Dónde se ha oído semejante quimera? ¿Qué le ha impulsado a usted a semejante broma? ¿Quién ha concebido tan extraña ocurrencia en estos años en los cuales ahora vago? ¿Se puede bromear de manera tan extraña con la muerte, como si esta sin duda hubiera ocurrido antaño? Mas búrlese de mí si ese es su deseo, pues yo siempre he amado los absurdos más pintorescos. Y en efecto nunca antes ninguno...

»Y sus palabras se convirtieron en risas, que vibraron a lo lejos en la arena a través del silencio.

»La miré fijamente hasta donde pude ver su figura en la oscuridad, velada como estaba por el humo; y cuando se calmó su risa todavía la estaba observando maravillado. Y no se conformó con exponer su opinión, que había expresado con tanta vehemencia; pues tan pronto como su risa le permitió hablar, insistió en lo mismo, todavía con aquella incredulidad risueña, como si no pudiera creer que mis palabras fueran reales.

»—¿Acaso se acopla el Sol o la Luna con babosas o escarabajos? —preguntó ella.

»Por un momento su alegría se trocó casi en indignación; luego volvió a reír, mas ahora su risa fue más breve y más despectiva, y me di cuenta de que no era posible insistir más. Así es que permanecí en silencio hasta que su risa cesó por completo y se puso de nuevo a suspirar, recordando a Porástenes. Era difícil compadecerse de aquella jovenzuela loca y testaruda; y sin embargo me compadecí, pues, pese al desatino de su punto de vista, aquellos suspiros los profería un corazón perplejo y roto a causa de un pesar cuyo recuerdo había durado miles y miles de años. Y únicamente había sido un breve pesar. No pudo haber durado más que unas pocas semanas, luego todo habría acabado felizmente. Mas ella era una criatura sujeta a ataques de melancolía, eso puede usted entenderlo; y probablemente ellos fomentaron cada uno de aquellos prontos en aquel palacio que tenían sobre el Nilo cuando las

colinas estaban cubiertas de verdor. Así que a ella le bastó recordar su único y verdadero pesar para exhalar aquellos suspiros en el mismo rostro de la Esfinge, cuya ancestral calma nada le decía a ella. Y en medio de aquella calma que la Esfinge había impuesto en aquel lugar de la Tierra durante todos aquellos siglos y más siglos, escuché su excitante historia.

»—Pronto comprendí que moriría de amor —dijo ella—. Y pensé en abandonar la tierra sagrada y los templos, y el río que los dioses le habían otorgado a Egipto para regarlo. Era la primera vez que pensé en todas esas cosas; sin embargo, aunque acababan de ocurrírseme en toda su tristeza, me afectaron poco, por triste que fuera abandonar la tierra hollada a menudo por los dioses. Y luego, entre esos pensamientos, todos ellos relacionados con Porástenes, me vino uno bastante lúgubre que me reveló que, si moría, ya no oiría más su caramillo conmoviendo el dorado atardecer. Ya no contemplaría más sus ojos brillando cuando todo lo demás se oscurecía. Ya no iría más a verle a la cumbre de las colinas.

»—Entonces me dije —añadió ella— cuánto mejor sería morir y seguir viendo a Porástenes. La corte de Ramsés marchitándose, los sacerdotes adorando a los dioses, los abanicos de mis sirvientas, incluso la gloriosa faz de mi padre, todo desaparecía para mí; y el caramillo de Porástenes seguiría embrujando las sombrías colinas. Porástenes seguiría tocando su caramillo y yo lo oiría, a pesar de que mi cortejo fúnebre tendría que cruzar el río. Eso fue lo que pensé, y enseguida tracé un plan. Eso es todo. Ya lo he contado.

»—Y ¿qué pasó luego, Ilustrísima? —dije yo adoptando la forma de dirigirse a ella utilizada por Abdul Eblis.

»—Luego —dijo ella— fui hasta el Gran Sacerdote. Le encontré haciendo sacrificios en el templo de Toth y me lo llevé a un lugar aparte entre palmeras donde pudiéramos hablar en privado. Y él me preguntó qué deseaba de él, y yo le respondí: “Compañero de los dioses, ¿cuántas formas de morir existen?”. Y el Gran Sacerdote me contestó: “un centenar”. Pues yo hablaba de asuntos rituales, para los cuales solo había una respuesta. Entonces le dije: “¿Y cuál es la ciento uno?”.

»—Y él respondió: “La voluntad del Rey”. Eso también está escrito en los antiguos pergaminos: no hay más que una respuesta.

»—Y entonces pregunté yo: “¿Cuántas hay para un sacerdote?”. Y él se quedó un rato callado y luego me contestó diciendo: “Tal vez tres”.

»—Y yo le dije: “¿Cuál es la cuarta?”, sabiendo que eso debería contestarlo. Y él contestó, aunque a regañadientes, diciendo: “La voluntad del Rey, si odia a los dioses”.

»—Y yo le dije: “Él ama a su hija”. Y el Gran Sacerdote se calló.

»—Y yo le dije: “Debes hacer un funeral ilusorio”. Él sabía lo que quería decirle. La imagen de algo que no existe, el simulacro del desierto más allá de las colinas. Ni de palabra ni con gestos demostró haber comprendido, ni tampoco lo contrario. Mas me respondió: “Podría hacerse”.

»—Y yo le dije: “Está bien”.

»—Caminamos entonces en silencio, sin que él añadiera nada más, de manera que, si fuera preciso, pudiera todavía decir que me había interpretado mal. Y después de pasear junto a veinte palmeras, volvió a hablar diciendo: “¿Para quién?”.

»—Y yo dije: “Para mí”.

»—Y él dijo: “¡El funeral de una componente de la familia real! Eso escandalizaría gravemente a los dioses”.

»—Aquellos días han quedado tan grabados en mi espíritu que cada palabra resuena en mi memoria, cual pájaros inmortales, hasta este día.

»—Y le dije al Gran Sacerdote: “¿No harás eso por mí?”.

»—Y él me contestó: “No”.

»—Entonces yo le dije en voz baja, casi en susurros, tan bajo que apenas me oyó...

»Después de todos aquellos años hablaba un poco a la ligera, y el alboroto de las leves brisas que remueven la superficie de la arena se elevó por encima de aquella débil voz, y sus palabras se perdieron.

»—¿Qué le dijo usted, Ilustrísima? —pregunté yo.

»—Le dije —respondió ella— que “es la muerte”.

»—¿Por qué tan suavemente? —le pregunté.

»—¡Oh! —dijo ella—, es horrible hablar de la muerte de un sacerdote. Él me miró y dijo: “¿Qué?”. Y yo le respondí: “Muerte”. Y él me volvió a mirar para comprobar si yo retiraba mi palabra, o mi ánimo desfallecía, o pedía perdón a gritos. Nuestra familia y la suya eran únicamente dos de entre todas las que gobernaron Egipto. Hubo generaciones nuestras que no alcanzaron la sabiduría de las suyas, mas centenares de los suyos nunca tuvieron un poder como el nuestro. En aquellos momentos el sacerdote escrutaba mi propio espíritu; y, cuando advirtió que yo no me echaría atrás, se dio por vencido. Entonces fijamos una fecha para mi funeral ilusorio.

»—Fue un precioso funeral. Partió de palacio al amanecer y descendió hasta el tranquilo río, el sagrado Nilo que los dioses habían regalado a Egipto para regarlo. Le acompañó un cortejo de plumas y música y una gran concurrencia. Y estuvo presente nada menos que el propio Ramsés, a lomos de un caballo blanco. Y el Sol salió por encima de las colinas orientales, mientras el catafalco llegaba al agua, y sus rayos sacaron destellos al abundante oro de la barca que aguardaba en el río sagrado. Y los remeros desatracaron la barca, la cual surcó la especie de joya que era el Nilo. Y Porástenes permaneció a mi lado en la hondonada que ambos conocíamos, observando atentamente desde la cumbre el precioso funeral y escuchando la música de los intérpretes y los cuentos de los sacerdotes. Él trató de hablarme, mas yo no me enteré de nada hasta que la barca tocó la orilla opuesta y los sacerdotes levantaron sus grandes cuernos de antílope recubiertos de oro y los soplaron por tercera vez. E incluso entonces, esperé hasta que el lamento e un cuerno resonó desde el tortuoso fondo del valle rocoso, anunciando a Egipto mi comparecencia ante Anubis, Horus y

Toth, que nos observan siglo tras siglo, sin que sus ojos se cierren por la noche en busca de reposo ni parpadeen ante la luna llena.

»—A partir de entonces yo no era nadie; hablé con Porástenes y él conmigo. Aquel día nos fuimos a su cabaña de cañas, atravesando las colinas sin que él dejara de tocar su caramillo, el cual se había apoderado de mi espíritu e incluso dirigía mis pasos. Cuidé más de un año de aquella choza de cañas allende las colinas. Estaba situada lejos de cualquier camino, alejada de los caseríos, entre pequeños campos que le servían de morada. Incluso la respetaron las estaciones, pasaron de largo, y cada una de ellas la adornó con algo de su esplendor. ¿Hubo alguna vez un lugar más encantador?

»Intenté comprender su asombroso punto de vista, y tuve que reconocer que todavía me desconcertaba. Fue eso lo que me indujo a interrumpirla, mientras ella permanecía allí dando vueltas una y otra vez a sus viejos recuerdos.

»—¿Se casó usted con el cabrero? —pregunté bruscamente.

»—Pues sí —respondió ella, como si mi simplicidad le asombrara, a ella, que había dicho que el Sol no se acopla con escarabajos o babosas. Y entonces pareció corregirse a sí misma. “Él se casó conmigo”, añadió. “Fue muy amable Porástenes. Pues yo no era nadie. Carecía de hogar y de nombre. Ante los dioses no era nada. Podría haberme tratado como la brisa terral que azota la cebada, o el eco de las voces de los chacales, o como en las viejas leyendas o sueños; y yo no me habría quejado. Ante Anubis, Horus y Toth, yo no tenía nombre ni aliento”.

»—Mas ¿no pertenecía usted todavía a la familia real? —traté de argüir.

»Y ella únicamente repitió que no era nada ante Anubis, Horus y Toth, y empezó a citar fragmentos de los papiros conservados por los sacerdotes en los panteones reales de su padre. Y, sin dejar de repetir “Nada, Nada”, retrocedió un poco lentamente y, cruzándose con una de aquellas brisas erráticas que de noche recorren extraviadas todos los desiertos, desapareció con ella.

MISTERIO ORIENTAL

NOVIEMBRE llegó de nuevo y los bosques de las afueras de Londres daba gusto verlos, y la ciudad se había sacudido de encima el manto gris que suele llevar en esa estación. El salón del club en donde nos sentamos después de almorzar estaba casi a oscuras; las cortinas que cubrían la única ventana parecían increíbles masas de sombras. Estábamos hablando del misterio de Oriente. En realidad hablábamos de algo más que de misterio; pues uno que lo había encontrado en Port Said, otro en Aden, un tercero que creía haberlo visto en Kilindini, y un coleccionista de mariposas que lo había encontrado por toda la India, estaban contando historias de pura magia. Es mi intención, al relatar las historias que escucho en el club, consignar únicamente aquellas que sabemos que son verídicas y que a la vez me parecen interesantes; pero ninguna de aquellas historias de magia cumplía dichas condiciones, y por tanto no las volveré a contar; no obstante las menciono porque poco a poco lograron despertar a Jorkens, que daba la casualidad de que se había dormido, y le extrajeron lo que yo considero una interesante afirmación.

—Ellos comprenden perfectamente la magia —afirmó.

—¿Qué? ¿Quiénes? —dijimos los demás, sobresaltados por la vehemente afirmación del hombre que creíamos todavía dormido.

—Los orientales —dijo Jorkens—. Quiero decir los que se ocupan de ese asunto en Oriente. Es como si dijera que los occidentales comprenden la maquinaria. Por supuesto podrían encontrarse en Europa millones de personas incapaces de hacer funcionar una máquina, pero los ingenieros sí pueden.

—¿Y en Oriente? —dije yo, para que se ciñera al tema.

—En Oriente —dijo Jorkens—, los magos comprenden la magia.

—¿Puede darnos algún ejemplo que venga al caso? —preguntó Terbut. Y me alegro de que lo hiciera, pues a menudo se oye hablar del misterioso Oriente, pero raras veces, como ahora, de una historia concreta de magia, con todos los detalles que cualquiera podría solicitar.

—Claro que puedo —replicó Jorkens, ya completamente despierto.

Sin duda, Terbut esperaba sorprender a Jorkens en su historia de magia con algo que no pudiera probar; parecía más fácil que en cualquier otra historia más sólida acerca de viajes o deportes. Dejo al lector que juzgue cuán completamente falló.

Y entonces Jorkens comenzó su relato.

—Me encontraba a orillas del Ganges, no hace mucho tiempo, contemplando esa perla de río; el agua corría a una o dos yardas de mis pies, y la belleza del lugar se esparcía sobre mí. Anochecía, y el río y el cielo no solamente eran fantásticos, como ustedes pueden suponer, sino que de algún modo parecían más reales que la tierra, con una realidad que todo el tiempo crecía y crecía. De manera que si alguna vez había abandonado el mundo conocido por el de la fantasía y la poesía, que a veces

parece discurrir tan próximo a aquel, ahora ya había regresado a él. Pero, mientras miraba a lo lejos el crepúsculo, súbitamente había vuelto a la realidad pisando a un hombre que estaba sentado junto al río. De hecho caí encima de él y me olvidé de toda la luz del Ganges; él, sin embargo, siguió sentado, inmóvil, con los ojos repletos de la belleza del río y del cielo, como probablemente había estado durante horas. Esa es, supongo, una de las principales diferencias entre nosotros y la gente como él; probablemente podemos apreciar el esplendor de semejante río bajo esa clase de cielo, cuando se encienden las hogueras de las escalinatas, y una nueva luna flota sobre los templos; probablemente podemos apreciarlo casi tanto como ellos; mas no parecemos capaces de sentir apego por él. Bueno, como iba diciendo, había regresado a la tierra, en todos los sentidos de la palabra, y allí estaba ese hombre, desnudo de cintura para arriba y sentado como si yo no estuviera presente. Uno de esos fulanos, me dije. Y de pronto se me ocurrió probarlo.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Terbut.

—Nada más sencillo —respondió Jorkens—. Bueno, en cierta manera no fue tan sencillo, porque tuve que explicarle lo que era una «sweepstake»^[4], y lo que eran los números, de hecho prácticamente todo; y supongo que en realidad no me entendió. Pero una cosa sí le hice comprender: que el número de un boleto que le mostré era el mismo en cualquier otra parte del mundo, y que era cosa suya el conseguir que otro boleto igual a ese saliera el primero del bombo, el primero entre millones. Conseguí que entendiera eso, porque me preguntó el número, y yo le dije que había dinero de por medio. Cuando un hombre comienza a hacerte preguntas casi siempre puedes lograr que te entienda, pues puedes ver exactamente en dónde se ha quedado atascado, y puedes ayudarle en cualquier momento. Así que él dijo que no tenía la potestad de hacer valer mi dinero, y yo le contesté: «No te preocupes por eso». Y prometió hacer el resto. El boleto con ese mismo número saldría el primero del bombo, o el Ganges no tenía ningún poder. Luego me quitó de la mano el boleto y lo sostuvo en alto en medio de aquel resplandor combinado del crepúsculo, la luna y las hogueras; y me lo devolvió y siguió con su meditación. Quise darle las gracias, mas no sirvió de nada; su espíritu estaba lejos en alguna otra parte: lo mismo podía haber intentado hablar con alguno de sus dioses hindúes.

»Bien, más vale que les diga que aquella “sweepstake” iba a valer treinta mil libras; y me fui bastante complacido, pues me daba cuenta de que, si existía algo de verdad en la magia, o lo que sea que practique esa gente, el premio estaba asegurado; el hombre había dado su palabra. Por supuesto también pensé que era posible que no existiera nada de cierto en todo aquello; mas, si existía, no era posible dudar de que él era uno de ellos, ni de que había ejercido su poder como dijo.

»Abandoné el Ganges al día siguiente; abandoné la India esa misma semana; y pueden ustedes imaginar que me encontraba completamente absorto en mis posibilidades de conseguir treinta mil libras. ¿Existiría o no algo de cierto en el misterio de Oriente? Esa era la cuestión. En el barco había un hombre que lo sabía, de

haberlo alguien; un hombre llamado Lupton. Conocía Oriente tan bien como pueda conocerlo cualquier nacido a ese lado del mundo; y, en particular, sabía mucho acerca de esto mismo; me estoy refiriendo a la magia. Desgraciadamente nunca me lo habían presentado, y no me gustaba nada tener que abordarle, era demasiado distinguido para eso; y allí estaba yo, contemplando cómo paseaba a mi lado todos los días, sabiendo que guardaba el secreto de mis treinta mil libras, la sencilla información de si el Oriente era o no capaz de hacer lo que se le reclamaba. Bueno, tarde o temprano a bordo de un barco se llega a conocer a todo el mundo, aunque ya nos encontrábamos en el Mediterráneo cuando me lo presentaron. Casi lo primero que le dije fue: “¿Existe algo de cierto en la magia que, según dicen, se practica en Oriente?”.

»La pregunta casi le hizo callar del todo, creyendo que le hablaba de la magia a la ligera. Pero afortunadamente se dio cuenta de que yo iba en serio. Supongo que vería alguna de las treinta mil lucecitas que debían brillar en mis ojos. Pues, tras un silencio momentáneo, como si no pensara contestar, se volvió y, hablándome amistosamente, dijo: “Con igual razón podría usted dudar de la radiotelegrafía”.

»Entonces le pregunté lo que quería saber: si era posible que un hombre ejerciera su influencia desde Oriente para que un boleto saliera el primero del bombo en Dublín. Y todavía recuerdo las palabras exactas de su respuesta.

»—Es un hecho muy poco frecuente —dijo—. Sin embargo, no solamente puede hacerse, sino que conozco a un hombre todavía vivo que es capaz de hacerlo.

»Entonces le pregunté por mi amigo el del Ganges, mas no sabía nada de él. Su hombre vivía en el norte de Africa. Mi hombre, dijo, podía también ser capaz de hacerlo, mas quedaban ya muy pocos. La situación presentaba un obvio peligro, difícil de solventar: ¿y si él mismo iba a ver a su amigo africano y se ganaba así las treinta mil libras? Él era un hombre distinguido y yo acababa de conocerlo; era esa una pregunta nada fácil de hacer. Pero me las arreglé. Por supuesto, disimulé mi pregunta, mas la formulé. Y él me contestó sinceramente.

»—Ahora me he establecido cerca de Londres —dijo— con mi jubilación y lo que he ahorrado, y no niego que, si alguien me ofreciera treinta mil libras, le estaría muy agradecido; solo que, cuando se ha vivido mucho tiempo en Oriente como es mi caso, uno ha tomado demasiada quinina en sus horas libres y al final está mal de los nervios; y, si consiguiera treinta mil libras de esa manera, mediante magia oriental, siempre me preocuparía de que el Oriente me reclamara su parte. Sé que es ridículo por mi parte, pero así es. Probablemente usted no sentirá lo mismo.

»—No, no lo creo —dije. No pude añadir nada más por miedo a herir sus sentimientos. Pero treinta mil libras es una cantidad... ¡y temo que el Oriente trate de vengarse! Bueno, dejemos que lo intente: eso es lo que yo sentía. Pero antes que nada, dejemos que lo consiga. Así que le dije:

»—¿En qué parte de África dijo usted que vivía ese hombre?

»Él sonrió por mi empeño y me lo contó.

»—No muy lejos de aquí —dijo—. A día y medio de la costa por tren. Debe usted bajarse en El Kántara; y cabalgar en mula durante unos días hasta llegar a las montañas de Ouled Naïl, en donde vive.

»—¿En qué parte de las montañas? —pregunté yo. Pues había dejado de hablar, y una cadena de montañas parecía una dirección bastante incompleta.

»—¡Oh!, no es difícil encontrarle —dijo—. Es un hombre santo y es bastante conocido. Simplemente deberá usted preguntar a alguno de los nómadas por Hamid Ben Ibrahim, cuando llegue al pie de las montañas. Además, su casa puede verse desde veinte millas. Tiene solo diez pies de altura y unas ocho yardas de ancho y de largo; pero está encalada, bajo montañas marrones, y el desierto es llano hasta llegar al Níger. Encontrará a Hamid fácilmente.

»—Supongo que no hará todo eso a cambio de nada —dije yo—; como mi amigo del Ganges.

»Como ustedes comprenderán, después de mi viaje a la India no disponía de mucho dinero en efectivo, sin contar mi posibilidad de las treinta mil millas.

»—No —dijo él—. Pero lo hará a cambio de esto.

»Y me entregó un pequeño paquete que sacó del bolsillo; eran polvos, como pude darme cuenta a través del papel.

»—¿Qué es esto? —dije.

»—Bismuto —contestó él—. Él digiere mal. Pero es demasiado santo para tomar un laxante; nunca lo ha hecho en toda su vida; ni ha fumado; y, por supuesto, ni hablar de coñac. Así que es bastante difícil de curar. Como probablemente sabe, todos los europeos se empeñan en ser médicos allá; de manera que lo primero que hará será contarle a usted sus síntomas y pedirle que le cure; y creo que el bismuto puede lograrlo. Si así ocurre, él conseguirá que su boleto salga ganador. De hecho sabe bastante más de magia que cualquiera de nosotros de medicina. Y puede usted pedirle al médico de a bordo alguna otra cosa que le pueda ir bien. Es bastante grueso y no hace ejercicio. Haga todo lo que pueda por él.

»—Desde luego que lo haré —dije. Parecía razonable.

»—Yo que usted compraría una tienda de campaña en Argel —dijo— en lugar de alquilar alguna a un árabe. Comprobará que le costará como mucho una cuarta parte. O una octava. Depende de lo bien que usted regatee.

»Mientras hablábamos había oscurecido sin que nos diéramos cuenta; y yo miré a lo alto y avisté grupos de estrellas donde antes había púrpura y oro. Y con las estrellas vino el frío, y el rostro de Lupton se entristeció; pues el frío después del crepúsculo parecía ser lo único que no podía soportar, aunque ustedes creyeran lo contrario, dado como vivía, más en tiendas que en casas. De manera que se fue abajo y sus últimas palabras fueron:

»—Puede hacerlo perfectamente bien. No lo dude.

»No molesté más a Lupton. Por extraño que parezca más bien le evité, pues cualquier conversación que pudiéramos sostener, mientras todos aquellos millones de

estrellas salían lentamente para brillar sobre el Mediterráneo, nos habría parecido sumamente trivial después de aquel misterio oriental que me acababa de revelar. Y antes de que terminase la semana llegamos a Marsella. Allí abandoné el barco. Si hubiese continuado hasta Inglaterra, no habría tenido más que volver de nuevo para llegar a África, y los fondos no me habrían alcanzado. Mi única dificultad era cómo conseguir otro boleto en aquella “sweepstake”, ya que no quería que los dos sortilegios actuaran sobre el mismo boleto. Pero ¿saben ustedes?, pude comprar uno en Marsella a un hombre que parecía haber perdido la fe en su buena suerte. Así que me fui a toda prisa a Argel en un barco que cubría el trayecto de Marsella a la costa africana y viceversa, y cuya compañía naviera parecía vacunada contra cualquier monotonía al hacerse llamar Compagnie Générale Transatlantique. No había perdido del todo la fe en mi amigo del Ganges; había guardado su boleto y necesitaba comprobar de lo que él era capaz; pero, naturalmente, después de sostener aquella conversación con uno de los más eminentes orientistas, me fiaba mucho más del hombre que él me había recomendado. La primera vez que había visto al hombre del Ganges apenas me había parecido posible que pudiera fallar, tan irresistibles me resultaron sus ojos, y tan evidente que su espíritu moraba solo temporalmente en aquel cuerpo sentado junto al río, y era capaz de ejercer su poder en cualquier lugar. Pero ahora estaba completamente bajo la influencia de Lupton, y únicamente quería encontrar al hombre de las montañas de Ouled Naïl.

»Bien: compré una tienda barata en Argel y tomé el tren una tarde; a la mañana siguiente avisté las montañas, ascendiendo en espiral desde El Kántara. Allí les dije a los árabes que era médico y recorría el desierto en busca de salud. Fue muy fácil para ellos creermelo, pues había dado pruebas de mis conocimientos médicos con aquella misma observación; ya que, ¿saben ustedes?, hay más salud en el Sahara que a todo lo largo de Harley Street. Mas en cualquier caso era completamente cierto lo que Lupton me había contado de que, en aquellos lugares, a todos los europeos se les supone médicos. Pero yo era un tipo de médico muy especial, y me había llevado unos cuantos laxantes y algo de quinina extra par mejor demostrarlo. Un día en que el viento batía las palmeras bajo aquellos áridos precipicios, me puse en camino a lomo de mula con tres árabes, cabalgando hacia el sudeste. Por alguna razón El Kántara siempre me recuerda el oro de las bóvedas acorazadas: una verde masa de millares de palmeras, única riqueza de aquella gente, rodeada de rocas que nunca han conocido más verde que el que a veces puede verse en un salero.

—Nos hablaba usted —dije— del hombre que andaba buscando en las montañas de Ouled Naïl.

—Dispénsenme —dijo Jorkens—. Sí, cabalgamos hacia el sudeste. Tan pronto como atravesamos el desfiladero nos encontramos en pleno desierto, y cabalgamos dejando las montañas a nuestra derecha. Nunca nos alejamos del agua: antiguos torrentes procedentes de tormentas en las montañas habían socavado centenares de depresiones en los resacos barrancos; y encima de cada una de ellas alguien había

colocado una piedra plana, para proteger el agua que allí se había acumulado y que no se la bebiera el sol. El viaje fue cómodo, acampamos cada vez que las mulas estaban cansadas; y, según dejábamos atrás los rebaños de los nómadas, el rumor de mi habilidad como médico me precedía velozmente. ¡Ah!, aquellas tardes en el desierto, con el resplandor crepuscular iluminando las montañas, mientras aquí todo está seguro, ruidoso y lleno de cosas.

—¿Encontró usted las montañas de Ouled Naïl? —dije yo.

—¡Oh, sí! —dijo Jorkens—. Sí, sí, por supuesto. Continuamos por el desierto, y un día apareció toda la cadena montañosa a nuestra derecha. Continuamos por el desierto hasta divisar la casa blanca. La vi de pronto una tarde. No había ninguna señal de vida en las montañas, y de pronto, un atardecer, vi a lo lejos, a muchas millas hacia el noreste, la casa tal y como me la describiera Lupton, con su puerta y sus dos pequeñas ventanas.

»Al día siguiente me trasladé a las montañas para obtener agua; y entonces me dije que había encontrado la salud que buscaba y que regresaría a El Kántara; y continuamos adentrándonos en las montañas por un camino que nos aproximaba a la pequeña casa. Por supuesto, tanto nosotros como nuestras mulas fuimos visibles desde la casa durante toda la mañana; y mi reputación como médico había llegado allí bastante antes, de manera que, tan pronto nos acercamos, el hombre santo salió de su casa y vino corriendo hacia nosotros, en la medida que puede decirse de un hombre de semejante aspecto que es capaz de correr.

»Bien; hablé con él en una especie de árabe, y él habló bastante conmigo en un mal francés, y nos entendimos a la perfección. El diagnóstico es algo fundamental en medicina, como cualquier médico les dirá, pero es particularmente efectivo cuando se puede formular antes de que el paciente abra la boca. ¿Me comprenden ustedes? Gracias a Lupton sabía todo lo referente a ese hombre. De manera que le describí todos sus síntomas. Y luego le di las medicinas apropiadas, y él hizo café para mí y nos sentamos y conversamos durante cinco horas. Bien sea por las medicinas o por el diagnóstico, lo cierto es que ya se encontraba mejor, y cuando vino a ofrecerme una gratificación yo le dije que mi habilidad para curar era más bien consecuencia de la magia que del estudio de la medicina, y que por consiguiente no aceptaba su gratificación. Pero añadí que si él era también mago, como parecían indicar ciertos rumores entre los nómadas, estaría muy contento de que me mostrara un poco de su propia magia. Y saqué el boleto que había comprado en Marsella al hombre que había dejado de tener fe en su buena suerte.

»Miró el número del boleto y lo comprendió todo inmediatamente, todo lo contrario que el hombre del Ganges. Sí; podía hacerlo. En aquel momento yo no habría aceptado una oferta de veinte mil libras por ese boleto.

»Y llevaba razón; *podía* hacerlo. Lupton tenía razón. Existe en Oriente una magia de la que nada sabemos.

»Luego volví a El Kántara, y de ahí a Londres, por supuesto en tercera clase todo

el trayecto, y metí en un banco los dos boletos, y esperé el sorteo de la lotería.

—Aguarde un momento —dijo Terbut—. Ha dicho usted que el árabe *podía* hacerlo.

—Naturalmente —dijo Jorkens—. Y el hombre del Ganges también.

—En ese caso conseguiría usted sesenta mil libras —dijo Terbut— en lugar de treinta mil.

—Bueno, léalo usted mismo —dijo Jorkens—. Guardo un recorte de aquel día.

Y sacó un recorte de un periódico irlandés de una vieja cartera de cuero que llevaba consigo. Se lo dio a Terbut, y este lo leyó en voz baja.

«En el momento decisivo», leyó, «un centenar de azafatas desfilaron ante el bombo, vestidas de ciclistas de comienzos de la era victoriana, precediendo al señor O'Riotty, quien prendió fuego a la salva, asistido por dos ametralladoras. Entonces se abrió la portezuela del bombo y la primera azafata metió la mano para extraer el número afortunado. Accidentalmente sacó dos boletos, y el señor O'Riotty ordenó que los volvieran a meter en el bombo».

—No es necesario que siga leyendo —dijo Jorkens.

—¿Qué? —dijo Terbut.

—No siga —replicó Jorkens—. Cometí un error. Cometí un error —repitió—. Pero, por supuesto, ahora es fácil de ver.

—Ya veo —empezó a decir Terbut con aire pensativo—. Usted cree que ambos boletos...

Pero Jorkens únicamente profirió un jadeo de impaciencia.

—No importa —dije yo—. Tómese un whiskey.

—¡Un whiskey! —dijo Jorkens—. ¿Para qué?

La observación me asombró. Me pareció que indicaba uno de esos cambios que acontecen súbitamente en la vida de un hombre, como un hito que brotase ante un viajero, recordándole algún periodo de su vida. ¿Con qué acontecimiento más trascendente podía concluir este libro?

EL PASEO HACIA LINGHAM

—SE ha extendido la creencia —dijo Jorkens— de que no soy capaz de contar una historia sin tomar antes algún tipo de bebida. No tengo ni la más remota idea de cómo se propalan semejantes infundios. Una historia me pasó por la mente esta misma tarde, si se puede llamar historia a una experiencia real. Es un poco fuera de lo común, y, si quiere escucharla, se la contaré. Pero puedo asegurarle rotundamente que no necesito ninguna bebida para contarla.

—Ya lo sé —dije yo.

—Lo único que le pido —prosiguió Jorkens— es que, si la cuenta a otros, lo haga de tal forma que la gente la crea. Ha habido personas, no demasiadas desde luego, pero ha habido personas que han tomado por pura invención todas las historias que yo le he contado a usted. Uno incluso me comparó con Münchhausen, favorablemente, lo admito, pero, al fin y al cabo, me comparó con él. Fue desagradable para mí y desagradable para su editor. Todo depende de la forma en que se cuentan estas historias; todas ellas eran verídicas; pero usted las contó de una forma que, por alguna razón, suscitaba dudas. Sea más cuidadoso en el futuro, ¿quiere?

—Sí —respondí—. Tomaré nota de ello.

Y así comenzó la historia.

—Sí, sin lugar a dudas es una historia fuera de lo común. Inequívocamente. Pero imagino que por ese motivo la creará. Por lo demás, cualquiera que cuente una historia que haya experimentado debe seleccionar lo más monótono y vulgar si quiere ser creído; digamos, por ejemplo, la relación de un viaje por ferrocarril de Penge a la estación Victoria. Confío en que no lleguemos a eso.

—No, no —dije yo.

—Muy bien —replicó Jorkens.

Otra pareja de socios se sentó entonces cerca de nosotros, y Jorkens dijo:

—Puedo recordar como si fuera ayer un camino al este de Inglaterra, bordeado de álamos. Debía tener una longitud de unas tres millas, y estaba flanqueado en toda su extensión por sendas hileras de álamos; atravesaba un terreno pantanoso. Los pantanos habían sido drenados, pero quedaban algunos charcos, donde a lo largo de zanjas se agitaban los penachos de los juncos, como si fueran un ejército que hubiera luchado con escaso éxito contra el hombre, disperso pero no aniquilado. Y no se habían contentado con drenar los pantanos, sino que habían empezado a cortar los álamos. Eso era lo que estaban haciendo la primera vez que vi el camino, con sus dos hileras de álamos cual penachos verdes plateados, y debo decir que los estaban talando con sumo cuidado. Los abatían sobre el camino, pues de esa manera era más fácil el acarreo, y no valía la pena preocuparse por la circulación que podían interferir: en cualquier caso podían verla llegar unas tres millas antes en ambos

sentidos, si llegaba alguna, y yo jamás vi ninguna, a excepción de lo que a continuación voy a contarles.

»Bien: estaban talando un álamo que debía caer entre otros dos sin que se mezclaran sus ramas, y tenía el espacio justo para hacerlo, no mayor de dos pies. Y lo hicieron con tanto cuidado que no tocaron ni una hoja: se vino abajo entre los otros dos árboles con un inmenso crujido, y las hojas que miraban hacia él se agitaron cuando pasó a su lado exhalando su último suspiro. Lo hicieron con tanto esmero que me descubrí ante ellos y los aclamé. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Uno no se propone alegrarse de los que han caído, al menos abiertamente. Pero no siempre se para uno a pensar, y tardé quizá unos cinco minutos en empezar a avergonzarme de aquel grito mío de triunfo que resonaba por el condenado camino.

»Fue el último árbol que talaron aquel día y pronto regresé, paseando en solitario, a la aldea de Lingham, el más cercano habitáculo humano, a unas tres millas de los pantanos. La trémula luz del atardecer comenzaba a dar de lleno en los álamos. Los leñadores se fueron en sentido contrario con sus carretas y sus árboles derribados; sus ruidosas y nítidas voces, y sus gritos a los caballos, pronto se desvanecieron y dejaron de oírse. Y a continuación me quedé a solas en medio de un silencio únicamente interrumpido por mis pasos y por el ligero ruido que a veces parecía susurrar a mis espaldas, que tomé por el murmullo del viento en las copas de los álamos, aunque no soplaban viento alguno.

»No había recorrido ni una milla cuando tuve una sensación, sin base en indicio alguno, un sentimiento intenso, cada vez más fuerte en los últimos diez minutos, que de mera sospecha se convirtió en intuitiva certeza absoluta: me estaban siguiendo furtivamente. Me volví y no vi nada. O más bien debí haber visto, parcialmente oculto por una pequeña curva del camino, lo que después vi con toda claridad; sin embargo, no di crédito a lo que estaba pasando. Después de eso, cuanto más aumentaba mi sensación de que me estaban siguiendo, menos me atrevía a volver la cabeza. Y ninguno de los tipos humanos que trataba de imaginar en pos de mí me parecía adecuado a mis temores. No había avanzado ni un cuarto de milla; apenas había recorrido otras cuatrocientas yardas cuando... perdonen ustedes, estoy condenadamente sediento. Jamás tuve una experiencia como esa, y cuando la recuerdo incluso ahora se reseca mi garganta y apenas puedo hablar. Dudo de que alguno de ustedes haya conocido algo parecido.

—Estoy seguro de que no —dije yo, haciendo señas al camarero, pues no me cabía la menor duda de que había algo en la memoria de Jorkens que todavía le conmovía. Cuando se recuperó, lo primero que hizo fue darme las gracias, como buen camarada que era, y después prosiguió con su historia.

—No había recorrido todavía otras cuatrocientas yardas cuando tuve la espantosa certidumbre de que, cualquiera que fuera el que me estaba siguiendo, no podía ser humano. El sobresalto que esto me produjo fue tal vez peor que cuando noté por vez primera que me seguían. Ya no me cabía la menor duda de que me perseguían; podía

escuchar los acompasados pasos. Mas no eran humanos. Y, créanme, echando una ojeada a los campos vacíos, llanos, poco profundos y pantanosos, tuve la sensación —suele ocurrir fácilmente cuando se está completamente a solas— de que, si había algo allí que atentara contra la humanidad, era yo el único sobre el que recaerían sus iras. Y cuanto más difuminaba las cosas la apagada iluminación de la tarde, y las envolvía en misterio, más se apoderaba de mí aquella sensación. Creo poder decir que resistí bastante bien, dado que aquellos pasos que me seguían sonaban cada vez más fuerte. Solo que yo no me atrevía a volverme. Cuando supe que me seguían sentí miedo, lo admito francamente; pero más me asusté cuando comprendí que no se trataba de algo humano; sin embargo, me resistí con cierta determinación a dejarme llevar por mis temores, a excepción del que sentía acerca de volver la cabeza. No fue, sin embargo, el recuerdo de algo que les he contado lo que hizo que mi garganta se reseca.

Jorkens se detuvo y bebió otro trago largo: de hecho vació su vaso.

—Un tremendo terror —prosiguió— me estaba todavía reservado: un explosivo temor que tanto me trastornó que casi caí al camino, y que a veces vuelve a apoderarse de mí, estremeciéndome y atormentando a menudo mis noches. Nosotros, créanme, estamos tan orgullosos del reino animal, y nos preocupamos tanto de él, que cualquier ataque desde fuera nos desconcierta y nos deja boquiabiertos. Eso me ocurre a mí entonces al darme cuenta de que, fuera quien fuese el que me seguía, desde luego no era un animal. Escuchaba el ruido de sus pasos, y un cierto susurro prolongado, mas jamás le oí respirar. Iba ya siendo hora de que volviera la cabeza, y sin embargo no me atrevía. Aquellas pisadas vigorosas no tenían nada de la suavidad propia de la carne. No se trataba de garras, ni siquiera de pezuñas. Y ahora estaban tan próximas que, de haber sido producidas por algún animal, debería escucharse su respiración. En semejantes ocasiones nos dejamos guiar por saberes espirituales, intuiciones, sentimientos íntimos; llámenlos como quieran. Ellos me decían que el que me seguía no era uno de los nuestros. Nadie débil y mortal. Tampoco era eso.

»Aquellos momentos en que me decidía a mirar para atrás, mientras seguía caminando con la misma firmeza, fueron los más espantosos de toda mi vida. No podía volver la cabeza. Entonces me detuve y me di completamente la vuelta. No sé por qué lo hice. Tal vez la audacia del movimiento me proporcionó un cierto autodomínio que me libró del pánico, lo cual hubiera supuesto mi fin. Si hubiera corrido, podrían haberme matado. Giré en redondo a la derecha por dos veces y vi lo que me seguía.

»Ya les he contado cómo había vitoreado la tala de los álamos. Me acordé del árbol junto al que había estado, y cuya tala había observado por casualidad. Enseguida lo reconocí. Se encontraba en medio del camino. Una raíz, a la que se aferraban varios terrones de tierra, me desafiaba sobre el camino a Lingham. No se crean, por la calma con que les cuento esto ahora, que entonces estaba tranquilo. Decir que no estaba completamente en ascuas sería simplemente una mentira. Una

sola cosa seguía obsesionando mi vacilante mente: no debía correr. Recordaba antiguos relatos de hombres perseguidos por leones, y mi mente era capaz de creer en ellos y de actuar según sus enseñanzas. Nunca se debe correr. Era la última muestra de sabiduría que le quedaba a mi pobre juicio.

»Desde luego traté de apretar el paso imperceptiblemente. No sé si lo conseguí: el árbol estaba terriblemente cerca. No volví a mirar hacia atrás, pero sabía que estaba allí por el ruido de sus horribles pasos, acercándose renqueante como un enorme cangrejo, y sabía por el susurro de las hojas que las ramas se doblaban hacia atrás como si corriera en pos de mí. Mas no corrí.

»Y los otros árboles parecían estar observándome. No había en ellos ese aire de reserva propia de las cosas inanimadas, si de verdad lo son; y mucho menos el respeto debido a un hombre. Me encontraba terriblemente solo frente a la cólera de todos aquellos álamos; y la verdad es que yo no había cortado ni uno solo de ellos.

»Mis rodillas no estaban demasiado débiles para correr; pude haberlo hecho. Fue únicamente mi buen juicio lo que me retuvo, el último vestigio de sensatez que me quedaba. Sabía que, si corría, estaría indefenso ante la colosal persecución del árbol. Es evidente, considerándolo razonablemente, mientras está uno aquí sentado, que cualquier cosa que le persiga a uno, sea la que fuere, jamás va a permitir que se le escape la presa, y que, cuanto más trate uno de escapar, más tiene que excitarla. Además estaban los otros árboles: no sabía lo que harían. Hasta entonces simplemente me habían estado observando, pero me encontraba allí tan terriblemente solo, con nada humano a la vista, que era mejor continuar tranquilamente como si nada pasara, y aprovechar al máximo esa arrogancia —supongo que así debemos llamarla— que revela nuestra actitud hacia las cosas inanimadas. Mientras la tarde oscurecía, las agachadizas comenzaron a aletear ruidosamente sobre el desierto erial que se extendía alrededor de mí. Y en mi espantosa situación, podía haber sentido algún tipo de alivio en aquellas diminutas voces del reino animal; solo que, de una manera u otra, no podía estar muy seguro de qué lado estaban. Y el graznido de la agachadiza es un ruido muy molesto cuando uno no puede estar seguro de que sea amistoso: todo el aire gime con él. Desde luego nada en él atenuaba la persecución del árbol, como podía haberse esperado si algunos aliados del reino animal se hubieran unido para ayudarme. Los grajos volaban completamente despreocupados, pero la persecución continuaba todavía. A causa de mi terror, empecé a olvidar que era como un hombre. Únicamente recordaba que era un animal. Tenía alguna descabellada esperanza de que, cuando cruzaran los grajos y las plumas de las agachadizas surcaran el aire, esos espantosos álamos que me observaban y ese terror que me perseguía volverían a su posición correcta. Sin embargo, el graznido de las agachadizas únicamente parecía sumarse a la soledad, y los grajos únicamente parecían ayudar a la oscuridad circundante; nada lograba disuadir a los álamos de su terrible usurpación. Solo me quedaban miserables subterfugios: cojear como si estuviera agotado, pero dando, sin embargo, un paso más largo o más rápido con una

pierna que con la otra. Unas veces más largo, otras más rápido; alternativamente; comprobando cuál engañaba mejor. Pero esas pobres payasadas no eran muy útiles; pues cualquiera que siga a alguien sin hacer ruido es probable que calcule su paso a partir de la separación entre él y su presa, así como por la observación de sus andares, y que ajuste el suyo en consecuencia. De manera que, aunque aumenté inmediatamente mi ventaja, pronto volvió a intensificarse el susurro del aire en las ramas, y ese ruido de pasos que todavía escucho por las noches cada vez que tengo pesadillas, un ruido que reconocería al instante por encima de cualquier otro.

»Tres millas no parecen mucho: es una distancia no mayor que de aquí a Kensington. Mas conocí a un hombre que fue perseguido mucha menos distancia por un solo león, y que juró que el trayecto le pareció más largo que cualquier otro que hubiera recorrido antes, o que diez. Y era solo un león, que respiraba y tenía sangre en las venas como él; tal vez supondría su muerte, pero sería una muerte como la que les llega a millares de personas. Y allí estaba yo, aterrorizado por una experiencia ajena a lo humano, una cosa contra la que ningún hombre se había acorazado jamás, una cosa contra la que nunca imaginé que algún día tendría que enfrentarme. Y no obstante no corrí.

»Un cambio pareció al fin invadir la soledad. No fue solamente que las luces de Lingham empezaron a brillar; ni el humo de las chimeneas, esas banderolas que el hombre despliega al aire; ni el calor de las casas, que podía llegar hasta mí; era una cierta sensación de más largo alcance que el calor, un cierto ardor que se siente ante la presencia humana. Y no era solo eso lo que yo sentía: los álamos del camino ya no me observaban con ese excitado interés con que hacía un rato parecían esperar mi muerte.

—¿Cómo hacían notar ese interés? —preguntó Terbut, que nunca puede dejar solo a Jorkens.

—Si usted hubiera estudiado a los álamos durante años y más años —dijo Jorkens—, o si los hubiera observado como yo los observé durante aquel paseo, cuando vastos intervalos de tiempo parecían condensarse en una sola experiencia espantosa, también habría sido capaz de notar que era observado por ellos. Raras veces lo he vuelto a ver desde entonces, y nunca más lo suficiente como para estar completamente seguro; mas entonces fue inconfundible, una cierta tensión forzada en cada hoja, ramas como dedos de un espectro diciendo «chiss» a la aldea; no cabía confusión posible. De pronto las hojas se volvieron a agitar en la templada atmósfera vespertina, las ramas ya no parecían amenazar a nadie, y nada se advertía o se insinuaba o se esperaba de los árboles; si es que se puede utilizar una palabra tan suave como «esperar» para referirse a su tensa expectativa. Y lo que es mejor: tenía la esperanza —ya no podía reclamarla más— de que mi espantoso perseguidor poco a poco se estaba quedando atrás. Y cuando me aproximé a las ventanas la esperanza aumentó. Su suave luz, en parte reflejo de la tarde, en parte debida a los faroles ya encendidos, parecía alejar la influencia de las marismas. Entonces escuché el ladrido

de un perro, e inmediatamente después el saludable traqueteo de un coche de caballos, retirándose a su establo. Dificilmente puede valorarse la influencia de esos ruidos sobre cualquier tipo de carácter. Enseguida supe que allí no se había operado ningún cambio. Comprendí que en aquel lugar todavía ostentaba la supremacía el reino animal. Entonces oí, sin lugar a dudas, una cierta vacilación en las pisadas que me seguían. Y no obstante proseguí mi laboriosa caminata al ritmo acostumbrado, fuera el que fuese. Y entonces empecé a oír gansos y patos, más caballos de tiro y de vez en cuando un chico que les gritaba, y perros que les unían, y comprendí que había retornado de nuevo a los dominios del reino animal. Y, de no haber sido por ese terrible golpeteo que todavía oía a mis espaldas, aunque debilitado, casi podría haberme resignado a ser escéptico en cuanto al árbol. Sí, Terbut, tan fácilmente como usted pueda serlo —pues Jorkens vio que su amigo estaba a punto de decir algo—, sentado aquí a buen recaudo.

Finalmente no dijo nada.

—Cuando al fin llegué a la aldea, los pasos eran casi imperceptibles, y sin embargo todavía me seguían. Solo mis temores podían intentar adivinar hasta dónde se aventuraría el vengativo árbol a penetrar en Lingham para enfrentarse a la arrogante supremacía, e incluso a la incredulidad, de nuestra especie. Me apresuré, sin llegar a correr, hasta llegar a una posada provista de una sólida puerta. Por un momento me detuve y observé la puerta, el tejado y la fachada, para convencerme de que el árbol podría derribarlos fácilmente. Y cuando comprobé que se trataba realmente del refugio que andaba buscando, me introduje como un conejo en su madriguera.

»La valerosa presencia de ánimo que mantuve frente al álamo se vino abajo como un roble caído cuando me senté o me tendí en una silla de madera al lado de una mesa, parte de la cual ocupé. La gente se acercó y comenzó a hacerme preguntas. Mas yo no podía hablar. Tres o cuatro obreros que se encontraban allí con su vaso de cerveza, y el propietario de “La Jarra de Ale”, me rodearon. No pude hablar nada.

»Fueron muy amables conmigo. Y cuando comprobé que había recuperado de nuevo el habla, les dije que había sufrido un ataque. No dije de qué, ya que podía haberseme escapado algo para lo que el whiskey no era conveniente, y mi vida dependía de un trago. Me dieron uno. Deseaba contárselo todo en efecto. Me dieron un vaso de whiskey solo. Sencillamente me lo bebí. Y me dieron otro. Créanme, ambos vasos no surtieron en mí ningún efecto. Ni el más leve efecto. Quería otro, pero consideraba que antes debería asegurarme de una cosa. ¿Había allí alguien o algo del exterior esperándome? No me atrevía a preguntarlo sin rodeos.

»—Bendita aldea —dije, levantando la cabeza de encima de la mesa—. Y preciosos árboles.

»—Aquí no tenemos árboles —replicó uno de los hombres.

»—¿Que no tienen árboles? —exclamé—. Le apuesto cinco chelines a que sí.

»—No —dijo, y se mantuvo firme. Ni siquiera quiso apostar.

»—Creí notar algo como un... —ni siquiera me atreví a utilizar la palabra álamo, de manera que en su lugar dije “árbol”.

»—Ahí mismo, al otro lado de la puerta —añadí.

»—No, no hay árboles —repitió.

»—Le apuesto diez chelines —dije.

»Me aceptó la apuesta.

»—Bueno, jefe, salga fuera y eche una ojeada —dijo.

»Ya se imaginarán ustedes que yo no pensaba salir otra vez por aquella puerta. De modo que dije:

»—No, usted mismo decidirá. Yo no puedo dar crédito a su memoria contra la mía, pero si sale usted fuera y echa una ojeada, y me dice si hay o no árboles, será suficiente para mí.

»Sonrió y pensó que yo estaba un poco chiflado. ¡Ay, Dios, a saber lo que habría pensado de mí si le hubiera contado la pura verdad!

»Bien, regresó con unas noticias que me estremecieron de parte a parte: había perdido mis diez chelines. Después de eso, pagué mi apuesta y tomé mi tercer vaso de whiskey, que no me había atrevido a tomar antes de saber cómo estaban las cosas. Y aquel tercer whiskey lo logró. Venció mi aflicción, venció mi fatiga y mi terror, y la espantosa sospecha, que en parte atormentaba mi razón, de que esa incuestionable supremacía que la vida animal cree haber establecido tal vez había sido desbaratada. Me venció completamente y caí en un sueño profundo allí en la mesa.

»Desperté al día siguiente, al mediodía, enormemente recuperado, en un lecho escaleras arriba a donde aquella buena gente me había trasladado. Miré afuera por encima de las tejas rojizas: allá abajo había un patio, entre paredes de ladrillo rojo, con aves de corral y una cabra atada, y una mujer salió a darles de comer; a lo lejos llegaban los viejos ruidos de la granja, contra los cuales el tiempo nada puede hacer. Me deleité con todos esos ruidos propios de la supremacía animal, y, a la luz de aquella clara mañana, sentí una seguridad que de algún modo me decía que mi espantosa experiencia se había acabado.

»Por supuesto, ustedes pueden decir que todo fue un sueño. Pero no se recuerda un sueño así durante tantos años. No, aquel espantoso álamo tenía algo contra el género humano, y con motivo suficiente, lo admito.

»No quiero ni pensar en lo que me habría hecho si yo me hubiese puesto a correr.

Y Jorkens dejó de pensar en ello, e hizo una seña con la mano al camarero, para ahogar sus recuerdos.

HELADO NAPOLITANO

EN otras ocasiones he tenido que mencionar asuntos escogidos cuidadosamente por miembros del Club del Billar con el único propósito de dirigir la conversación hacia donde Jorkens no pudiera seguirla. No menciono de nuevo esta antideportiva estratagema con la intención de desaprobarla, sino únicamente porque fue el comienzo de una historia que contó Jorkens acerca de una experiencia suya que puede ser de interés a todo aquel que se moleste en estudiar un carácter como el suyo un tanto excepcional. El asunto, a la hora de comer del día en cuestión, fue la exploración polar. No puedo recordar la conversación en todos sus detalles, pues apenas fue original; después de todo, no hay necesidad de ser original cuando se está discutiendo algo en un club. Por ejemplo, uno de los socios dijo:

—Debe de ser extremadamente difícil protegerse del frío.

—Sí, condenadamente difícil —contestó Jorkens.

Con toda evidencia Terbut estuvo a punto de decir «¿Cómo lo sabe?». Cualquiera pudo verlo. Pero, en lugar de exponerse a dejar entrar en la conversación a Jorkens con una de sus historias, volvió a juntar los labios sin llegar a expresar en voz alta su comentario.

—Usted se protegería con whiskey, ¿no es así? —dijo uno de nosotros.

—¡Oh!, no lo sé —respondió Jorkens—. El whiskey es una bebida bastante supervalorada.

Una de las cosas que me gustaban de Jorkens es que a veces hace unos comentarios enormemente sorprendentes.

—¿Que el whiskey está supervalorado? —exclamamos nosotros.

—Bueno, sí, comparado con otras bebidas.

—¿Con cuál, por ejemplo? —añadió Terbut, que realmente pretendía enterarse.

—Para protegerse del hielo y de la nieve —dijo Jorkens—, y evitar seguramente la congelación, no conozco nada como un licor que un hombre me ofreció una vez mientras cenábamos en un pequeño restaurante que solía haber en Punt Street: hace tiempo que está cerrado, ahora hay en su lugar una peluquería. Era una bebida maravillosa, como una mezcla de miel y rosas con un ardor muy suave, un agradable y discreto ardor que estremecía ligeramente. Nunca conocí nada igual. Desgraciadamente no sé su nombre. Aquel hombre era un poco viajero. Ignoro de dónde procedía la botella; nos la trajo el camarero, pero jamás pude conseguir otra igual en aquel restaurante, ni en ninguna otra parte; mi anfitrión fue muy reservado respecto a ella. No nos la sirvieron hasta el final de la cena. Venía con el helado napolitano. Me habría gustado tener a mi disposición un vaso durante la cena; igual le pasaría a cualquiera de ustedes si la hubieran probado alguna vez, cosa que ninguno ha hecho; sin embargo, solo la servían con los helados —y Jorkens dejó escapar un pequeño suspiro.

—¿Y nunca averiguó cómo se llamaba? —preguntó Terbut con cierta avidez.

—No —contestó Jorkens—. Fue solamente un asunto de negocios. Aquel hombre estaba muy interesado en un trato comercial y quería conocer directamente mi postura, de modo que sacó aquel licor. En los negocios existen bastantes secretos y ese licor era uno de ellos. En realidad aquel individuo exageraba y el trato nunca llegó a realizarse, pero yo pude gozar de aquella maravillosa bebida. Me habría gustado tomar un poco más; pero únicamente la servían con los helados. Aquella fue una buena cena. Era natural, él estaba muy interesado en aquel trato. Tomamos sopa de tortuga, por supuesto natural no de lata; salmonetes, bastante buenos a su manera, aunque con demasiadas espinas; y luego tomamos liebre, por supuesto liebre común, mas la sabían cocinar muy bien en aquel restaurante que solía haber en Punt Street; realmente pienso que todo lo hacían muy bien. Y después tomamos helado napolitano. Fue una cena bastante ligera aunque excelente, ¿me comprenden? —y viendo que Terbut estaba a punto de interrumpirle, se volvió hacia él y se anticipó a su intervención con el comentario:

—Tal vez no conozca usted, Terbut, el helado napolitano.

Terbut tomó esto como una censura a su ignorancia de ese mundo por el que Jorkens tanto había viajado, y dijo bruscamente:

—Por supuesto que lo conozco. Es verde, blanco y rosa. Lo blanco se supone que es vainilla, y lo rosa es desde luego fresa; en cuanto a lo verde, no sé exactamente lo que es, pero...

—No estamos hablando de eso —dijo Jorkens.

—Estamos lejos del Ártico —replicó Terbut.

—Estaba a punto de contárselo —dijo Jorkens—. El licor lo sirvieron con los helados. Y en cuanto me lo bebí, despertó mi imaginación como no había sido capaz de hacerlo ninguno otro que hubiera conocido. Liberaba el propio espíritu. Es posible que tomara dos vasos, eso no lo recuerdo. Pero inmediatamente dejé atrás aquel restaurante, Punt Street y todo Londres, y mi imaginación o espíritu, o quienquiera que sea lo que soporta el ego de uno, voló hacia el norte a través de Inglaterra.

—¿Cómo sabía usted que se dirigía hacia el norte? —preguntó Terbut.

—¿Que cómo lo sabía? —dijo Jorkens—. Podía verlo. Estaba liberado; mi espíritu era libre. Volaba muy por encima de Inglaterra. Podía ver su aspecto, una larga franja verde que se dirigía hacia el norte, y también Escocia; siempre verde hasta llegar a la nieve. Debí realizar aquel trayecto de seiscientas millas de verdor en unos pocos segundos: así es como viajan los espíritus. Desde luego aquel individuo había dejado que tomara demasiado licor: ahora ya no pensaba en negocios, estaba por encima de todo ese tipo de cosas, muy por encima de la Tierra. Y volaba hacia el norte. Los mares se helaron casi inmediatamente; y en lugar de blanca espuma había hielo, y sobre el hielo nieve a lo largo de centenares de millas; y seguía yendo hacia el norte. Y llegué al Ártico con el sol sobre la nieve, una cosa hermosa de ver, el viaje más maravilloso que he hecho. Pero ese tipo de liberaciones no duran mucho. Apenas

había contemplado la belleza de aquella enorme vista del Ártico, cuando sentí que mi espíritu caía. Y cayó rápidamente. Y pronto yací sobre la nieve. No había tenido conciencia de mi cuerpo cuando estaba arriba, a tan colosal altura, viajando más rápido que las aves migratorias; mas ahora en la nieve tuve conciencia de él. La reluciente blancura de la nieve empezó a fatigar mis ojos; y mis labios se estaban helando, pues yacía boca abajo. Aunque unos segundos antes había superado la gravedad, ahora era incapaz incluso de levantar la cara de la nieve, aun sabiendo que mis labios se estaban helando. Tras el dolor llegó el entumecimiento, primer síntoma de la congelación.

—¿Cómo es posible que se le congelaran los labios —dijo Terbut— si todavía se encontraba usted en Londres?

—Bueno, es posible que no se congelaran del todo —respondió Jorkens—. Mas al día siguiente fui a ver a un médico, y él me dijo que con otros tres minutos más seguramente se habrían congelado.

—No puedo comprender cómo —dijo Terbut.

—Le estoy contando únicamente lo que sucedió —dijo Jorkens tranquilamente—. El hielo brillaba en la superficie de la nieve, y la escena, que un rato antes había sido tan hermosa, era ahora enormemente agobiante. Al deslumbrar mis ojos, el hielo fatigaba mi cerebro y no podía levantar la cara de su superficie. Eso es lo malo de cualquier bebida; cuanto más alto te eleva, más hundido te deja. Mas nunca antes había descendido tan bajo: apenas podía levantar los ojos. Mas los levanté y vi los Abendgluth, muy próximos y rebosantes de nieve. La blanca nieve acababa exactamente junto a una cresta donde yacía mi fatigado rostro, desde donde contemplé la extraordinaria vista que llaman los Abendgluth, cubierta de nieve a lo largo de millas y más millas. Mereció la pena estar allí tumbado con los labios helados solo por ver aquella interminable maravilla: millas y más millas de nieve de color rosa brillante como el amanecer de la Tierra; nieve helada como una joya mundana, y un perfume de fresas.

—¿Fresas? —inquirió Terbut—. Debe de tener usted una poderosa imaginación si es capaz de imaginar fresas en el Ártico.

—En absoluto —replicó Jorkens—. Fue un hecho auténtico. No fue mi imaginación. Estaba echado sobre la mesa con la cara encima del helado napolitano; había pasado por alto la parte verde, y mis labios estaban en la vainilla; y exactamente delante de mis ojos estaba la porción final de fresa. Desde luego la cantidad de fresa de un helado de fresa varía a voluntad del que lo hace, y en este en concreto había claros vestigios de fresa; mas no de vainilla.

EL SIGNO

UN día, al entrar en el Club de Billar a la hora del almuerzo, me di cuenta en seguida de que la conversación era un poco más profunda que de ordinario. De hecho se discutía acerca de la transmigración de las almas. Los socios eran hombres acostumbrados a hablar de temas muy variados, desde el precio de más de una mercancía en la bolsa de valores al mejor lugar para comprar ostras; sin embargo, las complejidades de la vida futura de un brahmán quedaban un poco fuera de su alcance. Una mirada a Jorkens me indicó de lo que se trataba; si se habían metido en honduras era sobre todo para librarse de Jorkens, como alguien que, tomando el fresco en un paseo marítimo, se adentrara en el mar para evitar ponerse al corriente de una historia demasiado larga de contar. El motivo para desear librarse de Jorkens era, naturalmente, que alguno de ellos tenía historias propias que contar.

—La transmigración —dijo Jorkens— es algo de lo que se oye hablar bastante, pero raras veces se ve.

Terbut abrió la boca pero no dijo nada.

—Dio la casualidad de que se me presentó en una ocasión —prosiguió Jorkens.

—¿Se le presentó? —dijo Terbut.

—Se lo contaré —dijo Jorkens—. Cuando era joven conocí a un hombre llamado Horcher, que me impresionó muchísimo. Por ejemplo, una de las cosas que más me solían impresionar de él era la forma en que, si alguien hablaba de política y se preguntaba por lo que iría a suceder, tranquilamente decía lo que el Gobierno pensaba hacer, aunque no hubiera aparecido ni una sola palabra al respecto en ningún periódico: era siempre impresionante; y todavía más: si alguien intentaba adivinar lo que iba a suceder en Europa, llegaba él con su información con la misma tranquilidad.

—Y, ¿solía tener razón? —preguntó Terbut.

—Bueno —replicó Jorkens—, yo no diría eso. Pero nadie se arriesgaría de ninguna manera a vaticinarlo. En cualquier caso, entonces me impresionó bastante, y a los ancianos más que a mí. Y había otra cosa que hacía muy bien: me daba consejos sobre cualquier tema que se pudiera imaginar. No digo que el consejo fuera bueno, mas al menos indicaba el vasto alcance de sus intereses y su alegría por compartirlos con otros, pues con solo oír que alguien deseaba hacer algo, se ofrecía inmediatamente a aconsejarle. Una y otra vez perdí sumas considerables de dinero a causa de sus consejos; y sin embargo había en ellos una espontaneidad, y una cierta profundidad aparente, que no podía dejar de impresionarle a uno.

»Bien, uno de aquellos lejanos días en que todavía era muy joven y todo el mundo me parecía igualmente nuevo, y la fe de los brahmanes no me era más desconocida que la teoría acerca del origen del hombre, empecé a hablar con Horcher del tema de la transmigración. Él se sonrió ante mi ignorancia, como siempre hacía,

aunque amistosamente, y luego me contó todo lo que sabía sobre el tema. Los brahmanes, dijo, estaban equivocados en muchos detalles importantes al no haber estudiado científicamente la cuestión y no estar intelectualmente cualificados para entender sus aspectos más difíciles. No les contaré la teoría de la transmigración tal y como él me la explicó a mí, porque pueden ustedes leerla por sí mismos en los libros de texto. Lo que me contó no era nuevo para mí, mas sí lo fue la íntima certeza con que me la contó, y la impresión más bien excitante que dejó en mi mente de que todo lo había descubierto por sí mismo. Mas les diré un par de cosas sobre eso: una de ellas es que, a causa del interés que siempre se había tomado por las circunstancias que afectan al bienestar de las clases más bajas, estaba convencido de que sería recompensado con un considerable ascenso en su próxima existencia, “si (como él calculaba) hay justicia en la otra vida”.

»—Pues —decía— si no fuera recompensado en una existencia posterior, el interés por semejantes cuestiones durante esta existencia, nada tendría sentido.

»Recuerdo que paseábamos por un parque mientras me contaba todo eso, y el camino estaba lleno de caracoles, que probablemente iban hacia unos álamos no muy distantes, ya que cada uno de aquellos árboles tenía varios de esos animales subiendo por su tronco, como si todos realizaran ese viaje en aquella época del año, que era a comienzos de octubre. Le recuerdo pisando los caracoles al andar, no por crueldad, pues no era cruel, sino porque pensaba que eso no podía importar a formas de vida tan absurdamente inferiores. Y la otra cosa que me dijo fue que había inventado un signo, o más bien que había inventado una forma de grabárselo en la memoria. El signo no era sino la letra griega Φ , pero él era un hombre enormemente diligente y se había adiestrado o hipnotizado a sí mismo con tal vehemencia a fin de recordar ese signo, que estaba convencido de poder hacerlo automáticamente, incluso en otra existencia. En esta vida lo hacía a menudo de forma totalmente inconsciente, trazándolo en las paredes con su dedo, o incluso en el aire: se había adiestrado para hacer eso. Y me dijo que, si alguna vez me veía en la siguiente vida y se acordaba de mí (y sonrió agradablemente como si pensara que semejante recuerdo era posible), me haría ese signo, cualesquiera que fueran nuestras respectivas posiciones sociales.

—¿Y qué creía que iba a ser en la otra vida? —le pregunté a Jorkens.

—Nunca me lo dijo —contestó Jorkens—. Mas yo sabía que él estaba seguro de que iba a ser alguien enormemente importante; lo sabía por la condescendencia que mostró en su amable comportamiento cuando dijo que me haría el signo; además, estaba la lenta elegancia con que elevó la mano cuando trazó el signo en el aire, que más bien sugería a alguien sentado en un trono. No creo que le hubiera gustado lo más mínimo que yo le diera la lata en su segunda vida triunfal, a no ser por su orgullo de haber estampado ese signo en su alma a fuerza de aplicación, de manera que luego no pudiera evitar el hacerlo; y estaba convencido de que el hábito perduraría dondequiera que su alma fuera, y naturalmente deseaba que la posteridad supiera que lo había conseguido. Mientras caminamos hizo el signo inconscientemente más o

menos cada media hora; desde luego se había adiestrado a hacerlo a conciencia.

»—¿Y tenía alguna justificación para pensar que se sentaría en un trono si gozaba de una segunda vida? —pregunté yo.

—Bueno —dijo Jorkens—, era un hombre muy ocupado, no me corresponde a mí decir hasta qué punto su interés por las vidas de otros hombres era filantropía o intromisión. Le tomé por lo que él mismo se estimaba, de manera que ahora que está muerto no quiero valorarle de otra forma. En su opinión todos los hombres eran tontos, de manera que alguien debía cuidar de ellos, y él, a costa de bastantes esfuerzos personales, estaba preparado para hacerlo; cualquier sistema que no recompensara a un hombre tan filantrópico como él debía de ser un sistema absurdo. En realidad no creo que pensara que la Creación fuera absurda, pues creía que él iba a ser recompensado; lo más que le oí decir contra ella fue que él podía poner en orden muchas cosas mejor de lo que están si tuviera el mando del mundo, y me puso algunos ejemplos.

»Bien, lo cierto es que me inculcó aquel signo, que, según dijo, probaría que la transmigración es sumamente valiosa para la ciencia; aunque yo pienso que los que más debía interesarle era que yo me diera cuenta de hasta qué cumbres se había elevado con todo merecimiento. Y en realidad logró que le creyera. Pensé mucho en ello, y a menudo me figuro a mí mismo, en mis postreros años, asistiendo a una recepción real o a cualquier otra gran ceremonia en la corte de algún país extranjero, captando de repente del soberano, yo solo en toda la reunión, aquel signo de reconocimiento que nada significaría para el resto.

»Mi amigo falleció a edad avanzada cuando yo no había cumplido todavía los treinta, y decidí hacer lo que me había aconsejado: observar en mi vejez las carreras de los hombres nacidos después de su muerte que ocuparan los puestos más altos en Europa (pues Asia no le parecía gran cosa) y mostraran ciertas habilidades que en la otra vida podían esperarse de él, con todas las ventajas de su experiencia en esta. Pues me dije: “Si lleva razón en lo de la transmigración, también la llevará en cuanto a sus posibilidades de ascenso”. Y ¿saben ustedes?, *llevaba* razón en lo de la transmigración. Un año después de su muerte estaba yo paseando en aquel mismo parque, pensando en la letra griega Φ , como él me había dicho siempre que hiciera: el círculo bien marcado con la barra vertical en el medio. A menudo trazaba el signo con los dedos, como él solía hacer, para recordarlo. Aquel día lo tracé en la vieja tapia del parque. Observé un caracol ascendiendo lentamente por la tapia, y recordé su desprecio por esos animales; y, de algún modo, fue agradable pensar que él no había menospreciado a las cosas pequeñas más de lo que los demás hombres parecen hacerlo. Para él no valía la pena reparar en el rastro que el caracol dejaba en la tapia, cuyo brillo el sol incrementaba, mas consideraba igual de ridículas muchas de las obras humanas. Miré no obstante el brillante rastro del caracol en su avance, hasta que me di cuenta de que él había afirmado que solo un tonto o un poeta perdería el tiempo con semejantes fruslerías; entonces me volví. Al hacerlo vi por el rabillo del

ojo que el caracol estaba siguiendo una curva distinta. Volví a mirar y estimé un poco lo que había visto, pues la casualidad podía ser la causante; mas lo cierto es que el caracol había recorrido un cuarto de círculo muy diferente en su trayectoria de ascensión a la tapia. Era un fragmento de círculo tan claro que seguí observándolo hasta que se convirtió en un semicírculo, como antes había sido un cuarto de círculo. Mi entusiasmo creció cuando el animal empezó a descender; pues hasta entonces el caracol obviamente había estado escalando la tapia. ¿Por qué querría descender ahora? El diámetro del círculo era de unas cuatro pulgadas. El caracol avanzaba sin parar. Con mi mente absorta en el signo, yo no podía ignorar que si el caracol continuaba avanzando y completaba el círculo, equivaldría a haber trazado la mitad de aquel. Y además era del mismo tamaño que el signo que Horcher solía trazar de manera regia con su dedo índice. El caracol seguía avanzando. Cuando solo quedaba media pulgada para completar el círculo, puede parecer tonto, pero yo mismo hice el signo en el aire con mi dedo. Sabía que el caracol no podía verlo: si realmente era Horcher, sabía que estaría haciendo el signo únicamente por el hábito adquirido, autohipnotizado en su propio ego, y que eso nada tenía que ver con el intelecto. Entonces deseché de mi mente aquella absurda idea. Sin embargo el caracol seguía avanzando. Y finalmente completó el círculo.

»Bien —pensé yo—, el caracol se ha movido en círculo; muchos animales lo hacen: los perros lo hacen frecuentemente, los pájaros supongo que también, ¿por qué no los caracoles? Y debí de quedarme quieto.

»Sepan que el caracol, tan pronto como finalizó su recorrido, siguió subiendo por la tapia en línea recta, dividiendo el círculo de su trayectoria en dos mitades con una precisión como nunca he visto. Me quedé allí de pie, mirando fijamente, con la boca y los ojos completamente abiertos. Primero fue la trayectoria completamente vertical mediante la cual el caracol escaló la tapia, luego el círculo, y ahora la continuación de la línea vertical dividiendo aquel en dos. En eso, el animal llegó a lo alto del círculo. ¿Qué iría a pasar entonces? El caracol continuó en línea recta hacia arriba. Llegó a un punto un par de pulgadas por encima de la parte superior del círculo y allí se detuvo, después de haber trazado una perfecta Φ , probando que el sueño de los brahmanes era una realidad.

—Pobre Horcher —dije yo.

—¿Hizo usted algo con el caracol? —preguntó Terbut.

—Por un momento pensé en matarlo —dijo Jorkens— para brindarle a Horcher una mejor oportunidad en su tercera vida. Y entonces me di cuenta de que había algo en su concepción de la vida que requeriría centenares de ellas para ser purificado. No podía ir por ahí matando caracoles sin parar, ¿me entienden?

Notas

[1] Bandera del Reino Unido. <<

[2] Ciudad turística al sureste de Inglaterra junto al estuario del Támesis. <<

[3] Escultura del artista americano (de origen ruso-polaco) *sir* Jacob Epstein (1880-1959) que representa la encarnación semihumana del espíritu femenino del bosque descrito por el escritor William Henry Hudson (1841-1922) en su célebre novela *Green Mansions*. <<

[4] Especie de apuesta en la que el ganador se lleva toda la ganancia. <<